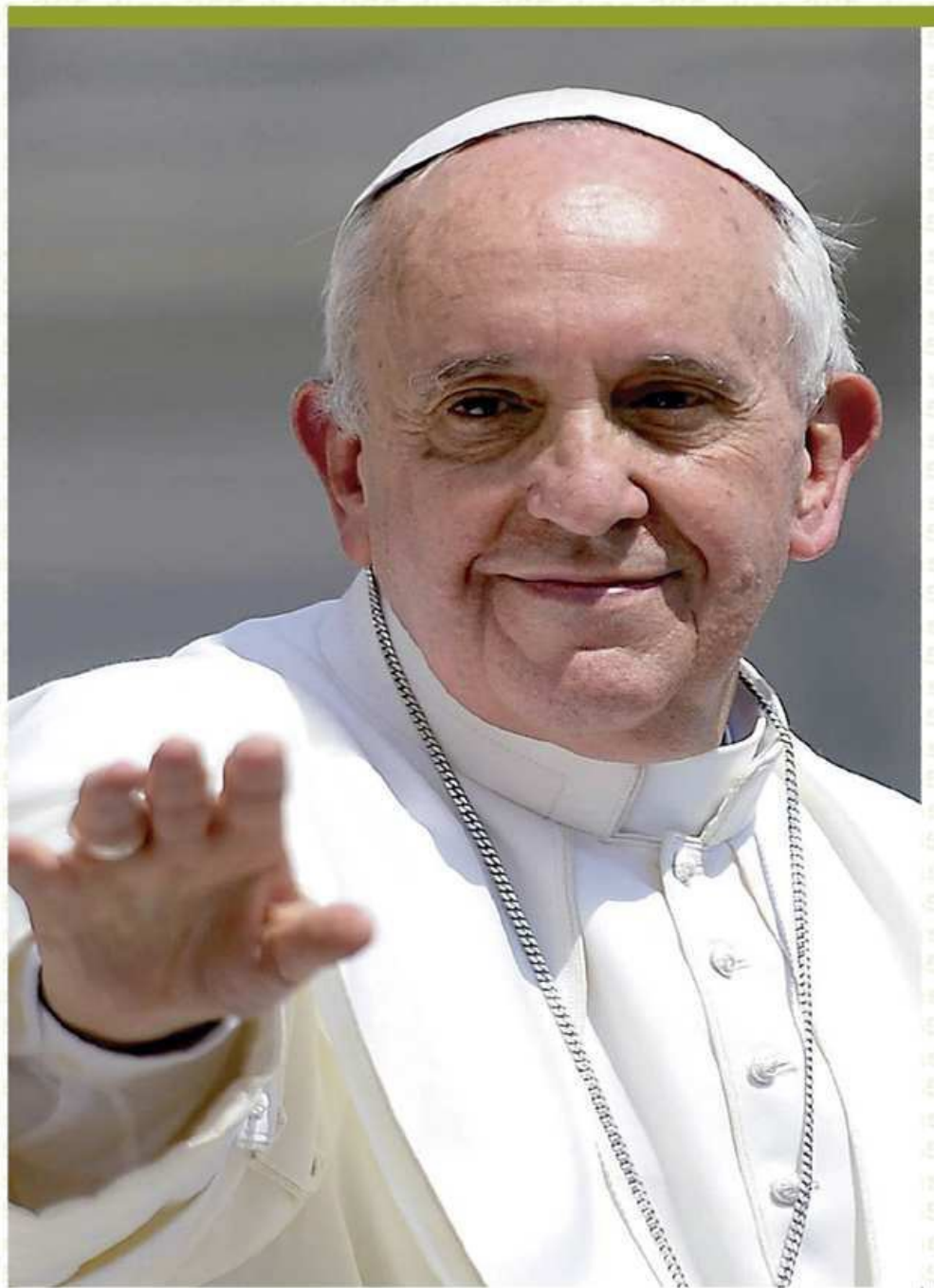


Octavio Figueredo (ed.)

365 días con el Papa Francisco



365 días con el Papa Francisco

Octavio Figueredo Rueda



Introducción

Las palabras y los gestos evangélicos del papa Francisco no dejan de sorprender y de tener un eco constante y prolongado en los distintos medios de comunicación de todo el mundo. La cercanía, la sencillez, la humildad, el abajamiento y la misericordia, expresados en abrazo, caricia, beso y mirada forman parte del lenguaje del papa Francisco. Un lenguaje que se puede ver en sus muchos gestos, pero que también se puede leer en sus muchas homilías, discursos, mensajes, cartas, conferencias, Ángelus y entrevistas. *365 días con el Papa Francisco* es un acercamiento pausado y profundo al magisterio del papa. Un recorrido por sus palabras siempre llenas de vida y esperanza, escritas a lo largo de sus años de obispo, cardenal y papa.

El magisterio del papa Francisco es rico y amplio en contenidos. Es claro, directo, sencillo, profundo y reflejo de su propia personalidad. Un magisterio sin ambages ni titubeos a la hora de hablar de aquellos temas que preocupan al sacerdote, obispo, cardenal y papa. Un magisterio que redunda en temas específicos y en el que con frecuencia los protagonistas son aquellos que normalmente no cuentan, aquellos desterrados por la «cultura del descarte», como suele referir el mismo Papa. Un magisterio que es un canto al cambio, al seguimiento verdadero, a dejarse encontrar por el Dios de vida, a ser buenos cristianos, a ser cristianos felices, a cuidar la vida, a revestirse de la sencillez... Un magisterio en el que abunda esa palabra profética, exhortativa, esa palabra que quiere calar en el corazón.

365 días con el Papa Francisco es un itinerario que acerca al pensamiento del papa, pero también es un itinerario personal de continua confrontación y examen de la propia vida cristiana. Los fragmentos de este libro son textos que exhortan e interrogan sobre grandes cuestiones. De alguna manera, cada texto es una «espada de doble filo», es una palabra que «penetra hasta partir el alma y el espíritu», es una palabra que toca «las coyunturas y los tuétanos» de la propia vida.

EL EDITOR

Enero

1 de enero

No os dejéis robar la esperanza

No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, ¡y hay tantos! Y en este momento viene el enemigo, viene el diablo, tantas veces disfrazado de ángel, e insidiosamente nos dice su palabra. No le escuchéis. Sigamos a Jesús. Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no os dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.

Homilía, 24 de marzo de 2013

2 de enero

El estilo de Dios: la paciencia

Pensemos en los dos discípulos de Emaús: el rostro triste, un caminar errante, sin esperanza. Pero Jesús no les abandona: recorre a su lado el camino, y no solo. Con paciencia explica las Escrituras que se referían a Él y se detiene a compartir con ellos la comida. Este es el estilo de Dios: no es impaciente como nosotros, que frecuentemente queremos todo y enseguida, también con las personas. Dios es paciente con nosotros porque nos ama, y quien ama comprende, espera, da confianza, no abandona, no corta los puentes, sabe perdonar. Recordémoslo en nuestra vida de cristianos: Dios nos espera siempre, aun cuando nos hayamos alejado. Él no está nunca lejos, y si volvemos a Él, está preparado para abrazarnos.

Homilía, 7 de abril de 2013

3 de enero

La buena semilla

Un cristiano restauracionista, legalista, que lo quiere todo claro y seguro, no va a encontrar nada. La tradición y la memoria del pasado tienen que ayudarnos a reunir el valor necesario para abrir espacios nuevos a Dios. Aquel que hoy buscase siempre soluciones disciplinares, el que tienda a la «seguridad» doctrinal de modo exagerado, el que busca obstinadamente recuperar el pasado perdido, posee una visión estática e involutiva. Y así la fe se convierte en una ideología entre tantas otras. Por mi parte, tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Dios está en la vida de cada uno. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier otra cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Aunque la vida de una persona sea terreno lleno de espinas y hierbajos, alberga siempre un espacio en que puede crecer la buena semilla. Es necesario fiarse de Dios.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

4 de enero

La clase media de la santidad

«Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21,18). Esta es una palabra dirigida a nosotros, los Pastores: no se puede apacentar el rebaño de Dios si no se acepta ser llevados por la voluntad de Dios incluso donde no queremos, si no hay disponibilidad para dar testimonio de Cristo con la entrega de nosotros mismos, sin reservas, sin cálculos, a veces a costa incluso de nuestra vida. Pero esto vale para todos: el Evangelio ha de ser anunciado y testimoniado. Cada uno debería preguntarse: ¿Cómo doy yo testimonio de Cristo con mi fe? ¿Tengo el valor de Pedro y los otros Apóstoles de pensar, decidir y vivir como cristiano, obedeciendo a Dios? Es verdad que el testimonio de la fe tiene muchas formas, como en un gran mural hay variedad de colores y de matices; pero todos son importantes, incluso los que no destacan... En el gran designio de Dios, cada detalle es importante, también el pequeño y humilde testimonio tuyo y mío, también ese escondido de quien vive con sencillez su fe en lo cotidiano de las relaciones de familia, de trabajo, de amistad. Hay santos del cada día, los santos «ocultos», una especie de «clase media de la santidad», como decía un escritor francés, esa «clase media de la santidad» de la que todos podemos formar parte.

Homilía, 14 de abril de 2013

5 de enero

«Pedid y se os dará»

En el evangelio Jesús es claro: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá» y, para que entendamos bien, nos pone el ejemplo de ese hombre pegado al timbre del vecino a medianoche para que le dé tres panes, sin importarle pasar por maleducado: solo le interesaba conseguir la comida para su huésped. Y si de inoportunidad se trata miremos a aquella cananea (Mt 15,21-28) que se arriesga a que la saquen corriendo los discípulos (v. 23) y a que le digan «perra» (v. 27) con tal de lograr lo que quiere: la curación de su hija. Esa mujer sí que sabía pelear corajudamente en la oración. A esta constancia e insistencia en la oración el Señor promete la certeza del éxito: «Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá»; y nos explica el porqué del éxito: Dios es Padre.

Carta, 29 de julio de 2007

6 de enero

Venid a mí todos los que estáis agobiados y afligidos

Llama la atención que los que son convocados son aquellos que están en cierta marginalidad de la existencia. Los pastores que eran una barra difícil de aquella época, casi se podría decir una mafia, y todo el mundo les tenía miedo, no dejaban las cosas a mano de ellos porque tenían mala fama; no son los pastorcitos de película con la ovejita, estos se las traían, y ellos son invitados a la mansedumbre, son invitados a la unidad. También unos intelectuales de Oriente, honestos y coherentes, son invitados y caminan desde lejos, desde muy lejos hasta llegar. Este niño, un poco más adelante, cuando predique, va a decir: «*Venid a mí todos los que estáis agobiados y afligidos, yo os aliviaré*». Desde el principio de su predicación va a invitar a aquellos que se sienten marginados. Pero la gran trampa que nos hará la propia suficiencia será llevarnos a creer que somos algo por nosotros mismos, la trampa de no sentir la propia marginalidad. Si no nos sentimos marginados desde nosotros mismos no somos invitados.

Homilía, 24 de diciembre de 2011

7 de enero

No vivas solo para ti

Si eres pecador, nos dice el Señor, haz lo que hace todo pecador para quebrantar su corazón y convertirse. Reza más, haz penitencia (se priva de alguna cosa que le gusta o superflua), ayuda a los demás, haz limosnas, haz obras de caridad. No vivas solo para ti, porque fijaos que el pecado, en el fondo, se centra en el egoísmo. Y si vivimos en esa situación de pecado, vivimos centrados en nosotros mismos. Y configuramos ese tipo de hombre y mujer que en vez de llamarse Juan, Pedro, María, Antonia se llama yo-me-mi-conmigo-para mí. Y eso es lo que nos enseña el mundo, a ser yo-me-mi-conmigo-para mí.

Homilía, 6 de febrero de 2008

8 de enero

Su mirada de ternura

En el Evangelio percibimos sobre todo la última mirada de Jesús hacia su Madre (cf Jn 19,25-27). Desde la cruz Jesús mira a su Madre y le confía el apóstol Juan, diciendo: este es tu hijo. En Juan estamos todos, también nosotros, y la mirada de amor de Jesús nos confía a la custodia maternal de la Madre. (...) Hemos venido todos juntos para encontrar la mirada de María, porque allí está como reflejo la mirada del Padre, que la hizo Madre de Dios, y la mirada del Hijo desde la cruz, que la hizo Madre nuestra. María nos contempla hoy con esa mirada. Tenemos necesidad de su mirada de ternura, de su mirada maternal que nos conoce mejor que cualquier otro, de su mirada llena de compasión y de atención. María, hoy queremos decirte: Madre, danos tu mirada. Tu mirada nos lleva a Dios, tu mirada es un regalo del Padre bueno, que nos espera en cada giro de nuestro camino, es un don de Jesucristo en la cruz, que carga sobre sí nuestros sufrimientos, nuestras fatigas, nuestro pecado.

Homilía, 22 de septiembre de 2013

9 de enero

En la armonía del Espíritu

El Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en la Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la *armonía*. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Un Padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo «*ipse harmonia est*». Él es precisamente la armonía. Solo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque Él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia.

Homilía, 19 de mayo de 2013

10 de enero

Esa hermosa liturgia

En las Iglesias ortodoxas se ha conservado esa primigenia liturgia, tan hermosa. Nosotros hemos perdido un poco el sentido de la adoración. Ellos lo conservan, alaban a Dios, adoran a Dios, cantan, el tiempo no cuenta. El centro es Dios, y con ocasión de la pregunta que usted me hace, quisiera decir que esto es una riqueza. Una vez, hablando de la Iglesia occidental, de Europa occidental, sobre todo de la Iglesia más evolucionada, me dijeron esta frase: *Lux ex oriente, ex occidente luxus*. El consumismo, el bienestar, nos han hecho mucho daño. Sin embargo, vosotros conserváis esta belleza de Dios en el centro, como referencia. Cuando se lee a Dostoievski –creo que es para todos un autor que se debe leer y releer, porque tiene una sabiduría–, se percibe cuál es el alma rusa, el alma oriental. Es algo que nos hará mucho bien. Tenemos necesidad de esta renovación, de este aire fresco de Oriente, de esta luz del Oriente.

Discurso, 28 de julio de 2013

11 de enero

Discípulos de Jesús

En el Evangelio Jesús insiste acerca de las condiciones para ser sus discípulos: no anteponer nada al amor por Él, cargar la propia cruz y seguirle. (...) Seguir a Jesús no significa participar en un cortejo triunfal. Significa compartir su amor misericordioso, entrar en su gran obra de misericordia por cada hombre y por todos los hombres. La obra de Jesús es precisamente una obra de misericordia, de perdón, de amor. ¡Es tan misericordioso Jesús! Y este perdón universal, esta misericordia, pasa a través de la cruz. Pero Jesús no quiere realizar esta obra solo: quiere implicarnos también a nosotros en la misión que el Padre le ha confiado. (...) El discípulo de Jesús renuncia a todos los bienes porque ha encontrado en Él el Bien más grande, en el que cualquier bien recibe su pleno valor y significado: los vínculos familiares, las demás relaciones, el trabajo, los bienes culturales y económicos, y así sucesivamente. El cristiano se desprende de todo y reencuentra todo en la lógica del Evangelio, la lógica del amor y del servicio.

Ángelus, 8 de septiembre de 2013

12 de enero

Regatearle a Dios su salvación

Como Abrahán hemos de regatearle a Dios su salvación con verdadero coraje... y esto cansa como se cansaban los brazos de Moisés cuando oraba en medio de la batalla (cf Éx 17,11-13). La intercesión no es para flojos. No rezamos para «cumplir» y quedar bien con nuestra conciencia o para gozar de una armonía interior meramente estética. Cuando oramos estamos luchando por nuestro pueblo. ¿Así oro yo? ¿O me canso, me aburro y procuro no meterme en ese lío y que mis cosas anden tranquilas? ¿Soy como Abrahán en el coraje de la intercesión o termino en aquella mezquindad de Jonás lamentándome de una gotera en el techo y no de esos hombres y mujeres «que no saben distinguir el bien del mal» (Jon 4,11), víctimas de una cultura pagana?

Carta, 29 de julio de 2007

13 de enero

Diálogo con el mundo actual

Hace bien recordar las palabras del concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (cf *Gaudium et spes*, 1). Aquí reside el fundamento del diálogo con el mundo actual. La respuesta a las preguntas existenciales del hombre de hoy, especialmente de las nuevas generaciones, atendiendo a su lenguaje, entraña un cambio fecundo que hay que recorrer con la ayuda del Evangelio, del Magisterio y de la Doctrina Social de la Iglesia. Los escenarios y areópagos son de lo más variado. Por ejemplo, en una misma ciudad, existen varios imaginarios colectivos que conforman «diversas ciudades». Si nos mantenemos solamente en los parámetros de «la cultura de siempre», en el fondo una cultura de base rural, el resultado terminará anulando la fuerza del Espíritu Santo. Dios está en todas partes: hay que saber descubrirlo para poder anunciarlo en el idioma de esa cultura; y cada realidad, cada idioma, tiene un ritmo diverso.

Discurso, 28 de julio de 2013

14 de enero

Derrotar el mal

Administrar justicia es una de las más insignes tareas que el hombre puede ejercer. Ciertamente no es fácil y, a menudo, no faltan dificultades, riesgos o tentaciones. Sin embargo, no se puede perder el ánimo. A este respecto, es de gran utilidad tener siempre presentes los bellos ideales de ecuanimidad, imparcialidad y nobles miras que caracterizaron a los grandes magistrados que han pasado a la historia de la humanidad por la rectitud de su conciencia, los conspicuos valores que los distinguían y la irreprochabilidad con que llevaron a cabo su servicio al pueblo. Este va uncido a la búsqueda continua de dar en todo momento a cada uno lo que es debido. Se trata de respetar el orden, derrotar el mal, tutelar la verdad. Los que se dedican a ello han de estar adornados de virtudes humanas, en particular grandeza de espíritu, prudencia, sabiduría, integridad y fortaleza. Se requiere asimismo diligencia y abnegación en el desempeño de las propias obligaciones, pues cuando la justicia llega tarde o no llega, se engendra mucho dolor y sufrimiento, la dignidad humana queda lastimada y el derecho postergado.

Carta, 26 de marzo de 2013

15 de enero

Hacerse frágil para cuidar la fragilidad

Cuántas veces escuchamos este pasaje del Evangelio, del Buen Samaritano, ese hombre que pasaba por el camino y se encontró con un herido. Ya habían pasado dos antes que se hicieron los distraídos y miraban para otro lado. Ahí estaba el herido, entre la vida y la muerte. Los que pasaron de largo no se hicieron cargo de esa vida que estaba en peligro de morir. Y este se sintió conmovido y vio esa fragilidad de la vida, una vida sumamente frágil, después de la paliza que le dieron los salteadores. Bajó del caballo y empezó a curarlo. Ese hombre se hizo frágil para cuidar la fragilidad de otro. Arriesgó su seguridad, se expuso, para curar a otro, para salvar una vida. (...) No podemos mirar para otro lado, como miraba aquel sacerdote, o aquel levita, para no hacerse cargo de la fragilidad. Cada vez que encontramos a alguien en situación de fragilidad, pensemos como este señor que iba en su montura: «Este está peor que yo».

Homilía, 31 de agosto de 2003

16 de enero

Desconfío de mi primera decisión

Mis decisiones, incluso las que tienen que ver con la vida normal, como el usar un coche modesto, van ligadas a un discernimiento espiritual que responde a exigencias que nacen de las cosas, de la gente, de la lectura de los signos de los tiempos. El discernimiento en el Señor me guía en mi modo de gobernar. Pero, mire, yo desconfío de las decisiones tomadas improvisadamente. Desconfío de mi primera decisión, es decir, de lo primero que se me ocurre hacer cuando debo tomar una decisión. Suele ser un error. Hay que esperar, valorar internamente, tomarse el tiempo necesario. La sabiduría del discernimiento nos libra de la necesaria ambigüedad de la vida, y hace que encontremos los medios oportunos, que no siempre se identificarán con lo que parece grande o fuerte.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

17 de enero

Jesús siempre mira al borde del camino

Es curioso, siempre encontramos en el Evangelio que Jesús mira a la vera del camino, a los que están al borde del camino, a los que se esconden por vergüenza o por miedo. Los que no se animan a estar con los demás porque tienen problemas o porque son leprosos o porque son ciegos o paralíticos, o son pecadores, son considerados como pecadores porque todos somos pecadores. Y Jesús siempre mira al borde del camino y los llama. Es propia de Jesús esa actitud de mirar a aquellos que están en los extremos en los momentos más duros de la existencia, al borde del camino de la existencia y llamarlos. Y los ayuda, los cura, los consuela, los fortalece, los hace discípulos suyos. Esa actitud de mirar y acercarse, porque es mirar y acercarse a quien está pasando por problemas, Él nos la enseña a nosotros. (...) No nos conformemos con leer las noticias del diario o ver por televisión alguna cosa. Acerca tu corazón allí. «Estoy de vacaciones, no puedo...». Un corazón cristiano nunca está de vacaciones. Siempre está abierto al servicio allí donde hay una necesidad, porque sabe que donde hay una necesidad hay un derecho.

Homilía, 17 de enero de 2010

18 de enero

***Una Iglesia accidentada antes que
una Iglesia enferma***

Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar «la dulce y confortadora alegría de evangelizar».

Carta, 25 de marzo de 2013

19 de enero

«La cultura del descarte»

En muchos ambientes, y en general en este humanismo economicista que se nos impuso en el mundo, se ha abierto paso una cultura de la exclusión, una «cultura del descarte». No hay lugar para el anciano ni para el hijo no deseado; no hay tiempo para detenerse con aquel pobre en la calle. A veces parece que, para algunos, las relaciones humanas estén reguladas por dos «dogmas»: eficiencia y pragmatismo. (...) Tened el valor de ir contracorriente de esta cultura eficientista, de esta cultura del descarte. El encuentro y la acogida de todos, la solidaridad, es una palabra que la están escondiendo en esta cultura, casi una mala palabra, la solidaridad y la fraternidad, son elementos que hacen nuestra civilización verdaderamente humana.

Homilía, 27 de julio de 2013

20 de enero

El hombre sigue siendo un misterio

El hombre es el camino de la Iglesia: así escribía el beato Juan Pablo II en su primera encíclica, *Redemptor hominis* (cf n. 14). Esta verdad sigue siendo válida, también y sobre todo en nuestro tiempo, cuando la Iglesia, en un mundo cada vez más globalizado y virtual, en una sociedad cada vez más secularizada y privada de puntos de referencia estables, está llamada a redescubrir su propia misión, concentrándose en lo esencial, y buscando nuevos caminos de evangelización. El hombre sigue siendo un misterio, irreductible a cualquier imagen que de él se forme en la sociedad y que el poder mundano trate de imponer. Misterio de libertad y de gracia, de pobreza y de grandeza. (...) El hombre es camino de la Iglesia porque es el camino recorrido por Dios mismo.

Mensaje, 19 de agosto de 2013

21 de enero

Animarse a mirar horizontes

Santa Inés a los 12 años supo encontrar el tacto con el tesoro escondido y dejar todo lo demás para quedarse con Él. Supo encontrar, por la gracia de Dios, la causa de Dios y dejar todo lo demás por esa causa. Con solo 12 años, fue una adolescente que sabía mirar más allá, una chica de horizontes que no se quedaba encerrada en la cocina, en la pequeñez, en la satisfacción, sino que siempre estiraba el mentón para expandir sus horizontes. Una mujer de conquista. Una mujer que iba madurando. ¿Madurando hacia dónde? Hacia la victoria. Era una joven, al mirarla a ella, recordamos a los jóvenes. Este es, en cierta manera, un día de los jóvenes, un día para los jóvenes, un día que hay que darle a los jóvenes, un día en que el mensaje es todo para ellos, quizás, y para nosotros para que lo transmitamos a los jóvenes. Y también para nuestra juventud de alma, porque todos en el corazón guardamos un poco de juventud que hay que conservarla también. Ser joven es animarse a mirar horizontes, no quedarse encerrado. Ser joven es madurar para la victoria, es decir, aprender a luchar, aprender a trabajar, aprender a mirar al mundo con ojos de grandeza. Ser joven significa tener grandeza.

Homilía, 21 de enero de 2004

22 de enero

Morir un poco

¿Quiénes son los mártires? Son cristianos ganados por Cristo, discípulos que han aprendido bien el sentido de aquel «amar hasta el extremo» que llevó a Jesús a la Cruz. No existe el amor por entregas, el amor en porciones. El amor total: y cuando se ama, se ama hasta el extremo. En la Cruz, Jesús ha sentido el peso de la muerte, el peso del pecado, pero se confió enteramente al Padre, y ha perdonado. Apenas pronunció palabras, pero entregó la vida. Cristo nos «primerea» en el amor; los mártires lo han imitado en el amor hasta el final. Dicen los Santos Padres: «¡Imitemos a los mártires!». Siempre hay que morir un poco para salir de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, de nuestro bienestar, de nuestra pereza, de nuestras tristezas, y abrírnos a Dios, a los demás, especialmente a los que más lo necesitan.

Mensaje, 13 de octubre de 2013

23 de enero

Una llamada apremiante

Hay muchos jóvenes hoy que dudan profundamente de que la vida sea un don y no ven con claridad su camino. Ante las dificultades del mundo contemporáneo, muchos se preguntan con frecuencia: ¿Qué puedo hacer? La luz de la fe ilumina esta oscuridad, nos hace comprender que cada existencia tiene un valor inestimable, porque es fruto del amor de Dios. Él ama también a quien se ha alejado de él; tiene paciencia y espera, es más, él ha entregado a su Hijo, muerto y resucitado, para que nos libere radicalmente del mal. Y Cristo ha enviado a sus discípulos para que lleven a todos los pueblos este gozoso anuncio de salvación y de vida nueva.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

24 de enero

Soy jesuita

Quería algo más. Pero no sabía qué era. Había entrado en el seminario. Me atraían los dominicos y tenía amigos dominicos. Pero al fin he elegido la Compañía, que llegué a conocer bien, al estar nuestro seminario confiado a los jesuitas. De la Compañía me impresionaron tres cosas: su carácter misionero, la comunidad y la disciplina. Y esto es curioso, porque yo soy un indisciplinado nato, nato, nato. Pero su disciplina, su modo de ordenar el tiempo, me ha impresionado mucho.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

25 de enero

«Estar en forma»

San Pablo, escribiendo a los cristianos, nos dice: «Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible» (1Cor 9,25). Jesús nos ofrece algo más grande que la Copa del Mundo; ¡algo más grande que la Copa del Mundo! Jesús nos ofrece la posibilidad de una vida fecunda y feliz, y también un futuro con él que no tendrá fin, allá en la vida eterna. Es lo que nos ofrece Jesús. Pero nos pide que paguemos la entrada. Y la entrada es que nos entrenemos para «estar en forma», para afrontar sin miedo todas las situaciones de la vida, dando testimonio de nuestra fe. A través del diálogo con él, la oración —«Padre, ahora nos va hacer rezar a todos, ¿no?»—. Te pregunto, pero contestan en su corazón, ¡eh! No en voz alta, en silencio. ¿Yo rezo? Cada uno se contesta. ¿Yo hablo con Jesús? O le tengo miedo al silencio. ¿Dejo que el Espíritu Santo hable en mi corazón? ¿Yo le pregunto a Jesús: Qué quieres que haga? ¿Qué quieres de mi vida? Esto es entrenarse.

Discurso, 27 de julio de 2013

26 de enero

El respiro de la fe

Como dice san Pablo a Timoteo: «No te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios» (2Tim 1,8). Esto, sin embargo, nos atañe a todos: cada uno de nosotros, en la propia vida de cada día, puede dar testimonio de Cristo, con la fuerza de Dios, la fuerza de la fe. Con la pequeñísima fe que tenemos, pero que es fuerte. Con esta fuerza dar testimonio de Jesucristo, ser cristianos con la vida, con nuestro testimonio. ¿Cómo conseguimos esta fuerza? La tomamos de Dios en la oración. La oración es el respiro de la fe: en una relación de confianza, en una relación de amor, no puede faltar el diálogo, y la oración es el diálogo del alma con Dios.

Ángelus, 6 de octubre de 2013

27 de enero

El Señor nunca se cansa de perdonar

El mensaje de Jesús es este: la misericordia. Para mí, lo digo con humildad, es el mensaje más fuerte del Señor: la misericordia... si somos como aquel fariseo ante el altar —«Te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, y tampoco como ese que está a la puerta, como ese publicano» (cf Lc 18,11-12)—, no conocemos el corazón del Señor, y nunca tendremos la alegría de sentir esta misericordia. No es fácil encomendarse a la misericordia de Dios, porque eso es un abismo incomprensible. Pero hay que hacerlo. «Ay, padre, si usted conociera mi vida, no me hablaría así». «¿Por qué, qué has hecho?». «¡Ay padre!, las he hecho gordas». «¡Mejor!». «Acude a Jesús. A él le gusta que se le cuenten estas cosas». Él se olvida, él tiene una capacidad de olvidar, especial. Se olvida, te besa, te abraza y te dice solamente: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8,11). Solo te da ese consejo. Después de un mes, estamos en las mismas condiciones... Volvamos al Señor. El Señor nunca se cansa de perdonar, ¡jamás! Somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón.

Homilía, 17 de marzo de 2013

28 de enero

De lo grande y lo pequeño

El discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más interiormente. Para él, es un instrumento de lucha para conocer mejor al Señor y seguirle más de cerca. Me ha impresionado siempre una máxima con la que suele describirse la visión de Ignacio: *Non coerceri a maximo, sed contineri a minimo divinum est*. He reflexionado largamente sobre esta frase por lo que toca al gobierno, a ser superior: no tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño. Esta virtud de lo grande y lo pequeño se llama magnanimidad, y, a cada uno desde la posición que ocupa, hace que pongamos siempre la vista en el horizonte. Es hacer las cosas pequeñas de cada día con el corazón grande y abierto a Dios y a los otros. Es dar su valor a las cosas pequeñas en el marco de los grandes horizontes, los del reino de Dios.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

29 de enero

El coraje de la verdadera intercesión

Me imagino que el pobre Abrahán se asustó mucho cuando Dios le dijo que iba a destruir a Sodoma. Pensó en sus parientes de allí por cierto, pero fue más allá: ¿no cabría la posibilidad de salvar a esa pobre gente? Y comienza el regateo. Pese al santo temor religioso que le producía estar en presencia de Dios, a Abrahán se le impuso la responsabilidad. Se sintió responsable. No se queda tranquilo con una petición, siente que debe interceder para salvar la situación, percibe que ha de luchar con Dios, entrar en un pulso palmo a palmo. Ya no le interesan solo sus parientes sino todo ese pueblo... y se juega en la intercesión. Se involucra en ese mano a mano con Dios. Podría haberse quedado tranquilo con su conciencia después del primer intento gozando de la promesa del hijo que se le acababa de hacer (Gén 18,9) pero sigue y sigue. Quizás inconscientemente ya sienta a ese pueblo pecador como hijo suyo, no sé, pero decide jugarse por él. Su intercesión es corajuda aun a riesgo de irritar al Señor. Es el coraje de la verdadera intercesión.

Carta, 29 de julio de 2007

30 de enero

Atacados por la seducción

Nuestros jóvenes son atacados por la seducción. La seducción de la cosa fácil, de la cosa que está a la mano. Como si les mostraran vidrios de colores diciendo: «Esto es lo que vale», mientras les roban el oro de la riqueza del alma. No os dejéis robar la riqueza del alma, la ilusión, la valentía, el ansia de victoria, la mirada hacia el horizonte.

Homilía, 21 de enero de 2004

31 de enero

El sueño de las rosas

Entre los sueños contados por don Bosco a sus jóvenes está el de las rosas: ¿lo recuerda? El santo ve una pérgola llena de rosas y comienza a encaminarse hacia su interior, seguido de muchos discípulos. Según se adentra, en cambio, junto a las bellas rosas, que cubren toda la pérgola, brotan espinas agudísimas, que hieren y provocan grandes dolores. Quien mira desde el exterior ve solo las rosas, mientras que don Bosco y los discípulos que caminan en el interior sienten las espinas: muchos se desalientan, pero la Virgen María exhorta a todos a perseverar, y al final el santo se encuentra con los suyos en un bellissimo jardín. El sueño querría representar la fatiga del educador, pero pienso que se puede aplicar también a cualquier ministerio de responsabilidad en la Iglesia.

Discurso, 16 de octubre de 2013

Febrero

1 de febrero

Dejarse envolver por la misericordia de Dios

A mí me produce siempre una gran impresión releer la parábola del Padre misericordioso, me impresiona porque me infunde siempre una gran esperanza. Pensad en aquel hijo menor que estaba en la casa del Padre, era amado; y aun así quiere su parte de la herencia; y se va, lo gasta todo, llega al nivel más bajo, muy lejos del Padre; y cuando ha tocado fondo, siente la nostalgia del calor de la casa paterna y vuelve. ¿Y el Padre? ¿Había olvidado al Hijo? No, nunca. Está allí, lo ve desde lejos, lo estaba esperando cada día, cada momento: ha estado siempre en su corazón como hijo, incluso cuando lo había abandonado, incluso cuando había dilapidado todo el patrimonio, es decir, su libertad; el Padre con paciencia y amor, con esperanza y misericordia no había dejado ni un momento de pensar en él, y en cuanto lo ve, todavía lejano, corre a su encuentro y lo abraza con ternura, la ternura de Dios, sin una palabra de reproche: Ha vuelto. Y esta es la alegría del padre. En ese abrazo al hijo está toda esta alegría: ¡Ha vuelto! Dios siempre nos espera, no se cansa. Jesús nos muestra esta paciencia misericordiosa de Dios para que recobremos la confianza, la esperanza, siempre. Un gran teólogo alemán, Romano Guardini, decía que Dios responde a nuestra debilidad con su paciencia y este es el motivo de nuestra confianza, de nuestra esperanza (cf *Glaubenserkenntnis*, Wurzburg 1949, 28). Es como un diálogo entre nuestra debilidad y la paciencia de Dios, es un diálogo que, si lo hacemos, nos da esperanza.

Homilía, 7 de abril de 2013

2 de febrero

La sabiduría de un pueblo

María y José se han puesto en marcha, como peregrinos a Jerusalén, para cumplir la ley del Señor; del mismo modo el viejo Simeón y la profetisa Ana, también ella muy anciana, han llegado al Templo llevados por el Espíritu Santo. La escena nos muestra este encuentro de tres generaciones, el encuentro de tres generaciones: Simeón tiene en brazos al Niño Jesús, en el cual reconoce al Mesías, y Ana aparece alabando a Dios y anunciando la salvación a quien espera la redención de Israel. Estos dos ancianos representan la fe como memoria. Y yo les pregunto: «¿Vosotros escucháis a los abuelos? ¿Abrís vuestro corazón a la memoria que nos transmiten los abuelos? Los abuelos son la sabiduría de la familia, son la sabiduría de un pueblo. Y un pueblo que no escucha a los abuelos es un pueblo que muere.

Discurso, 26 de octubre de 2013

3 de febrero

Orar con parresia

Varias veces hablé de la parresia, del coraje y fervor en nuestra acción apostólica. La misma actitud ha de darse en la oración: orar con parresia. No quedarnos tranquilos con haber pedido una vez; la intercesión cristiana carga con toda nuestra insistencia hasta el límite. Así oraba David cuando pedía por el hijo moribundo (2Sam 12,15-18), así oró Moisés por el pueblo rebelde (Éx 32,11-14; Núm 4,10-19; Dt 9,18-20) dejando de lado su comodidad y provecho personal y la posibilidad de convertirse en líder de una gran nación (Éx 32,10): no cambió de «partido», no negoció a su pueblo sino que la peleó hasta el final.

Carta, 29 de julio de 2007

4 de febrero

Quien no da a Dios, da muy poco

Queridos amigos, nunca olvidéis que el primer acto de amor que podéis hacer hacia el prójimo es el de compartir la fuente de nuestra esperanza: Quien no da a Dios, da muy poco. Jesús ordena a sus apóstoles: «Haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). Los medios que tenemos para «hacer discípulos» son principalmente el bautismo y la catequesis. Esto significa que debemos conducir a las personas que estamos evangelizando para que encuentren a Cristo vivo, de modo particular en su Palabra y en los sacramentos. De este modo podrán creer en él, conocerán a Dios y vivirán de su gracia.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

5 de febrero

El regreso a la sencillez

El regreso a la sencillez de una vida centrada en el Evangelio es el desafío para la renovación de la Iglesia, comunidad de fe que encuentra siempre itinerarios nuevos para evangelizar el mundo en continua transformación. (...) Nuestro mundo está fracturado en muchos modos; el contemplativo en cambio vuelve a la unidad y constituye una fuerte llamada a la unidad. Ahora más que nunca es el momento de redescubrir el sendero interior del amor a través de la oración y ofrecer a la gente de hoy en el testimonio de la contemplación, así como en la predicación y en la misión, no inútiles atajos, sino la sabiduría que emerge del meditar «día y noche en la Ley del Señor», Palabra que siempre conduce junto a la Cruz gloriosa de Cristo. Y, unida a la contemplación, la austeridad de vida, que no es un aspecto secundario de vuestra vida y de vuestro testimonio.

Mensaje, 22 de agosto de 2013

6 de febrero

Curar a los heridos

Creo que este es el tiempo de la misericordia. Este cambio de época, junto a tantos problemas de la Iglesia —como el testimonio impropio de algunos sacerdotes, los problemas de corrupción en la Iglesia, el problema del clericalismo, por poner un ejemplo—, ha dejado a muchos heridos, tantos heridos. Y la Iglesia es Madre: debe ir a curar a los heridos, con misericordia. Si el Señor no se cansa de perdonar, nosotros no tenemos otra elección que esta: lo primero, curar a los heridos. Es madre, la Iglesia, y debe seguir por el camino de la misericordia. Y tratar con misericordia a todos.

Discurso, 28 de julio de 2013

7 de febrero

La alegría, un signo evangélico

La alegría y la consolación son el fruto (y por lo tanto el signo evangélico) de que la verdad y la caridad no son verso sino que están presentes y operativas en nuestro corazón de pastores y en el corazón del pueblo al que somos enviados. Cuando hay alegría en el corazón del Pastor es señal de que sus movimientos provienen del Espíritu. Cuando hay alegría en el pueblo es señal de que lo que le llegó –como Don y como Anuncio– fue del Espíritu. Porque el Espíritu que nos envía es Espíritu de consolación, no de acedia.

Homilía, 21 de abril de 2011

8 de febrero

¡Beber el cáliz del servicio!

¡Beber el cáliz del servicio! Nuestro pueblo lo bebe diariamente en el servicio de millones de personas que silenciosamente ponen el cuerpo al trabajo o a la búsqueda de él y no a la especulación, en el servicio de los que sostienen la convivencia y solidaridad callada y no los absurdos fantasmas de xenofobia propios de minorías ideológicas agitadoras de conflictos, en el servicio de los que –sufriendo la globalización de la pobreza– no han dejado de igualarse en la solidaridad de organizaciones comunitarias y manifestaciones culturales, espontáneas y creativas. Todos estos, mujeres y hombres de nuestro pueblo, que rechazan la desesperanza y se rebelan contra aquellas mediocridades, quieren decirle no a la anomia, no al sinsentido y a la superficialidad fraudesca (cuando no farandulera) que alienta el consumismo. Y no, en fin, a quienes necesitan un pueblo pesimista y agobiado de malas noticias para obtener beneficios de su dolor.

Homilía, 25 de mayo de 2001

9 de febrero

Un mundo más habitable

Me gustaría hacer un llamamiento a quienes tienen más recursos, a los poderes públicos y a todos los hombres de buena voluntad comprometidos en la justicia social: que no se cansen de trabajar por un mundo más justo y más solidario. Nadie puede permanecer indiferente ante las desigualdades que aún existen en el mundo. Que cada uno, según sus posibilidades y responsabilidades, ofrezca su contribución para poner fin a tantas injusticias sociales. No es, no es la cultura del egoísmo, del individualismo, que muchas veces regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable; no es esta, sino la cultura de la solidaridad; la cultura de la solidaridad no es ver en el otro un competidor o un número, sino un hermano. Y todos nosotros somos hermanos.

Discurso, 25 de julio de 2013

10 de febrero

El milagro es compartir

El Evangelio nos propone el relato del milagro de los panes (Lc 9,11-17); quisiera detenerme en un aspecto que siempre me conmueve y me hace reflexionar. Jesús se preocupa por la gente que está con Él desde hace horas: son miles, y tienen hambre. ¿Qué hacer? También los discípulos se plantean el problema, y dicen a Jesús: «Despide a la gente» para que vayan a los poblados cercanos a buscar de comer. Jesús, en cambio, dice: «Dadles vosotros de comer» (v. 13). Los discípulos quedan desconcertados, y responden: «No tenemos más que cinco panes y dos peces», como si dijeran: apenas lo necesario para nosotros. Jesús sabe bien qué hacer, pero quiere involucrar a sus discípulos, quiere educarlos. La actitud de los discípulos es la actitud humana, que busca la solución más realista sin crear demasiados problemas. (...) La actitud de Jesús es totalmente distinta, y es consecuencia de su unión con el Padre y de la compasión por la gente, esa piedad de Jesús hacia todos nosotros: Jesús percibe nuestros problemas, nuestras debilidades, nuestras necesidades. (...) He aquí el milagro: más que una multiplicación es un compartir, animado por la fe y la oración. Comieron todos y sobró: es el signo de Jesús, pan de Dios para la humanidad.

Ángelus, 2 de junio de 2013

11 de febrero

La cruz de Cristo nunca conduce a la tristeza

Jesús no entra en la Ciudad Santa para recibir los honores reservados a los reyes de la tierra, a quien tiene poder, a quien domina; entra para ser azotado, insultado y ultrajado... Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz. Pienso en lo que decía Benedicto XVI a los cardenales: «Vosotros sois príncipes, pero de un rey crucificado». Ese es el trono de Jesús. Jesús toma sobre sí... ¿Por qué la cruz? Porque Jesús toma sobre sí el mal, la suciedad, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros, y lo lava, lo lava con su sangre, con la misericordia, con el amor de Dios. Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los niños: «El sudario no tiene bolsillos». Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, los crímenes contra la vida humana y contra la creación. Y también –cada uno lo sabe y lo conoce– nuestros pecados personales: las faltas de amor y de respeto a Dios, al prójimo y a toda la creación. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.

Homilía, 24 de marzo de 2013

12 de febrero

Ante el desaliento

Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno, en nuestra gente, nuestras comunidades. Pero, por más grandes que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Ante el desaliento que podría haber en la vida, en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, quisiera decirles con fuerza: Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón.

Homilía, 24 de julio de 2013

13 de febrero

¿Le damos espacio al Señor?

(A los sacerdotes, consagrados y consagradas...). Entre el intenso y desgastante trabajo apostólico por un lado y la cultura agresivamente pagana por otro, nuestro corazón se encoge en esa impotencia práctica que nos conduce a una actitud minimalista de sobrevivir en el intento de conservar la fe. Sin embargo no somos tontos y nos damos cuenta de que algo falta en este planteo, que el horizonte se acercó demasiado hasta convertirse en cerco, que algo hace que nuestra agresividad apostólica en la proclamación del Reino quede acotada. ¿No será que pretendemos hacer nosotros solos todas las cosas y nos sentimos desenfocadamente responsables de las soluciones a aportar? Sabemos que solos no podemos. Aquí cabe la pregunta: ¿le damos espacio al Señor?, ¿le dejo tiempo en mi jornada para que Él actúe?, ¿o estoy tan ocupado en hacer yo las cosas que no me acuerdo de dejarlo entrar?

Carta, 29 de julio de 2007

14 de febrero

Sed discípulos de Cristo

Esta llamada misionera se os dirige también por otra razón: Es necesaria para vuestro camino de fe personal. El beato Juan Pablo II escribió: «La fe se refuerza dándola» (*Redemptoris missio*, 2). Al anunciar el Evangelio vosotros mismos crecéis arraigándoos cada vez más profundamente en Cristo, os convertís en cristianos maduros. El compromiso misionero es una dimensión esencial de la fe; no se puede ser un verdadero creyente si no se evangeliza. El anuncio del Evangelio no puede ser más que la consecuencia de la alegría de haber encontrado en Cristo la roca sobre la que construir la propia existencia. Esforzándoos en servir a los demás y en anunciarles el Evangelio, vuestra vida, a menudo dispersa en diversas actividades, encontrará su unidad en el Señor, os construiréis también vosotros mismos, creceréis y maduraréis en humanidad.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

15 de febrero

La familia, escuela privilegiada de generosidad

[Para] la comunidad cristiana la familia es mucho más que un «tema»: es vida, es tejido cotidiano, es camino de generaciones que se transmiten la fe juntamente con el amor y con los valores morales fundamentales, es solidaridad concreta, fatiga, paciencia, y también proyecto, esperanza, futuro. Todo esto, que la comunidad cristiana vive a la luz de la fe, de la esperanza y de la caridad, nunca lo guarda para sí misma, sino que cada día se convierte en levadura en la masa de toda la sociedad, para su mayor bien común (cf *Gaudium et spes*, 47). Esperanza y futuro presuponen memoria. La memoria de nuestros ancianos es el apoyo para ir adelante en el camino. El futuro de la sociedad está radicado en los mayores y en los jóvenes: estos, porque tienen la fuerza y la edad para llevar adelante la historia; los otros, porque son la memoria viva. (...) La familia es escuela privilegiada de generosidad, de compartir, de responsabilidad, escuela que educa a superar una cierta mentalidad individualista que se abrió camino en nuestras sociedades. Sostener y promover a las familias, valorando en ellas su papel fundamental y central, es trabajar por un desarrollo equitativo y solidario.

Mensaje, 11 de septiembre de 2013

16 de febrero

Dadles vosotros de comer

«Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13). ¿A quiénes hay que dar de comer? La respuesta la encontramos al inicio del pasaje evangélico: es la muchedumbre, la multitud. Jesús está en medio de la gente, la acoge, le habla, la atiende, le muestra la misericordia de Dios; en medio de ella elige a los doce Apóstoles para estar con Él y sumergirse como Él en las situaciones concretas del mundo. Y la gente *le sigue*, le escucha, porque Jesús habla y actúa de un modo nuevo, con la autoridad de quien es auténtico y coherente, de quien habla y actúa con verdad, de quien dona la esperanza que viene de Dios, de quien es revelación del Rostro de un Dios que es amor. Y la gente, con alegría, bendice a Dios. Nosotros somos la multitud del Evangelio, también nosotros buscamos seguir a Jesús para escucharle, para entrar en comunión con Él en la Eucaristía, para acompañarle y para que nos acompañe. Preguntémonos: ¿cómo sigo yo a Jesús? Jesús habla en silencio en el Misterio de la Eucaristía y cada vez nos recuerda que seguirle quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida no una posesión nuestra, sino un don a Él y a los demás.

Homilía, 30 de mayo de 2013

17 de febrero

Frente a la crisis

Cuando hablamos de crisis, hablamos de peligros, pero también de oportunidades. Este es el sentido en que utilizo la palabra. (...) Frente a la crisis puede haber resignación, pesimismo hacia toda posibilidad de eficaz intervención. En cierto sentido es un «lavarse las manos» de la dinámica misma del actual recodo histórico, denunciando sus aspectos más negativos con una mentalidad semejante a aquel movimiento espiritual y teológico del siglo II después de Cristo que se denominó «apocalíptico». Nosotros tenemos la tentación de pensar en clave apocalíptica. Esta concepción pesimista de la libertad humana y de los procesos históricos lleva a una especie de parálisis de la inteligencia y de la voluntad. (...) Esta es la tentación que nosotros tenemos delante, si vamos por este camino de la desilusión o de la decepción. En este punto nos preguntamos: ¿hay un camino a recorrer en esta situación nuestra? ¿Debemos resignarnos? ¿Debemos dejarnos oscurecer la esperanza? ¿Debemos huir de la realidad? ¿Debemos «lavarnos las manos» y encerrarnos en nosotros mismos? Pienso no solo que existe un camino a recorrer, sino que precisamente el momento histórico que vivimos nos impulsa a buscar y hallar caminos de esperanza, que abran horizontes nuevos a nuestra sociedad.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

18 de febrero

Yo te escucho

Quizá alguno no tiene todavía claro qué hará con su vida. Pídanse al Señor; Él les hará ver el camino. Como hizo el joven Samuel, que escuchó dentro de sí la voz insistente del Señor que lo llamaba pero no entendía, no sabía qué decir y, con la ayuda del sacerdote Elí, al final respondió a aquella voz: Habla, Señor, que yo te escucho (cf 1Sam 3,1-10). Pidan también al Señor: ¿Qué quieres que haga? ¿Qué camino he de seguir?

Discurso, 28 de julio de 2013

19 de febrero

Señales para encontrar a Dios

Encontrar a Dios en todas las cosas no es un eureka empírico. En el fondo, cuando deseamos encontrar a Dios nos gustaría constatarlo inmediatamente por medios empíricos. Pero así no se encuentra a Dios. Se le encuentra en la brisa ligera de Elías. Los sentidos capaces de percibir a Dios son los que Ignacio llama «sentidos espirituales». Ignacio quiere que abramos la sensibilidad espiritual y así encontremos a Dios más allá de un contacto puramente empírico. Se necesita una actitud contemplativa: es el sentimiento del que va por el camino bueno de la comprensión y del afecto frente a las cosas y las situaciones. Señales de que estamos en ese buen camino son la paz profunda, la consolación espiritual, el amor de Dios y de ver todas las cosas en Dios.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

20 de febrero

La fe crece en el encuentro con Jesús

Los criterios inmediatistas y eficientistas poco a poco han invadido nuestra cultura. El máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo, la inmolación del esfuerzo, del tiempo, de valores profundos y hasta de afectos vitales en vistas a un objetivo de corta duración que se presenta como plenificante en lo social o económico. De esta filosofía de vida, casi aceptada universalmente, no está exenta la vida de fe de los cristianos. Si bien la fe del discípulo se afianza y crece en el encuentro con Jesús vivo, que llega a todos los rincones de la vida y se nutre en la experiencia de ponerse de cara al Evangelio para vivirlo como buena noticia que ilumina el andar cotidiano, podemos correr el riesgo de mirarlo de «rejo» y quedarnos solo con una parte.

Homilía, 9 de marzo de 2011

21 de febrero

Mirar al corazón

El Evangelio nos presenta un acontecimiento muy pequeño, algo que pasó en dos segundos, y fue tan rápido y se realizó tan secretamente, que nadie se enteró. El único que se dio cuenta fue Jesús. Él lo valoró y así se lo hizo notar a los discípulos. Y de allí se convirtió en un gesto grande, en una enseñanza para todos. En medio de toda la gente que daba limosna, Jesús se fijó en una humilde mujer que había perdido a su esposo y cuidaba sola de su familia. Esta señora puso las dos moneditas que tenía para comer ese día en la alcancía del Templo. Dos moneditas que no hicieron ruido como hacen las monedas grandes de plata, pero su tintineo resonó como una plegaria en el Corazón de Jesús. Hay gente que no entiende estos gestos gratuitos. (...) Hay cosas que si uno no mira el corazón de la gente, como hace Jesús, no las entiende o las interpreta mal. El amor y la fe con que esta buena mujer puso su ofrenda en la alcancía de los pobres, solo Jesús lo entendió. Ella confió y se jugó entera a poner toda su esperanza en las manos de Dios. Su lógica fue: si yo estoy mal, voy a ayudar a otro que esté peor que yo y con este gesto le voy a rogar al Señor que se acuerde de mí y bendiga a mis hijos.

Homilía, 7 de enero de 2003

22 de febrero

Dar testimonio de la fe

Reflexionamos sobre la catolicidad de la Iglesia. ¿Qué significa que la Iglesia es católica? En primer lugar, que en ella Cristo nos da la plenitud de los medios de salvación. Así como en la familia cada uno recibe lo que necesita para crecer y madurar, en la Iglesia se nos da todo lo necesario para creer y vivir como cristianos. Preguntémonos: ¿Cómo vivo yo en la Iglesia? ¿Participo en la vida de la comunidad y acojo los medios que se me dan para crecer como cristiano, o me encierro en mí mismo? En segundo lugar, la Iglesia es católica porque es universal, esparcida por todo el mundo y ofrece a todos la salvación que Cristo ha traído. Todos en la Iglesia nos debemos sentir llamados a anunciar y dar testimonio de la fe. ¿Qué hago para comunicar a otros la alegría de haber encontrado al Señor y pertenecer a la Iglesia? Por último, la Iglesia es católica porque es la casa de la armonía. Es como una gran orquesta que sabe integrar la diversidad de cada elemento en la armonía de una sinfonía.

Audiencia, 9 de octubre de 2013

23 de febrero

Para Dios no somos números, somos lo más importante

Tal vez alguno de nosotros puede pensar: mi pecado es tan grande, mi lejanía de Dios es como la del hijo menor de la parábola del hijo pródigo, mi incredulidad es como la de Tomás; no tengo las agallas para volver, para pensar que Dios pueda acogerme y que me esté esperando precisamente a mí. Pero Dios te espera precisamente a ti, te pide solo el valor de regresar a Él. Cuántas veces en mi ministerio pastoral me han repetido: «Padre, tengo muchos pecados»; y la invitación que he hecho siempre es: «No temas, ve con Él, te está esperando, Él hará todo». Cuántas propuestas mundanas sentimos a nuestro alrededor. Dejémonos sin embargo aferrar por la propuesta de Dios, la suya es una caricia de amor. Para Dios no somos números, somos importantes, es más, somos lo más importante que tiene; aun siendo pecadores, somos lo que más le importa.

Homilía, 7 de abril de 2013

24 de febrero

No tener miedo a la solidaridad

«Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13), «dar», *compartir*. ¿Qué comparten los discípulos? Lo poco que tienen: cinco panes y dos peces. Pero son precisamente esos panes y esos peces los que en las manos del Señor sacian a toda la multitud. Y son justamente los discípulos, perplejos ante la incapacidad de sus medios y la pobreza de lo que pueden poner a disposición, quienes acomodan a la gente y distribuyen –confiando en la palabra de Jesús– los panes y los peces que sacian a la multitud. Y esto nos dice que en la Iglesia, pero también en la sociedad, una palabra clave de la que no debemos tener miedo es «solidaridad», o sea, saber poner a disposición de Dios lo que tenemos, nuestras humildes capacidades, porque solo compartiendo, solo en el don, nuestra vida será fecunda, dará fruto. Solidaridad: ¡una palabra malmirada por el espíritu mundano!

Homilía, 30 de mayo de 2013

25 de febrero

Hacia el bien común

La hermandad entre los hombres y la colaboración para construir una sociedad más justa no son un sueño fantasioso sino el resultado de un esfuerzo concertado de todos hacia el bien común. Os aliento en este vuestro compromiso por el bien común, que requiere por parte de todos sabiduría, prudencia y generosidad.

Discurso, 27 de julio de 2013

26 de febrero

Las bienaventuranzas

Las imágenes contrastantes que usa Jesús en las bienaventuranzas me recuerdan a las que vemos en los telediarios: gente pobre en la calle y gente rica festejando fastuosamente, pobres perseguidos por reclamar trabajo y ricos que eluden la justicia y encima los aplauden; gente que llora por la violencia y gente que tira comida... Parece un telediario. Y sin embargo Jesús valora las cosas distinto que los telediarios. Él mira hondo en la realidad de la vida y nos dice: ¡ay del corazón que no sabe llorar!, ¡ay del corazón que no tiene hambre y sed de justicia!, ¡ay del corazón que no se siente pobre de amor!, ¡ay del corazón que está hinchado de vanidad!... Es un pobre corazón, un corazón que acabará endurecido, despreciado, solo.

Homilía, 7 de agosto de 2001

27 de febrero

Dios nos libre de la «malaventuranza»

Necesitamos de la amistad social que cultivan los pobres y los pequeños, la que solo satisface cuando se da por completo a los otros. Dios nos libre de la «malaventuranza» de una permanente insatisfacción, del encubrimiento del vacío y la miseria interior con sustitutos de poder, de imagen, de dinero. La pobreza evangélica, en cambio, es creativa, comprende, sostiene y es esperanzada; desecha la «actuación» que solo procura impresionar; no necesita propaganda para mostrar lo que hace, ni recurre al juego de fuerzas para imponerse. Su poder y autoridad nace de la convocatoria a una confianza, no de la manipulación, el amedrentamiento o la prepotencia.

Homilía, 25 de mayo de 2006

28 de febrero

La alegría de Dios

Cuando se lee el capítulo 15 del evangelio de Lucas, que contiene las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, la de la moneda extraviada y después la más larga de las parábolas, típica de san Lucas, la del padre y los dos hijos, el hijo «pródigo» y el hijo que se cree «justo», que se cree santo. Estas tres parábolas hablan de la alegría de Dios. (...) La alegría de Dios es perdonar, ¡la alegría de Dios es perdonar! Es la alegría de un pastor que reencuentra su oveja; la alegría de una mujer que halla su moneda; es la alegría de un padre que vuelve a acoger en casa al hijo que se había perdido, que estaba como muerto y ha vuelto a la vida, ha vuelto a casa. ¡Aquí está todo el Evangelio! ¡Aquí! ¡Aquí está todo el Evangelio, está todo el cristianismo! Pero mirad que no es sentimiento, no es «buenismo». Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del «cáncer» que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Solo el amor llena los vacíos, las vorágines negativas que el mal abre en el corazón y en la historia. Solo el amor puede hacer esto, y esta es la alegría de Dios.

Ángelus, 15 de septiembre de 2013

Marzo

1 de marzo

Una red de paz que protege el mundo

No podemos nunca resignarnos ante el dolor de pueblos enteros, prisioneros de la guerra, de la miseria, de la explotación. No podemos contemplar indiferentes e impotentes el drama de niños, familias y ancianos golpeados por la violencia. No podemos dejar que el terrorismo encarcele el corazón de pocos violentos para sembrar dolor y muerte en muchos. De modo especial decimos con fuerza, todos, continuamente, que no puede existir justificación religiosa alguna para la violencia. (...) En el mundo, en las sociedades, hay poca paz también porque falta el diálogo, le cuesta salir del estrecho horizonte de los propios intereses para abrirse a una confrontación auténtica y sincera. Para la paz se necesita un diálogo tenaz, paciente, fuerte, inteligente, para el cual nada está perdido. El diálogo puede ganar la guerra. El diálogo permite vivir juntas a personas de diferentes generaciones, que a menudo se ignoran; permite vivir juntos a ciudadanos de diversas procedencias étnicas, de diversas convicciones. El diálogo es la vía de la paz. Porque el diálogo favorece el entendimiento, la armonía, la concordia, la paz.

Discurso, 30 de septiembre de 2013

2 de marzo

La lógica de la solidaridad

Es tarea entonces de todos los hombres construir la paz, a ejemplo de Jesucristo, a través de estos dos caminos: promover y practicar la justicia, con verdad y amor; contribuir, cada uno según sus posibilidades, al desarrollo humano integral, según la lógica de la solidaridad. (...) ¿Qué consecuencias tiene recordar el origen divino del hombre, de la sociedad y de la autoridad misma? La *Pacem in terris* focaliza una consecuencia básica: el valor de la persona, la dignidad de cada ser humano, que hay que promover, respetar y tutelar siempre. Y no son solo los principales derechos civiles y políticos los que deben ser garantizados –afirma el beato Juan XXIII–, sino que se debe también ofrecer a cada uno la posibilidad de acceder efectivamente a los medios esenciales de subsistencia, el alimento, el agua, la casa, la atención sanitaria, la educación y la posibilidad de formar y sostener a una familia. Estos son los objetivos que tienen una prioridad inderogable en la acción nacional e internacional y miden su bondad. De ellos depende una paz duradera para todos.

Discurso, 3 de octubre de 2013

3 de marzo

Sembrando esperanza

«La caridad de Jesús es una urgencia», decía Pablo (cf 2Cor 5,14). Para el buen Pastor, lo que está lejos, periférico, lo que está perdido y despreciado es objeto de una atención mayor, y la Iglesia no puede sino hacer suya esta predilección y esta atención. En la Iglesia, los primeros son quienes tienen mayor necesidad, humana, espiritual, material, más necesidad. Y siguiendo a Cristo por el camino de la caridad, nosotros sembramos esperanza. (...) Pero como Iglesia tenemos todos una responsabilidad fuerte que es la de sembrar la esperanza con obras de solidaridad, siempre buscando colaborar en el modo mejor con las instituciones públicas, en el respeto de las respectivas competencias. La *Caritas* es expresión de la comunidad, y la fuerza de la comunidad cristiana es hacer crecer la sociedad desde el interior, como la levadura. Pienso en vuestras iniciativas con los detenidos en las cárceles, pienso en el voluntariado de muchas asociaciones, en la solidaridad con las familias que sufren más a causa de la falta de trabajo. En esto os digo: ¡ánimo! No os dejéis robar la esperanza e id adelante. Que no os la roben. Al contrario: ¡sembrad esperanza!

Discurso, 22 de septiembre de 2013

4 de marzo

En las garras de la rutina

Una de las cosas más desgastantes que nos puede suceder es caer en las garras de la costumbre. Tanto a lo bueno como a lo malo. Cuando el esposo o la esposa se acostumbra al cariño y a la familia, entonces se deja de valorar, de dar gracias y de cuidar delicadamente lo que se tiene. Cuando nos acostumbramos al regalo de la fe, la vida cristiana se hace rutina, repetición, no da sentido a la vida, deja de ser fermento. La costumbre es un freno, un callo que aprisiona al corazón, vamos «tirando» y perdemos la capacidad de «mirar bien» y dar respuesta.

Mensaje, 17 de febrero de 2010

5 de marzo

La solidaridad predica el desarrollo

Es un propio. Es un predicado. Sin solidaridad no hay desarrollo y sin desarrollo no hay solidaridad. La solidaridad se traduce en la convivencia, el equilibrio de beneficios y sacrificios compartidos. La *solidaridad para el desarrollo* es *asistencia* social sostenida y sentida; es *distribución* equitativa de la renta; es la *seguridad* de los que menos tienen; es la *defensa* de los más débiles; es el *crecimiento* social común; es el *desarrollo* equilibrado; es la *fraternidad* real y ampliada; es *responsabilidad* pública por la exclusión social; es la *colectivización* del costo social. Todo ello edifica un futuro promisorio de la convivencia que profundiza el *ethos del porvenir*.

Ponencia, 17 de junio de 2010

6 de marzo

La salvación está en juego

Estamos atravesando un período histórico muy particular. El progreso técnico nos ha ofrecido posibilidades inauditas de interacción entre los hombres y la población, mas la globalización de estas relaciones solo será positiva y hará crecer el mundo en humanidad si se basa no en el materialismo sino en el amor, que es la única realidad capaz de colmar el corazón de cada uno y de unir a las personas. Dios es amor. El hombre que se olvida de Dios se queda sin esperanza y es incapaz de amar a su semejante. Por ello, es urgente testimoniar la presencia de Dios, para que cada uno la pueda experimentar. La salvación de la humanidad y la salvación de cada uno de nosotros están en juego. Quien comprenda esta necesidad, solo podrá exclamar con Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1Cor 9,16).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

7 de marzo

Un tiempo de conversión

Cuaresma, que para ser auténtica y dar sus frutos, lejos de ser un tiempo de cumplimiento es tiempo de conversión, de volver a las raíces de nuestra vida en Dios. Conversión que brota de la acción de gracias por todo lo que Dios nos ha regalado, por todo lo que obra y seguirá obrando en el mundo, en la historia y en nuestra vida personal. Acción de gracias, como la de María, que a pesar de los sinsabores por los que tuvo que pasar, no se quedó en la mirada derrotista sino que supo cantar a las grandezas de Señor. La acción de gracias y la conversión caminan juntas.

Mensaje, Cuaresma de 2012

8 de marzo

Teología profunda de la mujer

Una Iglesia sin mujeres es como un Colegio apostólico sin María. El papel de la mujer en la Iglesia no es solamente la maternidad, la mamá de la familia, sino que es más fuerte; es precisamente el icono de la Virgen, de María, la que ayuda a crecer a la Iglesia. Pero dense cuenta de que la Virgen es más importante que los Apóstoles. Es más importante. La Iglesia es femenina: es Iglesia, es esposa, es madre. Pero la mujer en la Iglesia no solo debe... no sé cómo se dice en italiano... el papel de la mujer en la Iglesia no se puede limitar al de mamá, al de trabajadora, limitado... ¡No! Es otra cosa. Los papas... Pablo VI escribió una cosa hermosísima sobre las mujeres, pero creo que se debe ir más allá en la explicitación de este papel y carisma de la mujer. No se puede entender una Iglesia sin mujeres, pero mujeres activas en la Iglesia, con su estilo, que llevan adelante. (...) Creo que nosotros no hemos hecho todavía una teología profunda de la mujer, en la Iglesia. Solamente puede hacer esto, puede hacer aquello, ahora hace de monaguilla, ahora lee la lectura, es la presidenta de Cáritas... Pero, hay algo más. Es necesario hacer una profunda teología de la mujer.

Discurso, 28 de julio de 2013

9 de marzo

Desarrugar el corazón

La penitencia más la oración, el ayuno. El despojo de manera de limosna que hagamos en la Cuaresma no es un masoquismo sino es desarrugarnos el corazón que el egoísmo nos va achicando, por eso todos los años la Iglesia nos dice: «Mira más allá, mira al horizonte, Dios no te hizo para que tengas un corazón más arrugado, Dios no te hizo para el egoísmo ni para ti solo, sino que te hizo para el amor».

Homilía, 9 de marzo de 2011

10 de marzo

Lo mejor para nosotros

Quien es hombre, mujer de esperanza –la gran esperanza que nos da la fe– sabe que Dios actúa y nos sorprende también en medio de las dificultades. (...) Dios nunca deja de sorprender, como con el vino nuevo del Evangelio que acabamos de escuchar. Dios guarda lo mejor para nosotros. Pero pide que nos dejemos sorprender por su amor, que acojamos sus sorpresas. Confiemos en Dios. Alejados de él, el vino de la alegría, el vino de la esperanza, se agota. Si nos acercamos a él, si permanecemos con él, lo que parece agua fría, lo que es dificultad, lo que es pecado, se transforma en vino nuevo de amistad con él.

Homilía, 24 de julio de 2013

11 de marzo

El hombre puede cambiar

A vosotros y a todos os repito: nunca os desaniméis, no perdáis la confianza, no dejéis que la esperanza se apague. La realidad puede cambiar, el hombre puede cambiar. Sed los primeros en tratar de hacer el bien, de no habituarse al mal, sino a vencerlo con el bien. La Iglesia os acompaña ofreciándoos el don precioso de la fe, de Jesucristo, que ha «venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10).

Discurso, 25 de julio de 2013

12 de marzo

El ayuno que Dios quiere

Nuestro ayuno cuaresmal puede ser rutinario y llegar a ser un gesto maniqueo más que profético consistente en «cerrar la boca», porque la materia y los alimentos son impuros: cuando el ayuno que Dios quiere es partir el propio pan con el hambriento; privarnos no solo de lo superfluo, sino aún de lo necesario para ayudar a los que tienen menos; dar trabajo al que no lo tiene; curar a los que están enfermos en su cuerpo o en su espíritu; hacernos cargo de los que sufren el azote de la droga o ayudar a prevenir la caída de tantos; el denunciar toda injusticia; el trabajar para que tantos, especialmente chicos en la calle, dejen de ser el paisaje habitual; el dar amor al que está solo y no solo al que se nos acerca. (...) Ayunemos desde la solidaridad concreta como manifestación visible de la caridad de Cristo en nuestra vida.

Homilía, 9 de marzo de 2011

13 de marzo

Acepto

Me impresiona el gesto de Mateo. Se aferra a su dinero, como diciendo: «¡No, no a mí! No, ¡este dinero es mío!». Esto es lo que yo soy: un pecador al que el Señor ha dirigido su mirada... Y esto es lo que dije cuando me preguntaron si aceptaba la elección de Pontífice: *Peccator sum, sed super misericordia et infinita patientia Domini nostri Jesu Christi confisus et in spiritu penitentiae accepto.*

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

14 de marzo

Dejémonos reconciliar con Dios

¡Dejémonos reconciliar con Dios, es Jesús el que nos reconcilia! ¡Démosle lugar a Jesús para que nos reconcilie y volvamos al Señor con todo el corazón! (...). Despójate del egoísmo y mira a tu alrededor para ver de qué te puedes despojar para ayudar al que necesita.

Homilía, 9 de marzo de 2011

15 de marzo

Las redes de la Iglesia

Las redes de la Iglesia son frágiles, quizás remendadas; la barca de la Iglesia no tiene la potencia de los grandes transatlánticos que surcan los océanos. Y, sin embargo, Dios quiere manifestarse precisamente a través de nuestros medios, medios pobres, porque siempre es él quien actúa. Queridos hermanos, el resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero hay que saber ante todo que la fuerza de la Iglesia no reside en sí misma sino que está escondida en las aguas profundas de Dios, en las que ella está llamada a echar las redes.

Discurso, 27 de julio de 2013

16 de marzo

Si no haces bien a otros, no haces nada grande

No creamos que es el comer o el ayunar lo que importa. Lo que hace verdadero el ayuno es el espíritu con que se come o se ayuna. Si pasar hambre fuera una bendición, serían benditos todos los hambrientos de la tierra y no tendríamos por qué preocuparnos. «Ningún acto de virtud puede ser grande si de él no se sigue también provecho para los otros... Así pues, por más que te pases el día en ayunas, por más que duermas sobre el duro suelo, y comas ceniza, y suspires continuamente, si no haces bien a otros, no haces nada grande» (san Juan Crisóstomo).

Homilía, 9 de marzo de 2011

17 de marzo

Contracorriente

En el ámbito social, solo hay una cosa que la Iglesia pide con particular claridad: la libertad de anunciar el Evangelio de modo integral, aun cuando esté en contraste con el mundo, cuando vaya contracorriente, defendiendo el tesoro del cual es solamente guardiana, y los valores de los que no dispone, pero que ha recibido y a los cuales debe ser fiel. La Iglesia sostiene el derecho de servir al hombre en su totalidad, diciéndole lo que Dios ha revelado sobre el hombre y su realización y ella quiere hacer presente ese patrimonio inmaterial sin el cual la sociedad se desmorona, las ciudades se verían arrasadas por sus propios muros, barrancos y barreras. La Iglesia tiene el derecho y el deber de mantener encendida la llama de la libertad y de la unidad del hombre.

Discurso, 27 de julio de 2013

18 de marzo

La supervivencia de la humanidad

No solo diría que la familia es importante para la evangelización del nuevo mundo. La familia es importante, es necesaria para la supervivencia de la humanidad. Si no hay familia corre peligro la supervivencia cultural de la humanidad. Es la base, nos guste o no nos guste: la familia.

*Entrevista de Radio Catedral,
27 de julio de 2013*

19 de marzo

La vocación de custodiar

La vocación de custodiar no solo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios... Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque de ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen.

Homilía, 19 de marzo de 2013

20 de marzo

Las piedras vivas somos nosotros

Sed protagonistas. Jugad para adelante. Caminad adelante, construid un mundo mejor. Un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad, de solidaridad. Jugad adelante siempre. San Pedro nos dice que somos piedras vivas que forman una casa espiritual (cf 1Pe 2,5). Y miramos este palco, vemos que tiene forma de una iglesia construida con piedras vivas. En la Iglesia de Jesús, las piedras vivas somos nosotros, y Jesús nos pide que edifiquemos su Iglesia; cada uno de nosotros es una piedra viva, es un pedacito de la construcción, y si falta ese pedacito cuando viene la lluvia entra la gotera y se mete el agua dentro de la casa. Cada pedacito vivo tiene que cuidar la unidad y la seguridad de la Iglesia. (...) Jesús nos pide que su Iglesia sea tan grande que pueda alojar a toda la humanidad, que sea la casa de todos.

Discurso, 27 de julio de 2013

21 de marzo

Pongámonos en situación de riesgo

La Madre Teresa se pasó la vida levantando vidas frágiles del suelo, de la calle. Los levantaba y los llevaba. Los recogía. Y ella no era Tarzán, se la llevaba el viento, era la fragilidad caminando. Con su fragilidad –pero había mucho amor en su corazón– también cuidó la fragilidad de los demás. Como ven, la santidad, el ser santo, no es cosa de los tiempos de antes. También hay hoy hombres y mujeres que se ponen en situación de fragilidad para cuidar la fragilidad de otros y hacerla resurgir. Y más la fragilidad de la vida. En este momento, en que en todo el mundo se ha puesto de moda, frente a la vida, esa actitud de descarte. Lo que molesta, lo que no sirve, se descarta. Y si viene una vida que creo que me va a molestar, afuera, que no venga. Si hay un anciano que ya no sirve, afuera, es material descartable. Hoy día, que estamos viviendo esto en todo el mundo, porque la moda es pensar así, nosotros, los cristianos, pongámonos en situación de riesgo, hagámonos frágiles y, con nuestra fragilidad, cuidemos la fragilidad de la vida que se quiere descartar.

Homilía, 31 de agosto de 2003

22 de marzo

Una ley de amor

Los diez mandamientos son una ley de amor. Moisés subió al monte para recibir de Dios las tablas de la Ley. Jesús realiza el camino opuesto: el Hijo de Dios se abaja, desciende en nuestra humanidad para indicarnos el sentido profundo de estas diez Palabras: Ama al Señor con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y al prójimo como a ti mismo (cf Lc 10,27). Este es el sentido más profundo de los diez mandamientos: el mandamiento de Jesús que lleva consigo todos los mandamientos, el mandamiento del amor. Por ello digo que los diez mandamientos son mandamientos de amor. Aquí está el corazón de los diez mandamientos: el Amor que viene de Dios y que da sentido a la vida, amor que nos hace vivir no como esclavos, sino como verdaderos hijos, amor que anima todas las relaciones: con Dios, con nosotros mismos –a menudo lo olvidamos– y con los demás. La verdadera libertad no es seguir nuestro egoísmo, nuestras ciegas pasiones, sino la de amar, escoger aquello que es un bien en cada situación.

Mensaje, 8 de junio de 2013

23 de marzo

Nos habla en la oración

Otro camino privilegiado para crecer en la amistad con Cristo es la escucha de su Palabra. El Señor nos habla en la intimidad de nuestra conciencia, nos habla a través de la Sagrada Escritura, nos habla en la oración. Aprended a permanecer en silencio ante Él, a leer y meditar la Biblia, especialmente los Evangelios, a dialogar con Él cada día para sentir su presencia de amistad y de amor. Y aquí quisiera subrayar la belleza de una oración contemplativa sencilla, accesible a todos, grandes y pequeños, cultos o poco instruidos; es la oración del santo rosario. En el rosario nosotros nos dirigimos a la Virgen María para que nos guíe hacia una unión cada vez más estrecha con su Hijo Jesús para identificarnos con Él, tener sus sentimientos, actuar como Él. En el rosario, de hecho, repitiendo el Avemaría, nosotros meditamos los misterios, los hechos de la vida de Cristo para conocerle y amarle cada vez más. El rosario es un instrumento eficaz para abrirnos a Dios, para que nos ayude a vencer el egoísmo y llevar paz a los corazones, a las familias, a la sociedad y al mundo.

Mensaje, 19 de agosto de 2013

24 de marzo

Ser portadores de la ternura de Dios

El profeta Isaías se dirige a un pueblo que ha atravesado el período oscuro del exilio, ha sufrido una prueba muy dura; pero ahora, para Jerusalén, ha llegado el tiempo de la consolación; la tristeza y el miedo deben dejar paso a la alegría: «Festejad... gozad... alegraos», dice el Profeta (66,10). Es una gran invitación a la alegría. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo de esta invitación a la alegría? Porque el Señor hará derivar hacia la santa Ciudad y sus habitantes un «torrente» de consolación, un torrente de consolación –así llenos de consolación–, un torrente de ternura materna: «Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán» (v. 12). Como la mamá pone al niño sobre sus rodillas y lo acaricia, así el Señor hará con nosotros y hace con nosotros. Este es el torrente de ternura que nos da tanta consolación. «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (v. 13). Todo cristiano, y sobre todo nosotros, estamos llamados a ser portadores de este mensaje de esperanza que da serenidad y alegría: la consolación de Dios, su ternura para con todos. Pero solo podremos ser portadores si nosotros experimentamos antes la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. Esto es importante para que nuestra misión sea fecunda: sentir la consolación de Dios y transmitirla.

Homilía, 7 de julio de 2013

25 de marzo

Dios es recibido por María

Alguien me decía una vez que el día de hoy es el día más luminoso del año porque conmemoramos el día en que Dios comenzó a caminar con nosotros. Dios es recibido por María; el seno de María se transforma en un santuario cubierto por el Espíritu Santo, cubierto por la sombra de Dios y de ahí en más María comienza un camino, un camino de acompañamiento a la vida que acaba de concebir, a la vida de Jesús. Lo espera, como toda madre espera a un hijo, con mucha ilusión pero antes de nacer empiezan las dificultades; y ella sigue acompañando esa vida de dificultades. En el momento prácticamente de dar a luz tiene que emprender un viaje para cumplir con la ley, la ley civil de los romanos, y cumple. Va a cumplir con la ley. Y allí nace el chico sin ninguna comodidad y ella acompaña eso, Jesús prácticamente nació en situación de calle... en un pesebre... en un corral... no había lugar para Él y ella acompaña. (...) María, la mujer que recibe y acompaña la vida... hasta el final; con todos los problemas que se puedan presentar y todas las alegrías que la vida también nos da. María, la mujer que en un día como hoy recibe la vida y la acompaña hasta su plenitud.

Homilía, 25 de marzo de 2011

26 de marzo

Ayudar desde la solidaridad

Jesús ayunó según la tradición de su pueblo pero también compartió la mesa de ricos y pobres, de los justos y pecadores (Mt 11,19). Ayunemos desde la solidaridad concreta como manifestación visible de la caridad de Cristo en nuestra vida. Así tiene sentido nuestro ayuno como gesto profético y acción eficaz. Así cobra sentido nuestro ayunar para que otros no ayunen. Ayunar es amar.

Homilía, 9 de marzo de 2011

27 de marzo

Todos somos pecadores

Cada uno de nosotros tenemos que encontrarnos más con el Señor, todos somos pecadores. Por favor, si hay alguno que no es pecador que levante la mano porque así le damos un premio. Todos somos pecadores. Todos. Y necesitamos reconciliarnos con Jesús de aquello que cada uno de nosotros sabe que tiene que dejarse reconciliar: una injusticia, un odio, una envidia, una agresión, una ruptura... uno sabe, Dios sabe. Pero san Pablo, como de rodillas nos pide: «Mira, si eres cristiano, ¡déjate reconciliar con Dios!». ¡Y este es el tiempo favorable para dejarnos reconciliar con Dios! Este tiempo de este camino en que vamos hacia el encuentro de Jesucristo que va a terminar aquí la noche de Pascua cuando cantemos ese Aleluya lleno de felicidad. Porque ahí está nuestro triunfo. Déjate reconciliar con Dios. Esa es la Palabra.

Homilía, 6 de febrero de 2008

28 de marzo

***Ayunar para que nadie tenga que ayunar
a la fuerza***

Necesitamos vivir la profundidad de no darle tanta importancia a la comida de la que nos privamos sino a la comida que posibilitamos a un hambriento con nuestras privaciones. Que nuestro ayuno voluntario sea el que impida tantos ayunos obligados de los pobres. Ayunar para que nadie tenga que ayunar a la fuerza.

Homilía, 9 de marzo de 2011

29 de marzo

Vivir la fe con un corazón joven

Queridos jóvenes... Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe. Nos traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis bien, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial: es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. Y vosotros no os avergonzáis de su cruz. Más aún, la abrazáis porque habéis comprendido que la verdadera alegría está en el don de sí mismo, en el don de sí, en salir de uno mismo, y en que él ha triunfado sobre el mal con el amor de Dios... Los jóvenes deben decir al mundo: Es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús.

Homilía, 24 de marzo de 2013

30 de marzo

Miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos

La *novedad* nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios. Con frecuencia lo seguimos, lo acogemos, pero hasta un cierto punto; nos resulta difícil abandonarnos a Él con total confianza, dejando que el Espíritu Santo anime, guíe nuestra vida, en todas las decisiones; tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos.

Homilía, 19 de mayo de 2013

31 de marzo

Se necesita tiempo

Es posible tener proyectos grandes y llevarlos a cabo actuando sobre cosas mínimas. Podemos usar medios débiles que resultan más eficaces que los fuertes, como dice san Pablo en la primera Carta a los corintios. Un discernimiento de este tipo requiere tiempo. Son muchos, por poner un ejemplo, los que creen que los cambios y las reformas pueden llegar en un tiempo breve. Yo soy de la opinión de que se necesita tiempo para poner las bases de un cambio verdadero y eficaz. Se trata del tiempo del discernimiento. Y a veces, por el contrario, el discernimiento nos empuja a hacer ya lo que inicialmente pensábamos dejar para más adelante. Es lo que me ha sucedido a mí en estos meses. Y el discernimiento se realiza siempre en presencia del Señor, sin perder de vista los signos, escuchando lo que sucede, el sentir de la gente, sobre todo de los pobres.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

Abril

1 de abril

Ungir en las periferias

Así hay que salir a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las «periferias» donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas que vamos a encontrar al Señor: los cursos de autoayuda en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, lleva a hacernos pelagianos, a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

Homilía, 28 de marzo de 2013

2 de abril

¿Estamos abiertos a las «sorpresas de Dios»?

En toda la historia de la salvación, cuando Dios se revela, aparece su novedad –Dios ofrece siempre novedad–, transforma y pide confianza total en Él: Noé, del que todos se ríen, construye un arca y se salva; Abrahán abandona su tierra, aferrado únicamente a una promesa; Moisés se enfrenta al poder del faraón y conduce al pueblo a la libertad; los Apóstoles, de temerosos y encerrados en el cenáculo, salen con valentía para anunciar el Evangelio. No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien. Preguntémonos hoy: ¿Estamos abiertos a las «sorpresas de Dios»? ¿O nos encerramos, con miedo, a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta? Nos hará bien hacernos estas preguntas durante toda la jornada.

Homilía, 19 de mayo de 2013

3 de abril

***La identidad cristiana no es un carnet
de identidad***

La identidad cristiana no es un carnet de identidad. La identidad cristiana es una pertenencia a la Iglesia, a la Iglesia Madre, porque no es posible encontrar a Jesús fuera de la Iglesia. El gran Pablo VI decía: «Es una dicotomía absurda querer vivir con Jesús sin la Iglesia, seguir a Jesús fuera de la Iglesia, amar a Jesús sin la Iglesia» (cf *Evangelii nuntiandi*, 16). Y esa Iglesia Madre que nos da a Jesús nos da la identidad, que no es solo un sello: es una pertenencia. Identidad significa pertenencia. La pertenencia a la Iglesia: ¡qué bello es esto!

Homilía, 23 de abril de 2013

4 de abril

David, el drama humano en toda su realidad

La primera lectura, tomada del libro segundo de Samuel (cf 2Sam 12,9), nos habla de la vida y de la muerte. El rey David quiere ocultar que cometió adulterio con la mujer de Urías el hitita, un soldado en su ejército y, para ello, manda poner a Urías en primera línea para que caiga en la batalla. La Biblia nos muestra el drama humano en toda su realidad, el bien y el mal, las pasiones, el pecado y sus consecuencias. Cuando el hombre quiere afirmarse a sí mismo, encerrándose en su propio egoísmo y poniéndose en el puesto de Dios, acaba sembrando la muerte. Y el adulterio del rey David es un ejemplo. Y el egoísmo conduce a la mentira, con la que trata de engañarse a sí mismo y al prójimo. Pero no se puede engañar a Dios, y hemos escuchado lo que dice el profeta a David: «Has hecho lo que está mal a los ojos de Dios». Al rey se le pone frente a sus obras de muerte –en verdad lo que ha hecho es una obra de muerte, no de vida–, comprende y pide perdón: «He pecado contra el Señor» (v. 13), y el Dios misericordioso, que quiere la vida y siempre nos perdona, le perdona, le da de nuevo la vida; el profeta le dice: «También el Señor ha perdonado tu pecado, no morirás». ¿Qué imagen tenemos de Dios? Tal vez nos parece un juez severo, como alguien que limita nuestra libertad de vivir. Pero toda la Escritura nos recuerda que Dios es el Viviente, el que da la vida y que indica la senda de la vida plena.

Homilía, 16 de junio de 2013

5 de abril

Dejarse consumir por el Evangelio

«He luchado el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe» (2Tim 4,7). ¿De qué combate se trata? No el de las armas humanas, que por desgracia todavía ensangrientan el mundo; sino el combate del martirio. San Pablo solo tiene un arma: el mensaje de Cristo y la entrega de toda su vida por Cristo y por los demás. Y es precisamente su exponerse en primera persona, su dejarse consumir por el evangelio, el hacerse todo para todos, sin reservas, lo que lo ha hecho creíble y ha edificado la Iglesia.

Homilía, 29 de junio de 2013

6 de abril

El error de querer ser Dios

«Adán, ¿dónde estás?»: es la primera pregunta que Dios dirige al hombre después del pecado. «¿Dónde estás, Adán?». Y Adán es un hombre desorientado que ha perdido su puesto en la creación porque piensa que será poderoso, que podrá dominar todo, que será Dios. Y la armonía se rompe, el hombre se equivoca, y esto se repite también en la relación con el otro, que no es ya un hermano al que amar, sino simplemente alguien que molesta en mi vida, en mi bienestar. Y Dios hace la segunda pregunta: «Caín, ¿dónde está tu hermano?». El sueño de ser poderoso, de ser grande como Dios, en definitiva de ser Dios, lleva a una cadena de errores que es cadena de muerte, ¡lleva a derramar la sangre del hermano!

Homilía, 8 de julio de 2013

7 de abril

Dejarse ensanchar el corazón

Jesús mira hondo en los corazones de cada uno de nosotros, que venimos cargados de penas y agobiados por los problemas de trabajo y nos va diciendo: feliz tú que estás aquí, haciendo cola para pedir pan y trabajo. Feliz tú que tienes un corazón humilde y no te sientes ni más ni menos que tu hermano que está a tu lado. Feliz tú que puedes estar orgulloso de no tener ningún privilegio, salvo el de ser mi hijo muy querido. Feliz tú que tienes esa bronca que es hambre y sed de justicia y sabes reclamar y protestar, pero sin hacer daño a nadie, y antes que nada vienes a pedirle a tu Dios y Señor. Feliz tú que haces el bien y muchas veces eres malentendido y criticado, pero no bajas los brazos de tu esperanza. Feliz tú que sabes llorar con mansedumbre y esperando solo en Dios... Feliz no por lo que te falta, ni porque se te vayan a solucionar ya mismo todos tus sufrimientos (siempre hay algún sufrimiento), sino feliz porque el don de Dios es tan grande que solo si tu corazón está desmedidamente abierto lo podrás recibir. Por eso *Jesús llama felices a los que les pasan cosas que les abren el corazón y se lo ensanchan.*

Homilía, 7 de agosto de 2001

8 de abril

El poder es servicio

El poder es servicio. El poder solo tiene sentido si está al servicio del bien común. Para el gozo egoísta de la vida no es necesario tener mucho poder. A esta luz comprendemos que una sociedad auténticamente humana, y por tanto también política, no lo será desde el minimalismo que afirma «convivir para sobrevivir» ni tampoco desde un mero «consenso de intereses diversos» con fines economicistas. Aunque todo esté contemplado y tenga su lugar en la siempre ambigua realidad de los hombres, la sociedad será auténtica solo desde lo alto..., desde lo mejor de sí, desde la entrega desinteresada de los unos por los otros. Cuando emprendemos el camino del servicio renace en nosotros la confianza, se enciende el deseo de heroísmo, se descubre la propia grandeza.

Homilía, 25 de mayo de 2001

9 de abril

Predicar palabras ungidas

Nuestro pueblo fiel necesita que le prediquemos palabras ungidas, que le lleguen al corazón y se lo hagan arder como las palabras del Señor hicieron arder el corazón de los discípulos de Emaús, palabras ungidas que le defiendan el corazón para que no lo penetre tanta mala palabra, tanto chisme y chabacanería, tanta mentira y tanta palabra interesada.

Homilía, 5 de abril de 2012

10 de abril

El amor hace común todo lo que tiene

El amor hace común todo lo que tiene, se revela en la comunicación. No hay fe verdadera que no se manifieste en el amor, y el amor no es cristiano si no es generoso y concreto. Un amor decididamente generoso es un signo y una invitación a la fe. Cuando nos hacemos cargo de las necesidades de nuestros hermanos, como lo hizo el buen samaritano, estamos anunciando y haciendo presente el Reino.

Mensaje, Cuaresma de 2012

11 de abril

Cristianos melancólicos

Vemos la revelación del Señor, vemos lo que ha hecho, vemos su triunfo y sin embargo, dudamos... pero ya desde el primer día estaban estos, están estos que dudaron. Y este espíritu de tontería lo heredamos nosotros. Cristianos tontos, cristianos melancólicos que lo miran diciendo: ¡Ay se fue, que lástima! Cristianos llenos de tristeza. Cristianos que dudan. Cristianos que preguntan lo que no tienen que preguntar: ¿Vas a instaurar ahora tu reino de Israel? El cristiano que se queda mirando es el que se queda papando moscas en vez de salir afuera a hacer lo que el Señor le mandó. Id, predicad, bautizad, enseñad, extended el amor. Son cristianos tristes. Los cristianos tristes, son cristianos enfermos. Son cristianos con sarampión, que siempre están ahí con una enfermedad de chicos, que nunca crecen. Que no dan el salto. Salto que lo da el que se siente amado, que se siente ¡ganador!

Homilía, 4 de junio de 2011

12 de abril

Ceguera de la soberbia

La humildad revela, a la pequeñez humana autoconsciente, los potenciales que tiene en sí misma. En efecto, cuanto más conscientes de nuestros dones y límites, las dos cosas juntas, seremos más libres de la ceguera de la soberbia.

Homilía, 25 de mayo de 2011

13 de abril

La aventura de la búsqueda

El riesgo que existe, pues, en el buscar y hallar a Dios en todas las cosas, son los deseos de ser demasiado explícito, de decir con certeza humana y con arrogancia: «Dios está aquí». Así encontraríamos solo un Dios a medida nuestra. La actitud correcta es la agustiniana: buscar a Dios para hallarlo, y hallarlo para buscarle siempre. Y frecuentemente se busca a tientas, como leemos en la Biblia. Esta es la experiencia de los grandes Padres de la fe, modelo nuestro. Hay que releer el capítulo 11 de la Carta a los hebreos. Abrahán, por la fe, partió sin saber a dónde iba. Todos nuestros antepasados en la fe murieron teniendo ante los ojos los bienes prometidos, pero muy a lo lejos... No se nos ha entregado la vida como un guión en el que ya todo estuviera escrito, sino que consiste en andar, caminar, hacer, buscar, ver... Hay que embarcarse en la aventura de la búsqueda del encuentro y del dejarse buscar y dejarse encontrar por Dios.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

14 de abril

El hombre espiritual

«Mi vida ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20). ¿Qué es esta vida? Es la vida misma de Dios. ¿Y quién nos introduce en esta vida? El Espíritu Santo, el don de Cristo resucitado. Es él quien nos introduce en la vida divina como verdaderos hijos de Dios, como hijos en el Hijo unigénito, Jesucristo. ¿Estamos abiertos nosotros al Espíritu Santo? ¿Nos dejamos guiar por él? El cristiano es un hombre espiritual, y esto no significa que sea una persona que vive «en las nubes», fuera de la realidad como si fuera un fantasma. No. El cristiano es una persona que piensa y actúa en la vida cotidiana según Dios, una persona que deja que su vida sea animada, alimentada por el Espíritu Santo, para que sea plena, propia de verdaderos hijos. Y eso significa realismo y fecundidad. Quien se deja guiar por el Espíritu Santo es realista, sabe cómo medir y evaluar la realidad, y también es fecundo: su vida engendra vida a su alrededor.

Homilía, 16 de junio de 2013

15 de abril

Nos renueva

Los movimientos son una gracia del Espíritu. «¿Pero cómo se puede sostener un movimiento que es tan libre?». También la Iglesia es libre. El Espíritu Santo hace lo que quiere. Además, Él hace el trabajo de la armonía, pero creo que los movimientos son una gracia: aquellos movimientos que tienen el espíritu de la Iglesia. Por eso creo que el Movimiento de la Renovación Carismática no solo sirve para evitar que algunos pasen a las confesiones pentecostales: no es eso. Sirve a la misma Iglesia. Nos renueva. Y cada uno busca su propio movimiento según su propio carisma, donde lo lleva el Espíritu.

Discurso, 28 de julio de 2013

16 de abril

Servir es ser fieles a lo que somos

El servicio no es un mero compromiso ético, ni un voluntariado del ocio sobrante, ni un postulado utópico... Puesto que nuestra vida es un don, servir es ser fieles a lo que somos: se trata de esa íntima capacidad de dar lo que se es, de amar hasta el extremo de los propios límites... o, como nos enseñaba con su ejemplo la Madre Teresa, servir es «amar hasta que duela».

Homilía, 25 de mayo de 2001

17 de abril

Jesús se abajó

[Jesús] se levanta de la mesa, se quita el manto, se ciñe una toalla y empieza a lavarles los pies a los discípulos. Esto era muy común en las comidas de esa época entre los judíos pero era un trabajo que hacían los esclavos; era un trabajo despreciable, por eso una persona que era ciudadana nunca lo hacía sino quien lo hacía era el esclavo. Y Jesús se abajó. Tomó forma de esclavo. Y lavó los pies.

Homilía, 21 de abril de 2011

18 de abril

El escándalo de la Cruz

La fe en Jesucristo no es broma, es algo muy serio. Es un escándalo que Dios haya venido a hacerse uno de nosotros; es un escándalo, y que haya muerto en la Cruz, es un escándalo: El escándalo de la Cruz. La Cruz sigue siendo escándalo, pero es el único camino seguro: el de la Cruz, el de Jesús, la encarnación de Jesús. Por favor, no licuen la fe en Jesucristo. Hay licuado de naranja, hay licuado de manzana, hay licuado de banana, pero, por favor, no tomen licuado de fe. La fe es entera, no se licua. Es la fe en Jesús. Es la fe en el Hijo de Dios hecho hombre, que me amó y murió por mí.

Mensaje, 25 de julio de 2013

19 de abril

Signo de amor, de victoria

¿Qué ha dejado la Cruz en los que la han visto y en los que la han tocado? ¿Qué deja en cada uno de nosotros? Miren, deja un bien que nadie nos puede dar: la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer. (...) Porque Él nunca defrauda a nadie. Solo en Cristo muerto y resucitado encontramos la salvación y redención. Con Él, el mal, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra, porque Él nos da esperanza y vida: ha transformado la Cruz de ser un instrumento de odio, y de derrota, y de muerte, en un signo de amor, de victoria, de triunfo y de vida. La Cruz invita a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto. La Cruz nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de ellos y tenderles la mano.

Discurso, 26 de julio de 2013

20 de abril

La alegre inseguridad del anuncio

Mientras ellas se alejaban, algunos guardias fueron a la ciudad para contar a los sumos sacerdotes todo lo que había sucedido. Estos se reunieron con los ancianos y, de común acuerdo, dieron a los soldados una gran cantidad de dinero, con esta consigna: Decid así: sus discípulos vinieron durante la noche y robaron el cuerpo mientras dormíamos. Si el asunto llega a oídos del gobernador, nosotros nos encargaremos de apaciguarlo y de evitaros cualquier contratiempo. Ellos recibieron el dinero y cumplieron la consigna (Mt 28,11-15). Contemplando los sentimientos opuestos que tenían las mujeres y los guardias, nos cabe la pregunta sobre nosotros: ¿Qué nos atrae más: la seguridad clausurada del sepulcro o esa alegre inseguridad del anuncio? ¿Dónde está nuestro corazón: en la certeza que nos ofrecen las cosas muertas, sin futuro, o en esa alegría en esperanza de quien es portador de una noticia de vida? ¿Corremos en pos de la Vida con la promesa de hallarla en esa Galilea del encuentro o preferimos la coima existencial que nos asegura cualquier piedra que clausura y anula nuestro corazón? ¿Prefiero la tristeza o un simple contento paralizante, o me animo a transitar la alegría, ese camino de alegría que nace del convencimiento de que mi Redentor vive?

Homilía, 23 de abril de 2011

21 de abril

La carga de la Cruz

Nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida. Una antigua tradición de la Iglesia de Roma cuenta que el apóstol Pedro, saliendo de la ciudad para escapar de la persecución de Nerón, vio que Jesús caminaba en dirección contraria y enseguida le preguntó: «Señor, ¿adónde vas?». La respuesta de Jesús fue: «Voy a Roma para ser crucificado de nuevo». En aquel momento, Pedro comprendió que tenía que seguir al Señor con valentía, hasta el final, pero entendió sobre todo que nunca estaba solo en el camino; con él estaba siempre aquel Jesús que lo había amado hasta morir. Jesús con su Cruz recorre nuestras calles y carga nuestros miedos, nuestros problemas, nuestros sufrimientos, también los más profundos.

Discurso, 26 de julio de 2013

22 de abril

«No está aquí, ha resucitado»

Amanecía el domingo cuando estas mujeres que amaban tanto a Jesús fueron a visitar el sepulcro... Y dice el Ángel a las mujeres: «no está aquí porque ha resucitado como lo había dicho»... entonces ellas recordaron, recordaron aquella chispita de esperanza a la que no le habían dado lugar en el corazón. De aquí en adelante, los seguidores de Jesús sabemos que más allá de un sepulcro siempre hay esperanza. Lo que no pudo la piedra de nuestra autosuficiencia lo sembró el poder de Dios en la carne escarnecida y renovada de su Hijo Jesús. Habían querido «asegurar» la muerte y –sin saberlo ni creerlo– aseguraron la vida a toda la humanidad.

Homilía, 23 de abril de 2011

23 de abril

Salir corriendo para dar la noticia

Se dan distintos sentimientos ante esta piedra removida hacia atrás (cf Mt 27,61). Los guardias tiemblan de espanto y quedan «paralizados, como muertos». Las mujeres están aterrorizadas pero el anuncio del Ángel las llena de alegría y «se alejan rápidamente del sepulcro». A los guardias los paraliza su adhesión a la muerte; a ellas el anuncio de vida les colma la esperanza y les regala la alegría, esa alegría que las impele a salir corriendo para dar la noticia. La muerte paraliza, la vida impulsa a comunicarla.

Homilía, 23 de abril de 2011

24 de abril

Alejados de la «desnudez» de Dios

Releamos una vez más el episodio de Emaús desde este punto de vista (Lc 24,13-15). Los dos discípulos huyen de Jerusalén. Se alejan de la «desnudez» de Dios. (...) (vv. 24,17-21). Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia –su Jerusalén– ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta. El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús; no solo los que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos, sino también aquellos que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica. Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación.

Discurso, 27 de julio de 2013

25 de abril

Miedo a la novedad

En el evangelio de esta noche luminosa de la Vigilia Pascual, encontramos primero a las mujeres que van al sepulcro de Jesús, con aromas para ungir su cuerpo (cf Lc 24,1-3). Van para hacer un gesto de compasión, de afecto, de amor; un gesto tradicional hacia un ser querido difunto, como hacemos también nosotros... Podemos imaginar sus sentimientos cuando van a la tumba: una cierta tristeza, la pena porque Jesús les había dejado, había muerto, su historia había terminado. Ahora se volvía a la vida de antes. Pero en las mujeres permanecía el amor, y es el amor a Jesús lo que les impulsa a ir al sepulcro. Pero, a este punto, sucede algo totalmente inesperado, una vez más, que perturba sus corazones, trastorna sus programas y alterará su vida: ven corrida la piedra del sepulcro, se acercan, y no encuentran el cuerpo del Señor. Esto las deja perplejas, dudosas, llenas de preguntas: «¿Qué es lo que ocurre?», «¿qué sentido tiene todo esto?» (cf Lc 24,4). ¿Acaso no nos pasa así también a nosotros cuando ocurre algo verdaderamente nuevo respecto a lo de todos los días? Nos quedamos parados, no lo entendemos, no sabemos cómo afrontarlo. A menudo, la *novedad* nos da miedo, también la novedad que Dios nos trae, la novedad que Dios nos pide.

Homilía, 30 de marzo de 2013

26 de abril

Déjate reconciliar con Dios

Vuelve a Dios, déjate reconciliar con Dios, no endurezcas tu corazón, escucha la voz del Señor. Muéstrate tal como eres en la presencia de Dios: pecador... y vacía tu corazón, haz lugar para que entre el Señor. Nos habla como madre la Iglesia y quiere que iniciemos este tiempo de Cuaresma con esa meta, caminar hacia el Señor. Al encuentro del Señor. Ese encuentro que se da en nuestro corazón. Y para eso nos dispone este tiempo: para limpiar nuestro corazón de todas esas cosas que distraigan a ese encuentro, que estorben a ese encuentro.

Homilía, 17 de febrero de 2010

27 de abril

Juan XXIII y Juan Pablo II

Juan XXIII es un poco la figura del «cura de pueblo», el sacerdote que quiere a cada uno de los fieles, que sabe cuidar a los fieles, y esto lo ha hecho como obispo, como nuncio. (...) De Juan Pablo II se me ocurre decir que fue «el gran misionero de la Iglesia»: es un misionero, es un misionero, un hombre que ha llevado el Evangelio por todas partes. Lo saben mejor que yo. ¿Cuántos viajes hizo? Y él iba. Sentía este fuego de llevar adelante la palabra del Señor. Es un Pablo, un san Pablo, es un hombre así; esto para mí es grande. Y hacer la ceremonia de canonización de los dos juntos creo que es un mensaje para la Iglesia: estos son dos magníficos, son magníficos, son dos magníficos.

Discurso, 28 de julio de 2013

28 de abril

Superando prejuicios y cerrazones

«¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28) exclamó el apóstol Tomás, con una de las confesiones de fe en Cristo más bellas que se han transmitido en los evangelios, una fe que proclama la divinidad de Cristo, su señorío en nuestra vida, su victoria sobre el pecado y sobre la muerte con la Resurrección. (...) Es precisamente en esta fe que hoy nosotros nos encontramos; es esta fe la que nos une, aunque todavía no podemos compartir la mesa eucarística; y es esta fe la que nos impulsa a continuar y a intensificar el compromiso ecuménico, el encuentro y el diálogo hacia la plena comunión. (...) Hace treinta años, en junio de 1983, el Catholicós Moran Mar Baselios Marthoma Mathews I visitó a mi venerado predecesor, el papa Juan Pablo II y a la Iglesia de Roma. Juntos reconocieron su fe común en Cristo. (...) He querido recordar algunas etapas de estos treinta años de progresivo acercamiento entre nosotros, porque pienso que en el camino ecuménico es importante mirar con confianza los pasos realizados superando prejuicios y cerrazones, que forman parte de esa «cultura del enfrentamiento», que es fuente de división, dejando espacio a la «cultura del encuentro» que nos educa en la comprensión recíproca y en el trabajo por la unidad.

Discurso, 5 de septiembre de 2013

29 de abril

Mártires de la cotidianidad

En el Evangelio resuena una de las palabras más incisivas de Jesús: «El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9,24). Hay aquí una síntesis del mensaje de Cristo, y está expresado con una paradoja muy eficaz, que nos permite conocer su modo de hablar, casi nos hace percibir su voz... Pero, ¿qué significa «perder la vida a causa de Jesús»? Esto puede realizarse de dos modos: explícitamente confesando la fe o implícitamente defendiendo la verdad. Los mártires son el máximo ejemplo del perder la vida por Cristo. (...) Pero está también el martirio cotidiano, que no comporta la muerte pero que también es un «perder la vida» por Cristo, realizando el propio deber con amor, según la lógica de Jesús, la lógica del don, del sacrificio. Pensemos: cuántos padres y madres, cada día, ponen en práctica su fe ofreciendo concretamente la propia vida por el bien de la familia. Pensemos en ellos. Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas desempeñan con generosidad su servicio por el reino de Dios. Cuántos jóvenes renuncian a los propios intereses para dedicarse a los niños, a los discapacitados, a los ancianos... También ellos son mártires. Mártires cotidianos, mártires de la cotidianidad.

Ángelus, 23 de junio de 2013

30 de abril

La falta de vigilancia produce tibieza

«Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (He 20,28). La falta de vigilancia –lo sabemos– hace tibio al Pastor; le hace distraído, olvidadizo y hasta intolerante; le seduce con la perspectiva de la carrera, la adulación del dinero y las componendas con el espíritu del mundo; le vuelve perezoso, transformándole en un funcionario, un clérigo preocupado más de sí mismo, de la organización y de las estructuras que del verdadero bien del pueblo de Dios. Se corre el riesgo, entonces, como el apóstol Pedro, de negar al Señor, incluso si formalmente se presenta y se habla en su nombre; se ofusca la santidad de la madre Iglesia jerárquica, haciéndola menos fecunda. ¿Quiénes somos, hermanos, ante Dios? ¿Cuáles son nuestras pruebas? Tenemos muchas; cada uno de nosotros conoce las suyas. ¿Qué nos está diciendo el Señor a través de ellas? ¿Sobre qué nos estamos apoyando para superarlas?

Homilía, 23 de mayo de 2013

Mayo

1 de mayo

La dignidad del trabajo

La dignidad la tenemos por el trabajo, porque nos ganamos el pan, y eso nos hace mantener la frente alta. Pero cuando el trabajo no es lo primero sino que lo primero es la ganancia, la acumulación de dinero, ahí empieza una catarata descendente de degradación moral. Y termina esta catarata en la explotación de quien trabaja. Esta frase no es mía, la dijo ayer el papa Benedicto XVI en una audiencia. Cuando se revierte el verdadero fin del trabajo, el centro del trabajo que es la persona, empieza a crecer el afán de dinero insaciable y ahí todos los medios para terminar en la esclavitud.

Homilía, 27 de marzo de 2011

2 de mayo

Jesús se deja tocar, está vivo

Jesús, habiendo pasado por su Pascua, su muerte y su resurrección, comparte cuarenta días con sus discípulos. Los busca, los acompaña, los consuela, los fortalece. Y los discípulos sienten esa cercanía del Señor, sienten que les arde el corazón. Se sienten fundados, sólidamente fundados en esa llamada que el Señor les había hecho antes de morir. Jesús está vivo entre nosotros y Jesús nos acompaña en el camino cotidiano de nuestra vida. No es un fantasma, es Él. Se deja tocar, está vivo.

Homilía, 22 de abril de 1999

3 de mayo

La costumbre nos anestesia el corazón

Uno de los peligros más grandes que nos acechan es la «costumbre». Nos vamos acostumbrando tanto a la vida y a todo lo que hay en ella que ya nada nos asombra; ni lo bueno para dar gracias, ni lo malo para entristecernos verdaderamente. Me causó asombro y perplejidad preguntarle a un conocido cómo estaba y que me respondiera: «Mal pero acostumbrado». Nos acostumbramos a levantarnos cada día como si no pudiera ser de otra manera, nos acostumbramos a la violencia como algo infaltable en las noticias, nos acostumbramos al paisaje habitual de pobreza y de miseria caminando por las calles de nuestra ciudad, nos acostumbramos a la tracción a sangre de los chicos y las mujeres en las noches del centro cargando lo que otros tiran. Nos acostumbramos a vivir en una ciudad paganizada en la que los chicos no salen a rezar ni hacerse la señal de la cruz. La costumbre nos anestesia el corazón, no hay capacidad para ese asombro que nos renueva en la esperanza, no hay lugar para el reconocimiento del mal y poder para luchar contra él.

Mensaje, Cuaresma de 2012

4 de mayo

Salir y andar como Cristo anduvo

Permanecer en la unción no significa poner cara de estampita ni mantener una postura estática; significa «andar» y el andar del que habla Juan (*periepatesen*) es el de todos los paralíticos curados del evangelio, que se levantaban de un salto y andaban con su camilla a cuestas y seguían al Señor; es el andar de Pedro hacia Jesús, caminando sobre las aguas, símbolo del hombre que camina en la fe, que «abandona toda seguridad y avanza al encuentro de lo que solo se alcanza por la gracia» (Von Balthasar). Así es: para permanecer en la unción hay que caminar, hay que salir y andar como Cristo anduvo.

Homilía, 5 de abril de 2012

5 de mayo

¿A quién rezas?

Una vez le pregunté a un santo sacerdote –hombre de Dios realmente–. Era especialista en religiones orientales, porque daba clases de eso. ¿Usted a quién reza?, ¿a Cristo o a Buda? Él, con mucha sorna y humor, me respondió: 3/4 del tiempo a Cristo y 1/4 a Buda, por si acaso. Y se rió. Evidentemente era un hombre unido a Cristo y por eso se permitió el chiste y se dio cuenta del humor. Pero hay algunos que se guardan el cuarto por las dudas, por si acaso.

Homilía, 4 de junio de 2011

6 de mayo

El encuentro de un pastor con su pueblo

Una buena homilía, una verdadera homilía, debe comenzar con el primer anuncio, con el anuncio de la salvación. No hay nada más sólido, profundo y seguro que este anuncio. Después vendrá una catequesis. Después se podrá extraer alguna consecuencia moral. Pero el anuncio del amor salvífico de Dios es previo a la obligación moral y religiosa. Hoy parece a veces que prevalece el orden inverso. La homilía es la piedra de toque si se quiere medir la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo, porque el que predica tiene que reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde permanece vivo y ardiente el deseo de Dios. Por eso el mensaje evangélico no puede quedar reducido a algunos aspectos que, aun siendo importantes, no manifiestan ellos solos el corazón de la enseñanza de Jesús.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

7 de mayo

Si yo tengo autoridad es para servir

El amor es servicio, y todas las capacidades que tenemos cada uno de nosotros tienen que estar para servir, y si yo tengo autoridad es para servir. Cada uno tiene que decir: «si yo tengo autoridad es para servir». (...) Jesús nos pide eso: que nadie tenga la nariz muy parada ni que se la crea. El que pueda, el que tenga autoridad, úsela para servir: todo lo demás no vale. Jesús, que es Dios y Hombre, está siempre con las manos abiertas, dando y dándose a los demás.

Homilía, 21 de abril de 2011

8 de mayo

Un bosque que crece

Respecto a los santos, ciertamente los hay, santos: cardenales, sacerdotes, obispos, religiosas, laicos; gente que reza, gente que trabaja mucho, e incluso que va con los pobres, sin hacerse ver. Yo sé de algunos que se preocupan de dar de comer a los pobres o después, en su tiempo libre, van a ejercer su ministerio en una iglesia o en otra... Son sacerdotes. Hay santos en la Curia. Y también alguno que no es tan santo, y estos son los que hacen más ruido. Saben que hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece. Y esto a mí me duele, cuando hay estas cosas. Pero son algunos los que dan escándalo, algunos.

Discurso, 28 de julio de 2013

9 de mayo

Una pecadora que se siente amada

Jesús deja que se acerque una pecadora, e incluso le perdona los pecados, diciendo: «Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco» (Lc 7,47). Jesús es la encarnación del Dios vivo, el que trae la vida, frente a tantas obras de muerte, frente al pecado, al egoísmo, al cerrarse en sí mismos. Jesús acoge, ama, levanta, anima, perdona y da nuevamente la fuerza para caminar, devuelve la vida. Vemos en todo el Evangelio cómo Jesús trae con gestos y palabras la vida de Dios que transforma. Es la experiencia de la mujer que unge los pies del Señor con perfume: se siente comprendida, amada, y responde con un gesto de amor, se deja tocar por la misericordia de Dios y obtiene el perdón, comienza una vida nueva. Dios, el Viviente, es misericordioso.

Homilía, 16 de junio de 2013

10 de mayo

Que Dios te ayude

¿De dónde nace la invitación que Jesús hace a los discípulos para que sacien ellos mismos a la multitud? (Lc 9,13). Nace de dos elementos: Ante todo de la multitud, que, siguiendo a Jesús, está a la intemperie, lejos de lugares habitados, mientras se hace tarde; y después de la preocupación de los discípulos, que piden a Jesús que despida a la muchedumbre para que se dirija a los lugares vecinos a hallar alimento y cobijo. Ante la necesidad de la multitud, he aquí la solución de los discípulos: que cada uno se ocupe de sí mismo; ¡despedir a la muchedumbre! ¡Cuántas veces nosotros cristianos hemos tenido esta tentación! No nos hacemos cargo de las necesidades de los demás, despidiéndoles con un piadoso: «Que Dios te ayude», o con un no tan piadoso: «Buena suerte», y si no te veo más... Pero la solución de Jesús va en otra dirección, una dirección que sorprende a los discípulos: «Dadles vosotros de comer». Pero, ¿cómo es posible que seamos nosotros quienes demos de comer a una multitud? «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para toda esta gente» (Lc 9,13). Pero Jesús no se desanima: pide a los discípulos que hagan sentarse a la gente en comunidades de cincuenta personas, eleva los ojos al cielo, reza la bendición, parte los panes y los da a los discípulos para que los distribuyan (cf Lc 9,16). Es un momento de profunda *comunión*: la multitud saciada por la palabra del Señor se nutre ahora por su pan de vida. Y todos se saciaron, apunta el evangelista (cf Lc 9,17)... La Eucaristía es el Sacramento de la comunión, que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento, la fe en Él.

Homilía, 30 de mayo de 2013

11 de mayo

Tenemos miedo de las sorpresas de Dios

Somos como los apóstoles del evangelio: muchas veces preferimos mantener nuestras seguridades, pararnos ante una tumba, pensando en el difunto, que en definitiva solo vive en el recuerdo de la historia, como los grandes personajes del pasado. Tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Queridos hermanos y hermanas, en nuestra vida, tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Él nos sorprende siempre. Dios es así. No nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos que no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

Homilía, 30 de marzo de 2013

12 de mayo

Oración y memoria

La oración es para mí siempre una oración «memoriosa», llena de memoria, de recuerdos, incluso de memoria de mi historia o de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia o en una parroquia concreta. Para mí, se trata de la memoria de que habla san Ignacio en la primera semana de los Ejercicios, en el encuentro misericordioso con Cristo Crucificado. Y me pregunto: «¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?». Es la memoria de la que habla también Ignacio en la Contemplación para alcanzar amor, cuando nos pide que traigamos a la memoria los beneficios recibidos. Pero, sobre todo, sé que el Señor me tiene en su memoria. Yo puedo olvidarme de Él, pero yo sé que Él jamás se olvida de mí. La memoria funda radicalmente el corazón del jesuita: es la memoria de la gracia, la memoria de la que se habla en el Deuteronomio, la memoria de las acciones de Dios que están en la base de la alianza entre Dios y su pueblo. Esta es la memoria que me hace hijo y que me hace también ser padre.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

13 de mayo

No tengáis miedo a la alegría

Todo el tiempo que sigue a la Resurrección del Señor lo ocupa Él y sus ángeles en pacificar, en aquietar los corazones, en abrir las mentes, y el saludo pascual de los ángeles es un saludo de esperanza y de coraje: «No tengáis miedo» (...).

Y Jesús dice: «No tengáis miedo a la muerte porque le he ganado, la he vencido». No tengáis miedo a los fantasmas porque yo estoy entre vosotros. No tengáis miedo a la alegría, a la alegría de ese triunfo que ya poseemos.

Homilía, 23 de abril de 2011

14 de mayo

Recibisteis gratuitamente, dad también gratuitamente

Jesús, al enviar a sus discípulos a anunciar ese Reino, les dice: «Dad también gratuitamente». El Señor quiere que su Reino se propague mediante gestos de amor gratuito.

Así los hombres reconocieron a los primeros cristianos portadores de un mensaje que los desbordaba. «Recibisteis gratuitamente, dad también gratuitamente».

Quisiera que estas palabras del Evangelio se grabasen de un modo muy fuerte en nuestro corazón. La Iglesia crece por atracción, por testimonio, no por proselitismo.

Mensaje, Cuaresma de 2012

15 de mayo

En familia

¿De qué manera, en familia, conservamos nosotros la fe? ¿La tenemos para nosotros, en nuestra familia, como un bien privado, como una cuenta bancaria, o sabemos compartirla con el testimonio, con la acogida, con la apertura hacia los demás? Todos sabemos que las familias, especialmente las más jóvenes, van con frecuencia «a la carrera», muy ocupadas; pero, ¿han pensado alguna vez que esta «carrera» puede ser también la carrera de la fe? Las familias cristianas son familias misioneras. (...) Son misioneras también en la vida de cada día, haciendo las cosas de todos los días, poniendo en todo la sal y la levadura de la fe.

Homilía, 27 de octubre de 2013

16 de mayo

Participar la unción

La permanencia en la unción se define en el caminar y en el hacer. Un hacer que no solo son hechos sino un estilo que busca y desea poder participar del estilo de Jesús. El «hacerse todo a todos para ganar a algunos para Cristo» va por este lado. Como ungidos se trata de participar de esa unción, la que le da el latir manso y humilde al corazón del Señor; participar de esa unción que lo llena de gozo cuando ve cómo el Padre lo hace todo bien y le revela sus cosas a los pequeños; participar de esa unción que cubre todo su Cuerpo en la pasión haciendo que sus llagas, untadas con el remedio de la caridad, se conviertan en llagas sanadoras; participar de esa unción con el óleo de la alegría de la resurrección, que se trasunta en el oficio de consolar a los amigos.

Homilía, 5 de abril de 2012

17 de mayo

«No sabéis lo que pedís»

Escuchamos en el Evangelio cómo la madre de Juan y de Santiago le pidió a Jesús que tuviera en cuenta a sus hijos. Lo que sí resulta novedoso es la respuesta del Señor: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo beberé?». ¿De qué cáliz se trata? El Señor habla del cáliz del *servicio* y de dar la vida hasta el punto de derramar la sangre por los que se ama. Y más novedoso aún resulta el cambio de actitud que logró el Señor en los apóstoles, pues verdaderamente cambiaron, no su ansia de grandeza sino el camino para encontrarla y pasaron de la veleidad de los pequeños acomodos al deseo grande del verdadero poder: el poder servir por amor.

Homilía, 25 de mayo de 2001

18 de mayo

El dolor esconde también una bendición

El dolor no es solamente algo que reclama ayuda y exige soluciones. El dolor, si se lo vive como nos enseña Cristo, esconde también una bendición y hasta una cierta alegría. Alegría dolorosa, ciertamente, pero verdadera. ¡Qué consolador es escuchar todos juntos, como pueblo reunido por la fe, este evangelio de las Bienaventuranzas de Jesús!

Podemos decir que cuando *Jesús se acerca a nuestro dolor las cosas se ven distintas*: Jesús nos habla de los pobres, de los que tienen hambre, de los que lloran, de los que son injustamente perseguidos... pero hay esperanza en su tono de voz, hasta nos consuela escucharlo. Felices vosotros los que ahora lloráis porque seréis consolados, nos dice. Y esa palabra ya es como si nos enjugara las lágrimas.

Homilía, 7 de agosto de 2001

19 de mayo

Optimismo frente a esperanza

No me gusta mucho la palabra «optimismo» porque expresa una actitud psicológica. Me gusta más usar la palabra «esperanza», tal como se lee en el capítulo 11 de la Carta a los hebreos. Los Padres siguieron caminando a través de grandes dificultades. La esperanza no defrauda, como leemos en la Carta a los romanos. (...) Pues bien, la esperanza cristiana no es un fantasma y no engaña. Es una virtud teologal y, en definitiva, un regalo de Dios que no se puede reducir a un optimismo meramente humano. Dios no defrauda la esperanza ni puede traicionarse a sí mismo. Dios es todo promesa.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

20 de mayo

La traición al bien común

La crisis económica tiene una dimensión europea y global; pero la crisis no es solo económica, es también ética, espiritual y humana. En la raíz hay una traición al bien común, tanto por parte de los individuos como de los grupos de poder. Así que es necesario quitar centralidad a la ley del beneficio y del rédito y volver a situar en el centro a la persona y el bien común. Y un factor muy importante para la dignidad de la persona es precisamente el trabajo; para que haya una auténtica promoción de la persona hay que garantizar el trabajo. Esta es una tarea que pertenece a la sociedad entera.

La cultura del trabajo, frente a la del asistencialismo, implica educación al trabajo desde jóvenes, acompañamiento en el trabajo, dignidad para cada actividad laboral, compartir el trabajo, eliminación de cualquier trabajo negro.

Que en esta fase, toda la sociedad, en todos sus componentes, realice todo esfuerzo posible para que el trabajo, que es fuente de dignidad, sea preocupación central.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

21 de mayo

Agentes silenciosos del servicio

En cada esfuerzo solidario individual y comunitario de una extensa red de organizaciones sociales, en cada investigador y estudioso que apuesta por la búsqueda de la verdad (aunque otros relativicen o callen), en cada docente y maestro que sobrevive a la adversidad, en cada productor que sigue apostando al trabajo, en cada joven que estudia, trabaja y brinda su compromiso formando una familia nueva. En los más pobres y en todos los que trabajan o fatigosamente buscan trabajo, que no se dejan arrastrar por la marginación destructiva ni por la tentación de la violencia organizada sino que, silenciosamente y con la entrega que solo concede la fe, siguen amando a su tierra. Ellos han probado un cáliz que, en la entrega y el servicio, se ha hecho *bálsamo y esperanza*. En ellos se manifiesta *la gran reserva cultural y moral de nuestro pueblo*. Ellos son los que escuchan la palabra, los que se ahorran los aplausos rituales, los que de verdad se hacen eco y comprenden que no se habla para otros.

Homilía, 25 de mayo de 2001

22 de mayo

Iglesia, misionera

La Iglesia es institución pero cuando se erige en «centro» se funcionaliza y poco a poco se transforma en una ONG. Entonces, la Iglesia pretende tener luz propia y deja de ser ese *mysterium lunae* del que nos hablaban los santos Padres. Se vuelve cada vez más autorreferencial y se debilita su necesidad de ser misionera. De «Institución» se transforma en «Obra». Deja de ser esposa para terminar siendo administradora; de servidora se transforma en «controladora».

Discurso, 28 de julio de 2013

23 de mayo

No hemos sido elegidos para pequeñeces

Permaneced estables en el camino de la fe con una firme esperanza en el Señor. Aquí está el secreto de nuestro camino. Él nos da el valor para caminar contracorriente. Lo estáis oyendo, jóvenes: caminar contracorriente. Esto hace bien al corazón, pero hay que ser valientes para ir contracorriente y Él nos da esta fuerza. No habrá dificultades, tribulaciones, incomprensiones que nos hagan temer si permanecemos unidos a Dios como los sarmientos están unidos a la vid, si no perdemos la amistad con Él, si le abrimos cada vez más nuestra vida. Esto también y sobre todo si nos sentimos pobres, débiles, pecadores, porque Dios fortalece nuestra debilidad, enriquece nuestra pobreza, convierte y perdona nuestro pecado. ¡Es tan misericordioso el Señor! Si acudimos a Él, siempre nos perdona. Confiemos en la acción de Dios. Con Él podemos hacer cosas grandes y sentiremos el gozo de ser sus discípulos, sus testigos. Apostad por los grandes ideales, por las cosas grandes. Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Hemos de ir siempre más allá, hacia las cosas grandes. Jóvenes, poned en juego vuestra vida por grandes ideales.

Homilía, 28 de abril de 2001

24 de mayo

La llamada del Señor

El Señor llama a algunos al sacerdocio, a entregarse totalmente a Él, para amar a todos con el corazón del Buen Pastor. A otros los llama a servir a los demás en la vida religiosa: en los monasterios, dedicándose a la oración por el bien del mundo, en los diversos sectores del apostolado, gastándose por todos, especialmente por los más necesitados. Nunca olvidaré aquel 21 de septiembre –tenía 17 años– cuando, después de haber entrado en la iglesia de San José de Flores para confesarme, sentí por primera vez que Dios me llamaba. ¡No tengan miedo a lo que Dios pide! Vale la pena decir «sí» a Dios. ¡En Él está la alegría!

Discurso, 28 de julio de 2013

25 de mayo

Acoger su invitación

Los principios fundamentales de la *Pacem in terris* pueden guiar con fruto el estudio y la discusión sobre las «*res novae*» que interesan: la emergencia educativa, la influencia de los medios de comunicación de masa sobre las conciencias, el acceso a los recursos de la tierra, el buen o mal uso de los resultados de las investigaciones biológicas, la carrera de armamento y las medidas de seguridad nacionales e internacionales.

La crisis económica mundial, que es un síntoma grave de la falta de respeto por el hombre y por la verdad con que se han tomado decisiones por parte de los gobiernos y de los ciudadanos, lo dicen con claridad. La *Pacem in terris* traza una línea que va desde la paz que hay que construir en el corazón de los hombres a un replanteamiento de nuestro modelo de desarrollo y de acción a todos los niveles, para que nuestro mundo sea un mundo de paz. Me pregunto si estamos dispuestos a acoger su invitación.

Discurso, 3 de octubre de 2013

26 de mayo

Caminar delante, en medio y detrás del rebaño

Sí, ser Pastores significa creer cada día en la gracia y en la fuerza que nos viene del Señor, a pesar de nuestra debilidad, y asumir hasta el final la responsabilidad de caminar *delante* del rebaño, libres de los pesos que dificultan la sana agilidad apostólica, y sin indecisión al guiarlo, para hacer reconocible nuestra voz tanto para quienes han abrazado la fe como para quienes aún «no pertenecen a este rebaño» (Jn 10,16): estamos llamados a hacer nuestro el sueño de Dios, cuya casa no conoce exclusión de personas o de pueblos, como anunciaba proféticamente Isaías en la primera lectura (cf Is 2,2-5).

Por ello, ser Pastores quiere decir también disponerse a caminar *en medio* y *detrás* del rebaño: capaces de escuchar el silencioso relato de quien sufre y sostener el paso de quien teme ya no poder más; atentos a volver a levantar, alentar e infundir esperanza. Nuestra fe sale siempre reforzada al compartirla con los humildes: dejemos de lado todo tipo de presunción, para inclinarnos ante quienes el Señor confió a nuestra solicitud.

Homilía, 23 de mayo de 2013

27 de mayo

Nueva primavera en todo el mundo

Con vuestro testimonio de alegría y de servicio, vosotros hacéis florecer la civilización del amor. Demostráis con la vida que vale la pena gastarse por grandes ideales, valorar la dignidad de cada ser humano, y apostar por Cristo y su evangelio. A Él es a quien hemos venido a buscar en estos días, porque Él nos ha buscado antes, nos ha enardecido el corazón para proclamar la Buena Noticia, en las grandes ciudades y en las pequeñas poblaciones, en el campo y en todos los lugares de este vasto mundo nuestro. Yo seguiré alimentando una esperanza inmensa en los jóvenes del mundo entero: por medio de ellos, Cristo está preparando una nueva primavera en todo el mundo. Yo he visto los primeros resultados de esta siembra, otros gozarán con la abundante cosecha.

Discurso, 28 de julio de 2013

28 de mayo

Para engendrar a los hombres

Estamos llamados por Dios, con nombre y apellido, cada uno de nosotros, llamados a anunciar el Evangelio y a promover con alegría la cultura del encuentro. La Virgen María es nuestro modelo.

En su vida ha dado el «ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (*Lumen gentium*, 65).

Le pedimos que nos enseñe a encontrarnos cada día con Jesús. Y, cuando nos hacemos los distraídos, que tenemos muchas cosas, y el sagrario queda abandonado, que nos lleve de la mano. Pidámoselo. Mira, Madre, cuando ande medio así, por otro lado, llévame de la mano.

Que nos empuje a salir al encuentro de tantos hermanos y hermanas que están en la periferia, que tienen sed de Dios y no hay quien se lo anuncie. Que no nos eche de casa, pero que nos empuje a salir de casa. Y así que seamos discípulos del Señor. Que Ella nos conceda a todos esta gracia.

Homilía, 27 de julio de 2013

29 de mayo

Vivir mi vida junto a los demás

Y, después, hay algo fundamental para mí: la comunidad. Había buscado desde siempre una comunidad. No me veía sacerdote solo: tengo necesidad de comunidad. Y lo deja claro el hecho de haberme quedado en Santa Marta: cuando fui elegido ocupaba, por sorteo, la habitación 207. Esta en que nos encontramos ahora es una habitación de huéspedes. Decidí vivir aquí, en la habitación 201, porque, al tomar posesión del apartamento pontificio, sentí dentro de mí un «no». El apartamento pontificio del palacio apostólico no es lujoso. Es antiguo, grande y puesto con buen gusto, no lujoso. Pero en resumidas cuentas es como un embudo al revés. Grande y espacioso, pero con una entrada de verdad muy angosta. No es posible entrar sino con cuentagotas, y yo, la verdad, sin gente no puedo vivir. Necesito vivir mi vida junto a los demás.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

30 de mayo

Servicio, darnos y darnos por entero

Servicio, palabra venerada y manipulada a la vez; palabra que expresa una de las riquezas más originales del camino andado por la humanidad en Jesucristo, que no vino a ser servido sino a servir, que se abajó para lavarnos los pies... El servicio es la inclinación ante la necesidad del otro, a quien –al inclinarme– descubro, en su necesidad, como mi hermano. Es el rechazo de la indiferencia y del egoísmo utilitario. Es hacer por los otros y para los otros. *Servicio*, palabra que suscita el anhelo de un nuevo vínculo social dejándonos servir por el Señor, para que luego, a través de nuestras manos, su amor divino descienda y construya una nueva humanidad, un nuevo modo de vida. *Servicio*, palabra grabada a fuego en lo hondo del corazón de nuestro pueblo. De *esa reserva espiritual* heredada de nuestros abuelos brotan nuestra dignidad, nuestra capacidad de trabajo duro y solidario, nuestra *serenidad aguantadora y esperanzada*. Del servicio como valor central, surgen, si uno sabe remover en el rescoldo de nuestro corazón común (porque los pueblos tienen un corazón común) aquellas grandes actitudes que mantienen integrada a nuestra sociedad. Me pregunto si comprendemos hoy, mejor que aquellos incipientes discípulos, que se nos ha dado una maravillosa oportunidad, un don que solo Dios puede dar: el de darnos y darnos por entero.

Homilía, 25 de mayo de 2001

31 de mayo

La Virgen siempre va deprisa

La Virgen, en cuanto recibió el anuncio de que sería la madre de Jesús, y también el anuncio de que su prima Isabel estaba encinta —dice el evangelio—, se fue deprisa; no esperó. No dijo: «Pero ahora yo estoy embarazada; debo atender mi salud. Mi prima tendrá amigas que a lo mejor la ayudarán». Ella percibió algo y «se puso en camino deprisa». Es bello pensar esto de la Virgen, de nuestra Madre, que va deprisa, porque tiene esto dentro: ayudar. Va para ayudar, no para enorgullecerse y decir a la prima: «Oye, ahora mando yo, porque soy la mamá de Dios». No; no hizo eso. Fue a ayudar. Y la Virgen es siempre así. Es nuestra Madre, que siempre viene deprisa cuando tenemos necesidad. Sería bello añadir a las Letanías de la Virgen una que diga así: «Señora que vas deprisa, ruega por nosotros». Es bello esto, ¿verdad? Porque Ella siempre va deprisa, Ella no se olvida de sus hijos. Y cuando sus hijos están en dificultades, tienen una necesidad y la invocan, Ella acude deprisa. Y esto nos da una seguridad, una seguridad de tener a la Mamá al lado, a nuestro lado siempre. Se va, se camina mejor en la vida cuando tenemos a la mamá cerca. Pensemos en esta gracia de la Virgen, esta gracia que nos da: estar cerca de nosotros, pero sin hacernos esperar. ¡Siempre! Ella está —confiemos en esto— para ayudarnos. La Virgen que siempre va deprisa, por nosotros.

Homilía, 26 de mayo de 2013

Junio

1 de junio

Soy un pecador

Yo soy un pecador. Esta es la definición más exacta. Y no se trata de un modo de hablar o un género literario. Soy un pecador. Bueno, quizá podría decir que soy despierto, que sé moverme, pero que, al mismo tiempo, soy bastante ingenuo. Pero la síntesis mejor, la que me sale más desde dentro y siento más verdadera es esta: «Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos». Soy alguien que ha sido mirado por el Señor. Mi lema, *Miserando atque eligendo*, es algo que, en mi caso, he sentido siempre muy verdadero.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

2 de junio

El buen sacerdote unge a su pueblo

Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «Rece por mí, padre, que tengo este problema...». «Bendígame, padre», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres... Tenemos que reavivar la gracia e intuir en toda petición, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales –pero lo son solo en apariencia– el deseo de nuestra gente de ser ungidos con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos. Intuir y sentir como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroisa cuando tocó el borde de su manto.

Homilía, 28 de marzo de 2013

3 de junio

Pastores con «olor a oveja»

El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco –no digo «nada» porque, gracias a Dios, la gente nos roba la unción– se pierde lo mejor de nuestro pueblo, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor «ya tienen su paga», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con «olor a oveja» –esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note–; en vez de ser pastores en medio del propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización; pero si sabemos barrenar su ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes. Es bueno que la realidad misma nos lleve a ir allí donde lo que somos por gracia se muestra claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual donde solo vale la unción –y no la función– y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquel de quien nos hemos fiado: Jesús.

Homilía, 28 de marzo de 2013

4 de junio

Pedir la gracia de no ser desmemoriados

«No sois vosotros los que me elegisteis a mí, sino yo el que os elegí a vosotros», dice Jesús (Jn 15,16). Es un caminar de nuevo hasta la fuente de nuestra llamada. Por eso un obispo, un sacerdote, un consagrado, una consagrada, un seminarista, no puede ser un desmemoriado. Pierde la referencia esencial al inicio de su camino. Pedir la gracia, pedirle a la Virgen, Ella tenía buena memoria, la gracia de tener memoria, de esa primera llamada. Hemos sido llamados por Dios y llamados para permanecer con Jesús (cf Mc 3,14), unidos a él. En realidad, este vivir, este permanecer en Cristo, marca todo lo que somos y lo que hacemos.

Homilía, 27 de julio de 2013

5 de junio

No desvirtuar la política

La persona del político. Uno más de la ciudadanía que tiene la responsabilidad de no desvirtuar la política y, en ese sentido, hoy más que nunca se nos pide el compromiso de rehabilitar la política. Porque a la hora de bajar cabezas se tira contra un político y eso se universaliza a la política, y la política es una de las formas más altas de la caridad, porque apunta al bien común. La vocación política es una vocación –aquí tuerzo la palabra, la tuerzo pero para indicar lo noble–, una vocación casi sagrada, porque es ayudar al crecimiento del bien común.

Homilía, 30 de junio de 2001

6 de junio

Todo encuentro con Jesús cambia el corazón

En cuanto Pedro percibe que es el Señor, se tira al agua para llegar antes, se arroja, no duda. Si es el Señor, hay que hacer eso. Su vocación le da la fuerza para ejercer esa virtud cristiana que es el coraje, la osadía. La osadía de tirarme al agua cuando veo a mi Señor, porque todo encuentro con Jesús nos cambia el corazón y nos hace atrevidos, osados, para defender eso que hemos recibido, eso que no se puede negociar. Hasta tal punto ellos no lo negociaron, que todos murieron mártires, sellaron con su vida la certeza de este encuentro.

Homilía, 22 de abril de 1999

7 de junio

«Pon a Cristo»

«Este es mi Hijo, el escogido, escuchadlo». Jesús nos trae a Dios y nos lleva a Dios, con él toda nuestra vida se transforma, se renueva y nosotros podemos ver la realidad con ojos nuevos, desde el punto de vista de Jesús, con sus mismos ojos (cf *Lumen fidei*, 18). Por eso hoy digo a cada uno de vosotros: «Pon a Cristo» en tu vida y encontrarás un amigo del que fiarte siempre; «pon a Cristo» y vas a ver crecer las alas de la esperanza para recorrer con alegría el camino del futuro; «pon a Cristo» y tu vida estará llena de su amor, será una vida fecunda. Porque todos nosotros queremos tener una vida fecunda. Una vida que dé vida a otros.

Homilía, 25 de julio de 2013

8 de junio

Enviados a predicar la Verdad

En el nombre de Jesús somos enviados a predicar la Verdad, a hacer el bien a todos y a alegrar la vida de nuestro pueblo. La misión se despliega simultáneamente en estos tres ámbitos. En los dos primeros es claro: todo anuncio del Evangelio se traduce siempre en algún gesto concreto de enseñanza, de misericordia y de justicia. Y esto no solo como una acción imperativa que vendría después de la reflexión. En la matriz misma de la verdad evangélica lo que ilumina es el amor, y la verdad que brilla más en las parábolas del Señor es la verdad de la misericordia de un Padre que espera a su hijo pródigo, es la verdad que impulsa a salir de sí al corazón compasivo de un Buen Pastor, la verdad que hace el bien. El tercer ámbito, el de la alegría, el de la gloria que es la belleza de Dios.

Homilía, 21 de abril de 2011

9 de junio

Él te espera

Él te espera: Escúchalo con atención y su presencia entusiasmará tu corazón. «Pon a Cristo»: Él te acoge en el sacramento del perdón, con su misericordia cura todas las heridas del pecado. No le tengas miedo a pedirle perdón, porque Él en su tanto amor nunca se cansa de perdonarnos, como un padre que nos ama. ¡Dios es pura misericordia! «Pon a Cristo»: Él te espera también en la Eucaristía, sacramento de su presencia, de su sacrificio de amor, y Él te espera también en la humanidad de tantos jóvenes que te enriquecerán con su amistad, te animarán con su testimonio de fe, te enseñarán el lenguaje del amor, de la bondad, del servicio.

Homilía, 25 de julio de 2013

10 de junio

El cáliz del trabajo solidario en el servicio

El cáliz del *trabajo solidario en el servicio* es la respuesta más genuina a la incertidumbre de un país lleno de potencialidades que no se realizan o se postergan una y otra vez, indefinidamente, deteniendo su derrotero de grandeza. Es la respuesta a la incertidumbre de un país dañado por los privilegios, por los que utilizan el poder en su provecho a cuenta de la legitimidad representativa, por quienes exigen sacrificios incalculables, escondidos en sus burbujas de abundancia, mientras evaden su responsabilidad social y lavan las riquezas que el esfuerzo de todos producen; por los que dicen escuchar y no escuchan, por los que aplauden ritualmente sin hacerse eco, por los que creen que se habla para otros. Las reglas de juego de la realidad global de estos tiempos son un cáliz amargo, pero esto debe redoblar la entrega y el esfuerzo ético de una dirección que no tiene derecho a exigir más a los de abajo si el sacrificio no baja desde arriba: «...el que quiera ser grande, que se haga servidor de todos». «Servir a» imponiéndose al «servirse de».

Homilía, 25 de mayo de 2001

11 de junio

La cultura del encuentro

El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí. (...) Esto significa comprender y valorar las riquezas del otro, considerándolo no con indiferencia o con temor, sino como factor de crecimiento. Las dinámicas que regulan las relaciones entre personas, entre grupos, entre naciones frecuentemente no son de cercanía, de encuentro, sino de enfrentamiento. Me remito de nuevo al pasaje evangélico. Cuando Jesús se acerca a los dos discípulos de Emaús, comparte su camino, escucha su lectura de la realidad, su desilusión, y dialoga con ellos; precisamente de este modo reenciende en su corazón la esperanza, abre nuevos horizontes que estaban ya presentes, pero que solo el encuentro con el Resucitado permite reconocer.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

12 de junio

La deuda existencial

El que no ama no honra su deuda de persona. Quien no tiene su corazón abierto al hermano de cualquier raza, de cualquier nación, no cumple con su deber, y su vida termina siendo como un pagaré impago y es muy triste terminar la vida sin haber saldado la deuda existencial que todos tenemos como personas. El amor es algo concreto. Los conceptos no se aman, las palabras no se aman, se aman las personas.

Homilía, 7 de septiembre de 2008

13 de junio

Cantad al Señor un cántico nuevo

«Cantad al Señor un cántico nuevo» (95,1). ¿Cuál es este cántico nuevo? No son palabras, no es una melodía, sino que es el canto de su vida, es dejar que nuestra vida se identifique con la de Jesús, es tener sus sentimientos, sus pensamientos, sus acciones. Y la vida de Jesús es una vida para los demás, la vida de Jesús es una vida para los demás. Es una vida de servicio.

Homilía, 28 de julio de 2013

14 de junio

Presente y futuro de la niñez

La producción cultural, en especial la oferta televisiva, pone a disposición de nuestros niños y jóvenes programas donde la degradación y frivolidad de la sexualidad, la desvalorización de la familia, la promoción de desvalores maquillados artificialmente como valores y la exaltación de la violencia, junto con una libertad irresponsable y «gánica», son constantes, aportando componentes de conductas que devienen paradigmáticos para nuestra juventud, frente a la pasividad de organismos de control y el financiamiento cómplice de empresas e instituciones. Esta realidad nos habla de una degradación moral cada vez más extendida y profunda que nos lleva a preguntarnos cómo recuperar el respeto por la vida y por la dignidad de nuestros niños. A tantos de ellos les estamos robando su niñez y les estamos hipotecando su futuro y el nuestro: una responsabilidad que, como sociedad, compartimos y que pesa más sobre los de mayor poder, educación y riqueza.

Carta, 2 de octubre de 2005

15 de junio

La Iglesia cuenta con vosotros

En su misión de evangelización, la Iglesia cuenta con vosotros. Queridos jóvenes: Vosotros sois los primeros misioneros entre los jóvenes. Al final del concilio Vaticano II, cuyo 50º aniversario estamos celebrando en este año, el siervo de Dios Pablo VI entregó a los jóvenes del mundo un Mensaje que empezaba con estas palabras: «A vosotros, los jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Pues sois vosotros los que vais a recoger la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros quienes, recogiendo lo mejor del ejemplo y las enseñanzas de vuestros padres y maestros, vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella». Concluía con una llamada: «¡Construid con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores!» (*Mensaje a los jóvenes*, 8 de diciembre de 1965).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

16 de junio

Un vacío que no logran explicar

Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido. La globalización implacable y la intensa urbanización, a menudo salvajes, prometían mucho. Muchos se han enamorado de sus posibilidades, y en ellas hay algo realmente positivo como, por ejemplo, la disminución de las distancias, el acercamiento entre las personas y culturas, la difusión de la información y los servicios. Pero, por otro lado, muchos vivencian sus efectos negativos sin darse cuenta de cómo ellos comprometen su visión del hombre y del mundo, generando más desorientación y un vacío que no logran explicar. Algunos de estos efectos son la confusión del sentido de la vida, la desintegración personal, la pérdida de la experiencia de pertenecer a un «nido», la falta de hogar y vínculos profundos.

Discurso, 27 de julio de 2013

17 de junio

Un gran respeto al Amor

El amor, al ser concreto, fija un trabajo concreto en favor de la persona. A favor del otro. Un trabajo, de acercarme al otro, abrir mi corazón al otro. Un trabajo de proximidad, un trabajo de condescendencia al camino del otro. Un trabajo mutuo de los ideales, de los puntos de vista. Es un gran respeto al Amor.

Homilía, 7 de septiembre de 2008

18 de junio

Hambre de dignidad

La Iglesia, «abogada de la justicia y defensora de los pobres ante intolerables desigualdades sociales y económicas, que claman al cielo» (*Documento de Aparecida*, 395), desea ofrecer su colaboración a toda iniciativa que pueda significar un verdadero desarrollo de cada hombre y de todo el hombre. Queridos amigos, ciertamente es necesario dar pan a quien tiene hambre; es un acto de justicia. Pero hay también un hambre más profunda, el hambre de una felicidad que solo Dios puede saciar. Hambre de dignidad. No hay una verdadera promoción del bien común, ni un verdadero desarrollo del hombre, cuando se ignoran los pilares fundamentales que sostienen una nación, sus bienes inmateriales: la vida, que es un don de Dios, un valor que siempre se ha de tutelar y promover; la familia, fundamento de la convivencia y remedio contra la desintegración social; la educación integral, que no se reduce a una simple transmisión de información con el objetivo de producir ganancias; la salud, que debe buscar el bienestar integral de la persona, incluyendo la dimensión espiritual, esencial para el equilibrio humano y una sana convivencia; la seguridad, en la convicción de que la violencia solo se puede vencer partiendo del cambio del corazón humano.

Discurso, 25 de julio de 2013

19 de junio

***Saborear la dulzura gloriosa de la verdad
de Cristo***

No basta con que nuestra verdad sea ortodoxa y nuestra acción pastoral eficaz. Sin la alegría de la belleza, la verdad se vuelve fría y hasta despiadada y soberbia, como vemos que sucede en el discurso de muchos fundamentalistas amargados. Pareciera que mastican *cenizas* en vez de saborear la dulzura gloriosa de la verdad de Cristo, que ilumina con luz mansa toda la realidad, asumiéndola tal como es cada día. Sin la alegría de la belleza, el trabajo por el bien se convierte en eficientismo *sombrío*, como vemos que sucede en la acción de muchos activistas desbordados. Pareciera que andan revistiendo de luto estadístico la realidad en vez de ungir la con el óleo interior del júbilo que transforma los corazones, uno a uno, desde adentro.

Homilía, 21 de abril de 2011

20 de junio

La experiencia de la fe

Pienso que a menudo habéis experimentado la dificultad de que vuestros coetáneos participen en la experiencia de la fe. A menudo habréis constatado cómo en muchos jóvenes, especialmente en ciertas fases del camino de la vida, está el deseo de conocer a Cristo y vivir los valores del Evangelio, pero no se sienten idóneos y capaces. ¿Qué se puede hacer? Sobre todo, con vuestra cercanía y vuestro sencillo testimonio abris una brecha a través de la cual Dios puede tocar sus corazones. El anuncio de Cristo no consiste solo en palabras, sino que debe implicar toda la vida y traducirse en gestos de amor. Es el amor que Cristo ha infundido en nosotros el que nos hace evangelizadores; nuestro amor debe conformarse cada vez más con el suyo. Como el buen samaritano, debemos tratar con atención a los que encontramos, debemos saber escuchar, comprender y ayudar, para poder guiar a quien busca la verdad y el sentido de la vida hacia la casa de Dios, que es la Iglesia, donde se encuentra la esperanza y la salvación (cf Lc 10,29-37).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

21 de junio

Pensamiento abierto

Pero es difícil hablar de la Compañía. Si somos demasiado explícitos, corremos el riesgo de equivocarnos. De la Compañía se puede hablar solamente en forma narrativa. Solo en la narración se puede hacer discernimiento, no en las explicaciones filosóficas o teológicas, en las que es posible la discusión.

El estilo de la Compañía no es la discusión, sino el discernimiento, cuyo proceso supone obviamente discusión. El aura mística jamás define sus bordes, no completa el pensamiento.

El jesuita debe ser persona de pensamiento incompleto, de pensamiento abierto.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

22 de junio

Actuar responsablemente

Es propio del que dirige elegir la más justa de las opciones después de haberlas considerado, a partir de la propia responsabilidad y el interés del bien común; por este camino se va al centro de los males de la sociedad para superarlos con la audacia de acciones valientes y libres. Es nuestra responsabilidad, aunque siempre sea limitada, esa comprensión de la totalidad de la realidad, observando, sopesando, valorando, para tomar decisiones en el momento presente, pero extendiendo la mirada hacia el futuro, reflexionando sobre las consecuencias de las decisiones. Quien actúa responsablemente pone la propia actividad ante los derechos de los demás y ante el juicio de Dios. Este sentido ético aparece hoy como un desafío histórico sin precedentes, tenemos que buscarlo, tenemos que insertarlo en la misma sociedad.

Discurso, 27 de julio de 2013

23 de junio

La tarea de la educación

La educación entraña la tarea de promover libertades responsables, que opten en esa encrucijada con sentido e inteligencia; personas que comprendan sin titubeos que su vida y la de su comunidad está en sus manos y que esa libertad es un don infinito solo comparable a la inefable medida de su destino trascendente.

Mensaje, 18 de abril de 2007

24 de junio

El amor al prójimo

(Pensemos en) la famosa parábola del buen samaritano. ¿Quién era este hombre? Era una persona cualquiera, que bajaba de Jerusalén hacia Jericó por el camino que atravesaba el desierto de Judea. Poco antes, por ese camino, un hombre había sido asaltado por bandidos, le robaron, golpearon y abandonaron medio muerto. Antes del samaritano pasó un sacerdote y un levita, es decir, dos personas relacionadas con el culto del Templo del Señor. Vieron al pobrecillo, pero siguieron su camino sin detenerse. En cambio el samaritano, cuando vio a ese hombre, «sintió compasión» (Lc 10,33) dice el Evangelio. Se acercó, le vendó las heridas, poniendo sobre ellas un poco de aceite y de vino; luego lo cargó sobre su cabalgadura, lo llevó a un albergue y pagó el hospedaje por él... En definitiva, se hizo cargo de él: es el ejemplo del amor al prójimo. (...) Sin embargo, Jesús muestra que el corazón de ese samaritano es bueno y generoso y que –a diferencia del sacerdote y del levita– él pone en práctica la voluntad de Dios, que quiere la misericordia más que los sacrificios (cf Mc 12,33). Dios siempre quiere la misericordia y no la condena hacia todos. Quiere la misericordia del corazón, porque Él es misericordioso y sabe comprender bien nuestras miserias, nuestras dificultades y también nuestros pecados.

Ángelus, 14 de julio de 2013

25 de junio

Vanidad de vanidades

Hoy en la liturgia resuena la palabra provocadora de Qohélet: «¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!» (1,2). Los jóvenes son particularmente sensibles al vacío de significado y de valores que a menudo les rodean. Y lamentablemente pagan las consecuencias. En cambio, el encuentro con Jesús vivo, en su gran familia que es la Iglesia, colma el corazón de alegría, porque lo llena de vida auténtica, de un bien profundo, que no pasa y no se marchita. (...) Pero esta experiencia debe afrontar la vanidad cotidiana, el veneno del vacío que se insinúa en nuestras sociedades basadas en la ganancia y en el tener, que engañan a los jóvenes con el consumismo. El Evangelio nos alerta precisamente de la absurdidad de fundar la propia felicidad en el tener. El rico se dice a sí mismo: Alma mía, tienes a disposición muchos bienes... descansa, come, bebe y diviértete. Pero Dios le dice: Necio, esta noche te van a reclamar la vida. Y lo que has acumulado, ¿de quién será? (cf Lc 12,19-20).

Ángelus, 4 de agosto de 2013

26 de junio

Ser callejeros de la fe

San Pablo, dirigiéndose a sus cristianos, utiliza una expresión, que él hizo realidad en su vida: «Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál 4,19). Que también nosotros la hagamos realidad en nuestro ministerio. Ayudar a nuestros jóvenes a redescubrir el valor y la alegría de la fe, la alegría de ser amados personalmente por Dios. Esto es muy difícil, pero cuando un joven lo entiende, un joven lo siente con la unción que le da el Espíritu Santo, este «ser amado personalmente por Dios» lo acompaña toda la vida después. La alegría que ha dado a su Hijo Jesús por nuestra salvación. Educarlos en la misión, a salir, a ponerse en marcha, a ser callejeros de la fe. Así hizo Jesús con sus discípulos: no los mantuvo pegados a él como la gallina con los pollitos; los envió.

Homilía, 27 de julio de 2013

27 de junio

La Iglesia somos todos

En los primeros siglos de la Iglesia, era una realidad bien clara: la Iglesia, mientras es madre de los cristianos, mientras «hace» a los cristianos, está también «formada» por ellos. La Iglesia no es algo distinto a nosotros mismos, sino que se ha de mirar como la totalidad de los creyentes, como el «nosotros» de los cristianos: yo, tú, todos nosotros somos parte de la Iglesia. San Jerónimo escribía: «La Iglesia de Cristo no es otra cosa sino las almas de quienes creen en Cristo» (Tract. Ps 86: pl 26, 1084). Entonces, la maternidad de la Iglesia la vivimos todos, pastores y fieles. A veces escucho: «Yo creo en Dios pero no en la Iglesia... Escuché que la Iglesia dice... los sacerdotes dicen...». Una cosa son los sacerdotes, pero la Iglesia no está formada solo por los sacerdotes, la Iglesia somos todos. Y si tú dices que crees en Dios y no crees en la Iglesia, estás diciendo que no crees en ti mismo; y esto es una contradicción. La Iglesia somos todos: desde el niño bautizado recientemente hasta los obispos, el Papa; todos somos Iglesia y todos somos iguales a los ojos de Dios.

Audiencia, 11 de septiembre de 2013

28 de junio

El peligro de ser piedras de tropiezo

«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). La confesión de Pedro no viene de él, sino del Padre celestial. Y, a raíz de esta confesión, Jesús le dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (v. 18). El papel, el servicio eclesial de Pedro tiene su fundamento en la confesión de fe en Jesús, el Hijo de Dios vivo, en virtud de una gracia donada de lo alto. En la segunda parte del evangelio de hoy vemos el peligro de pensar de manera mundana. Cuando Jesús habla de su muerte y resurrección, del camino de Dios, que no se corresponde con el camino humano del poder, afloran en Pedro la carne y la sangre: «Se puso a increparlo: “¡Lejos de ti tal cosa, Señor!”» (16,22). Y Jesús tiene palabras duras con él: «Aléjate de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo» (v. 23). Cuando dejamos que prevalezcan nuestras ideas, nuestros sentimientos, la lógica del poder humano, y no nos dejamos instruir y guiar por la fe, por Dios, nos convertimos en piedras de tropiezo. La fe en Cristo es la luz de nuestra vida de cristianos y de ministros de la Iglesia.

Homilía, 29 de junio de 2013

29 de junio

Pedro y Pablo

Hoy, 29 de junio, es la fiesta solemne de los santos Pedro y Pablo. Es de manera especial la fiesta de la Iglesia de Roma, fundada sobre el martirio de estos dos apóstoles. Pero es también una gran fiesta para la Iglesia universal, porque todo el pueblo de Dios es deudor respecto a ellos por el don de la fe. Pedro fue el primero en confesar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Pablo difundió este anuncio en el mundo greco-romano. (...) Pensemos en Pedro. Cuando confesó su fe en Jesús, no lo hizo por sus capacidades humanas, sino porque había sido conquistado por la gracia que Jesús irradiaba, por el amor que sentía en sus palabras y veía en sus gestos: ¡Jesús era el amor de Dios en persona! Y lo mismo sucedió a Pablo, si bien en modo distinto. Pablo desde joven era enemigo de los cristianos, y cuando Cristo resucitado le llamó en el camino de Damasco su vida se transformó: entendió que Jesús no estaba muerto, sino vivo, y que le amaba también a él, que era su enemigo. He aquí la experiencia de la misericordia, del perdón de Dios en Jesucristo: esta es la Buena Noticia, el Evangelio que Pedro y Pablo experimentaron en ellos mismos y por el cual dieron la vida. ¡Misericordia, perdón! El Señor siempre nos perdona, el Señor tiene misericordia, es misericordioso, tiene un corazón misericordioso y nos espera siempre.

Ángelus, 29 de junio de 2013

30 de junio

«He conservado la fe»

El apóstol Pablo, al final de su vida, hace un balance fundamental, y dice: «He conservado la fe» (2Tim 4,7) ¿Cómo la conservó? No en una caja fuerte. No la escondió bajo tierra, como aquel siervo un poco perezoso. San Pablo compara su vida con una batalla y con una carrera. Ha conservado la fe porque no se ha limitado a defenderla, sino que la ha anunciado, irradiado, la ha llevado lejos. Se ha opuesto decididamente a quienes querían conservar, «embalsamar» el mensaje de Cristo dentro de los confines de Palestina. Por esto ha hecho opciones valientes, ha ido a territorios hostiles, ha aceptado el reto de los alejados, de culturas diversas, ha hablado francamente, sin miedo. San Pablo ha conservado la fe porque, así como la había recibido, la ha dado, yendo a las periferias, sin atrincherarse en actitudes defensivas.

Homilía, 27 de octubre de 2013

Julio

1 de julio

Muchos defectos

Mi gobierno como jesuita, al comienzo, adolecía de muchos defectos. Corrían tiempos difíciles para la Compañía: había desaparecido una generación entera de jesuitas. Eso hizo que yo fuera provincial aún muy joven. Tenía 36 años: una locura. Había que afrontar situaciones difíciles, y yo tomaba mis decisiones de manera brusca y personalista. Es verdad, pero debo añadir una cosa: cuando confío algo a una persona, me fío totalmente de esa persona. Debe cometer un error muy grande para que yo la reprenda. Pero, a pesar de esto, al final la gente se cansa del autoritarismo. Mi forma autoritaria y rápida de tomar decisiones me ha llevado a tener problemas serios y a ser acusado de ultraconservador. Tuve un momento de gran crisis interior estando en Córdoba. No habré sido ciertamente como la beata Imelda, pero jamás he sido de derechas. Fue mi forma autoritaria de tomar decisiones la que me creó problemas.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

2 de julio

La fecundidad del anuncio

«Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (6,14). Y habla de las «marcas», es decir, de las llagas de Cristo crucificado, como el cuño, la señal distintiva de su existencia de Apóstol del Evangelio. En su ministerio, Pablo ha experimentado el sufrimiento, la debilidad y la derrota, pero también la alegría y la consolación. He aquí el misterio pascual de Jesús: misterio de muerte y resurrección. Y precisamente haberse dejado conformar con la muerte de Jesús ha hecho a san Pablo participar en su resurrección, en su victoria. En la hora de la oscuridad, en la hora de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor.

Homilía, 7 de julio de 2013

3 de julio

Tened el valor de «salir»

Por medio del bautismo, que nos hace nacer a una vida nueva, el Espíritu Santo se establece en nosotros e inflama nuestra mente y nuestro corazón. Es él quien nos guía a conocer a Dios y a entablar una amistad cada vez más profunda con Cristo; es el Espíritu quien nos impulsa a hacer el bien, a servir a los demás, a entregarnos. Mediante la confirmación somos fortalecidos por sus dones para testimoniar el Evangelio con más madurez cada vez. El alma de la misión es el Espíritu de amor, que nos empuja a salir de nosotros mismos, para «ir» y evangelizar. Queridos jóvenes, dejaos conducir por la fuerza del amor de Dios, dejad que este amor venza la tendencia a encerrarse en el propio mundo, en los propios problemas, en las propias costumbres. Tened el valor de «salir» de vosotros mismos hacia los demás y guiarlos hasta el encuentro con Dios.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

4 de julio

Eutanasia escondida

Esta civilización mundial se pasó de rosca, se pasó de rosca, porque es tal el culto que ha hecho al dios dinero, que estamos presenciando una filosofía y una praxis de exclusión de los dos polos de la vida que son las promesas de los pueblos. Exclusión de los ancianos, por supuesto, porque uno podría pensar que podría haber una especie de eutanasia escondida; es decir, no se cuida a los ancianos; pero también está la eutanasia cultural: no se les deja hablar, no se les deja actuar. Y exclusión de los jóvenes. El porcentaje que hay de jóvenes sin trabajo, sin empleo, es muy alto, y es una generación que no tiene la experiencia de la dignidad ganada por el trabajo. O sea, esta civilización nos ha llevado a excluir las dos puntas, que son el futuro nuestro. Entonces, los jóvenes: tienen que salir, tienen que hacerse valer; los jóvenes tienen que salir a luchar por los valores, a luchar por esos valores; y los viejos abran la boca, los ancianos abran la boca y enséñennos; transmitannos la sabiduría de los pueblos.

Mensaje, 25 de julio de 2013

5 de julio

La verdadera riqueza

Ningún esfuerzo de «pacificación» será duradero, ni habrá armonía y felicidad para una sociedad que ignora, que margina y abandona en la periferia una parte de sí misma. Una sociedad así, simplemente se empobrece a sí misma; más aún, pierde algo que es esencial para ella. No dejemos, no dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte. No dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte, porque somos hermanos. No hay que descartar a nadie. Recordémoslo siempre: solo cuando se es capaz de compartir, llega la verdadera riqueza; todo lo que se comparte se multiplica. Pensemos en la multiplicación de los panes de Jesús. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza.

Discurso, 25 de julio de 2013

6 de julio

La novedad de Dios no es provisional

La novedad de Dios no se asemeja a las novedades mundanas, que son todas provisionales, pasan y siempre se busca algo más. La novedad que Dios ofrece a nuestra vida es definitiva, y no solo en el futuro, cuando estaremos con Él, sino también ahora: Dios está haciendo todo nuevo, el Espíritu Santo nos transforma verdaderamente y quiere transformar, contando con nosotros, el mundo en que vivimos. Abramos la puerta al Espíritu, dejemos que Él nos guíe, dejemos que la acción continua de Dios nos haga hombres y mujeres nuevos, animados por el amor de Dios, que el Espíritu Santo nos conceda. Qué hermoso si cada noche, pudiésemos decir: hoy en la escuela, en casa, en el trabajo, guiado por Dios, he realizado un gesto de amor hacia un compañero, mis padres, un anciano. ¡Qué hermoso!

Homilía, 28 de abril de 2013

7 de julio

Soy amado y salvado por Dios

Jesús envió a sus discípulos en misión con este encargo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará» (Mc 16,15-16). Evangelizar significa llevar a los demás la Buena Nueva de la salvación y esta Buena Nueva es una persona: Jesucristo. Cuando le encuentro, cuando descubro hasta qué punto soy amado por Dios y salvado por él, nace en mí no solo el deseo, sino la necesidad de darlo a conocer a otros. Al principio del evangelio de Juan vemos a Andrés que, después de haber encontrado a Jesús, se da prisa para llevarle a su hermano Simón (cf Jn 1,40-42). La evangelización parte siempre del encuentro con Cristo, el Señor.

Quien se ha acercado a él y ha hecho la experiencia de su amor, quiere compartir en seguida la belleza de este encuentro que nace de esta amistad. Cuanto más conocemos a Cristo, más deseamos anunciarlo. Cuanto más hablamos con él, más deseamos hablar de él. Cuanto más nos hemos dejado conquistar, más deseamos llevar a otros hacia él.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

8 de julio

Una nueva torre de Babel

Es constante la ilusión de querer construir la ciudad del hombre sin Dios, sin la vida y el amor de Dios: una nueva Torre de Babel.

Pensar que el rechazo de Dios, del mensaje de Cristo, del Evangelio de la vida, lleva a la libertad, a la plena realización del hombre. El resultado es que el Dios vivo es sustituido por ídolos humanos y pasajeros, que ofrecen un embriagador momento de libertad, pero que al final son portadores de nuevas formas de esclavitud y de muerte.

Homilía, 16 de junio de 2013

9 de julio

La Iglesia, pueblo santo

Una imagen de Iglesia que me complace es la de pueblo santo, fiel a Dios. Es la definición que uso a menudo y, por otra parte, es la de la *Lumen gentium* en su número 12.

La pertenencia a un pueblo tiene un fuerte valor teológico: Dios, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo.

Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana. Dios entra en esta dinámica popular.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

10 de julio

La Madre Iglesia

La mamá siempre, en toda situación, tiene la paciencia de continuar acompañando a los hijos.

Lo que le impulsa es la fuerza del amor; una mamá sabe seguir con discreción, con ternura el camino de los hijos y también cuando se equivocan encuentra siempre el modo de comprender, de estar cerca, de ayudar.

Pienso en las mamás que sufren por los hijos en la cárcel o en situaciones difíciles: no se preguntan si son culpables o no, siguen amándolos y a menudo sufren humillaciones, pero no tienen miedo, no dejan de donarse.

La Iglesia es así, es una mamá misericordiosa, que comprende, que busca siempre ayudar, alentar también ante sus hijos que se han equivocado y que se equivocan, no cierra jamás las puertas de la Casa; no juzga, sino que ofrece el perdón de Dios, ofrece su amor que invita a retomar el camino también a aquellos de sus hijos que han caído en un abismo profundo.

La Iglesia no tiene miedo de entrar en sus noches para dar esperanza; la Iglesia no tiene miedo de entrar en nuestra noche cuando estamos en la oscuridad del alma y de la conciencia, para darnos esperanza. ¡Porque la Iglesia es madre!

Audiencia, 18 de septiembre de 2013

11 de julio

La fe se comparte

En estos días aquí en Río, han podido experimentar la belleza de encontrar a Jesús y de encontrarlo juntos, han sentido la alegría de la fe. Pero la experiencia de este encuentro no puede quedar encerrada en su vida o en el pequeño grupo de la parroquia, del movimiento o de su comunidad. Sería como quitarle el oxígeno a una llama que arde. La fe es una llama que se hace más viva cuanto más se comparte, se transmite, para que todos conozcan, amen y profesen a Jesucristo, que es el Señor de la vida y de la historia (cf Rom 10,9).

Homilía, 28 de julio de 2013

12 de julio

Solo soy un niño

Ante las dificultades de la misión de evangelizar, a veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño». Pero Dios también os contesta: «No digas que eres niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene» (Jer 1,6-7). Cuando os sintáis ineptos, incapaces y débiles para anunciar y testimoniar la fe, no temáis. La evangelización no es una iniciativa nuestra que dependa sobre todo de nuestros talentos, sino que es una respuesta confiada y obediente a la llamada de Dios, y por ello no se basa en nuestra fuerza, sino en la suya. Esto lo experimentó el apóstol Pablo: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2Cor 4,7).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

13 de julio

Dios no es un juez despiadado

En la Iglesia, el Dios que encontramos no es un juez despiadado, sino que es como el Padre de la parábola evangélica. Puedes ser como el hijo que ha dejado la casa, que ha tocado el fondo de la lejanía de Dios. Cuando tienes la fuerza de decir: quiero volver a casa, hallarás la puerta abierta, Dios te sale al encuentro porque te espera siempre, Dios te espera siempre, Dios te abraza, te besa y hace fiesta. (...) El Señor nos quiere parte de una Iglesia que sabe abrir los brazos para acoger a todos, que no es la casa de pocos, sino la casa de todos, donde todos pueden ser renovados, transformados, santificados por su amor, los más fuertes y los más débiles, los pecadores, los indiferentes, quienes se sienten desalentados y perdidos. La Iglesia ofrece a todos la posibilidad de recorrer el camino de la santidad, que es el camino del cristiano: nos hace encontrar a Jesucristo en los sacramentos, especialmente en la Confesión y en la Eucaristía; nos comunica la palabra de Dios, nos hace vivir en la caridad, en el amor de Dios hacia todos.

Audiencia, 2 de octubre de 2013

14 de julio

Un momento de embriaguez

¿En quién ponemos nuestra fe? ¿En nosotros mismos, en las cosas, o en Jesús? Todos tenemos muchas veces la tentación de ponernos en el centro, de creernos que somos el eje del universo, de creer que nosotros solos construimos nuestra vida, o pensar que el tener, el dinero, el poder es lo que da la felicidad. Pero todos sabemos que no es así. El tener, el dinero, el poder pueden ofrecer un momento de embriaguez, la ilusión de ser felices, pero, al final, nos dominan y nos llevan a querer tener cada vez más, a no estar nunca satisfechos. Y terminamos empachados pero no alimentados, y es muy triste ver una juventud empachada pero débil. La juventud tiene que ser fuerte, alimentarse de su fe, y no empacharse de otras cosas. ¡«Pon a Cristo» en tu vida, pon tu confianza en él y no vas a quedar defraudado!

Homilía, 25 de julio de 2013

15 de julio

La Compañía de Jesús

La Compañía es una institución en tensión, siempre radicalmente en tensión. El jesuita es un descentrado. La Compañía en sí misma está descentrada: su centro es Cristo y su Iglesia. Por tanto, si la Compañía mantiene en el centro a Cristo y a la Iglesia, tiene dos puntos de referencia en su equilibrio para vivir en la periferia. Pero si se mira demasiado a sí misma, si se pone a sí misma en el centro, sabiéndose una muy sólida y muy bien «armada» estructura, corre peligro de sentirse segura y suficiente. La Compañía tiene que tener siempre delante el *Deus semper maior*, la búsqueda de la gloria de Dios cada vez mayor, la Iglesia verdadera esposa de Cristo nuestro Señor, Cristo Rey que nos conquista y al que ofrecemos nuestra persona y todos nuestros esfuerzos, aunque seamos poco adecuados vasos de arcilla. Esta tensión nos sitúa continuamente fuera de nosotros mismos. El instrumento que hace verdaderamente fuerte a una Compañía descentrada es la realidad, a la vez paterna y materna, de la «cuenta de conciencia», y precisamente porque le ayuda a emprender mejor la misión.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

16 de julio

Una Iglesia hecha de piedras vivientes

¿Dónde podemos encontrar a Dios? ¿Dónde podemos entrar en comunión con Él a través de Cristo? ¿Dónde podemos encontrar la luz del Espíritu Santo que ilumine nuestra vida? La respuesta es: en el pueblo de Dios, entre nosotros, que somos Iglesia. Aquí encontraremos a Jesús, al Espíritu Santo y al Padre. El antiguo Templo estaba edificado por las manos de los hombres: se quería «dar una casa» a Dios para tener un signo visible de su presencia en medio del pueblo. Con la encarnación del Hijo de Dios, se cumple la profecía de Natán al rey David (cf 2Sam 7,1-29): no es el rey, no somos nosotros quienes «damos una casa a Dios», sino que es Dios mismo quien «construye su casa» para venir a habitar entre nosotros, como escribe san Juan en su evangelio (cf 1,14). Cristo es el templo viviente del Padre, y Cristo mismo edifica su «casa espiritual», la Iglesia, hecha no de piedras materiales, sino de «piedras vivientes», que somos nosotros.

Audiencia, 26 de junio de 2013

17 de julio

Firmes en la fe

A veces seréis llamados a demostrar vuestra perseverancia, en particular cuando la palabra de Dios suscite oposición o cerrazón. En ciertas regiones del mundo, por la falta de libertad religiosa, algunos de vosotros sufrís por no poder dar testimonio de la propia fe en Cristo. Hay quien ya ha pagado con la vida el precio de su pertenencia a la Iglesia. Os animo a que permanezcáis firmes en la fe, seguros de que Cristo está a vuestro lado en esta prueba. Él os repite: «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (Mt 5,11-12).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

18 de julio

La paz es un don demasiado precioso

Quisiera hacerme intérprete del grito que, con creciente angustia, se levanta en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, en cada corazón, en la única gran familia que es la humanidad: ¡el grito de la paz! Es el grito que dice con fuerza: Queremos un mundo de paz, queremos ser hombres y mujeres de paz, queremos que en nuestra sociedad, desgarrada por divisiones y conflictos, estalle la paz; ¡nunca más la guerra! ¡Nunca más la guerra! La paz es un don demasiado precioso, que tiene que ser promovido y tutelado. (...) ¡Que una cadena de compromiso por la paz una a todos los hombres y mujeres de buena voluntad! (...). Lo repito alto y fuerte: no es la cultura de la confrontación, la cultura del conflicto, la que construye la convivencia en los pueblos y entre los pueblos, sino esta: la cultura del encuentro, la cultura del diálogo; este es el único camino para la paz. Que el grito de la paz se alce con fuerza para que llegue al corazón de todos y todos depongan las armas y se dejen guiar por el deseo de paz.

Ángelus, 1 de septiembre de 2013

19 de julio

El futuro nos exige

El futuro exige hoy la tarea de rehabilitar la política, rehabilitar la política, que es una de las formas más altas de la caridad. El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza. Que a nadie le falte lo necesario y que se asegure a todos dignidad, fraternidad y solidaridad: este es el camino propuesto. Ya en la época del profeta Amós era muy frecuente la admonición de Dios: «Venden al justo por dinero, al pobre por un par de sandalias. Oprimen contra el polvo la cabeza de los míseros y tuercen el camino de los indigentes» (Am 2,6-7). Los gritos que piden justicia continúan todavía hoy.

Discurso, 27 de julio de 2013

20 de julio

Atravesar la puerta estrecha

El Evangelio nos invita a reflexionar acerca del tema de la salvación; «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» (13,23). Y he aquí entonces que, a la pregunta, Jesús responde diciendo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán» (v. 24). ¿Qué quiere decir Jesús? ¿Cuál es la puerta por la que debemos entrar? Y, ¿por qué Jesús habla de una puerta estrecha? (...). En la actualidad pasamos ante muchas puertas que invitan a entrar prometiendo una felicidad que luego nos damos cuenta de que dura solo un instante, que se agota en sí misma y no tiene futuro.

Pero yo os pregunto: nosotros, ¿por qué puerta queremos entrar? Y, ¿a quién queremos hacer entrar por la puerta de nuestra vida? Quisiera decir con fuerza: no tengamos miedo de cruzar la puerta de la fe en Jesús, de dejarle entrar cada vez más en nuestra vida, de salir de nuestros egoísmos, de nuestras cerrazones, de nuestras indiferencias hacia los demás. Porque Jesús ilumina nuestra vida con una luz que no se apaga más.

Ángelus, 25 de agosto de 2013

21 de julio

***El que recibe a uno de estos pequeños
me recibe a mí***

Debemos adentrarnos en el corazón de Dios y comenzar a escuchar la voz de los más débiles (...), y recordar las palabras del Señor: «El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí mismo» (Mt 18,5); y, «Cuidense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque les aseguro que sus ángeles en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial» (Mt 18,10). Tanto esas voces como la palabra del Señor deberían conmovernos en nuestro compromiso y en nuestra acción: Nunca la niñez abandonada en nuestra ciudad; nunca la adolescencia y la juventud marginada en nuestra ciudad; ningún cristiano, ninguna parroquia, ninguna autoridad indolente o indiferente frente al vía crucis de nuestras familias y de nuestros niños; ningún egoísmo o interés personal o sectorial menguando el esfuerzo y el compromiso que dilate la necesaria unidad y coordinación para el esfuerzo impostergable e inmediato.

Carta, 2 de octubre de 2005

22 de julio

Transmitir el legado

Sobre la misión se ha de recordar que su urgencia proviene de su motivación interna: la de transmitir un legado; y, sobre el método, es decisivo recordar que un legado es como el testigo, la posta en la carrera de relevos: no se lanza al aire y quien consigue agarrarlo, bien, y quien no, se queda sin él. Para transmitir el legado hay que entregarlo personalmente, tocar a quien se le quiere dar, transmitir este patrimonio. La Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano... Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de «heridos», que necesitan comprensión, perdón y amor.

Discurso, 27 de julio de 2013

23 de julio

Alegre de ser cristiano

Nadie es anónimo: todos formamos y construimos la Iglesia. Esto nos invita también a reflexionar sobre el hecho de que si falta la piedra de nuestra vida cristiana, falta algo a la belleza de la Iglesia. Hay quienes dicen: «Yo no tengo que ver con la Iglesia», pero así se cae la piedra de una vida en este bello Templo. De él nadie puede irse, todos debemos llevar a la Iglesia nuestra vida, nuestro corazón, nuestro amor, nuestro pensamiento, nuestro trabajo: todos juntos. Desearía entonces que nos preguntáramos: ¿cómo vivimos nuestro ser Iglesia? ¿Somos piedras vivas o somos, por así decirlo, piedras cansadas, aburridas, indiferentes? ¿Habéis visto qué feo es ver a un cristiano cansado, aburrido, indiferente? Un cristiano así no funciona; el cristiano debe ser vivo, alegre de ser cristiano; debe vivir esta belleza de formar parte del pueblo de Dios que es la Iglesia. ¿Nos abrimos nosotros a la acción del Espíritu Santo para ser parte activa en nuestras comunidades o nos cerramos en nosotros mismos, diciendo: «tengo mucho que hacer, no es tarea mía»?

Audiencia, 26 de junio de 2013

24 de julio

Consultas reales, no formales

Oigo a algunas personas que me dicen: «No consulte demasiado y decida». Pero yo creo que consultar es muy importante. Los consistorios y los sínodos, por ejemplo, son lugares importantes para lograr que esta consulta llegue a ser verdadera y activa. Lo que hace falta es darles una forma menos rígida. Deseo consultas reales, no formales. La consulta a los ocho cardenales, ese grupo consultivo externo, no es decisión solamente mía, sino que es fruto de la voluntad de los cardenales, tal como se expresó en las congregaciones generales antes del cónclave. Y deseo que sea una consulta real, no formal.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

25 de julio

Un cambio de corazón y mentalidad

Debemos tomar conciencia de que cada chico marginado, abandonado o en situación de calle, con deficiente acceso a los beneficios de la educación y la salud, es la expresión cabal no solo de una injusticia, sino de un fracaso institucional que incluye tanto a la familia como también a sus vecinos, a las instituciones del barrio, a su parroquia y a los distintos estamentos del Estado en sus diversas expresiones. Muchas de estas situaciones reclaman una respuesta inmediata, pero no con la inmediatez de las luces de bengala. La búsqueda e implementación de respuestas no temporales no pueden hacernos olvidar que necesitamos un cambio de corazón y de mentalidad que nos lleve a valorar y dignificar la vida de estos chicos desde el seno de su madre hasta que descansen en el seno del Padre Dios, y a obrar cada día en consecuencia.

Carta, 2 de octubre de 2005

26 de julio

San Joaquín y santa Ana

Los santos Joaquín y Ana forman parte de esa larga cadena que ha transmitido la fe y el amor de Dios, en el calor de la familia, hasta María que acogió en su seno al Hijo de Dios y lo dio al mundo, nos los ha dado a nosotros. ¡Qué precioso es el valor de la familia, como lugar privilegiado para transmitir la fe! Refiriéndome al ambiente familiar quisiera subrayar que en esta fiesta de los santos Joaquín y Ana, se celebra, tanto en Brasil como en otros países, la fiesta de los abuelos. Qué importantes son en la vida de la familia para comunicar ese patrimonio de humanidad y de fe que es esencial para toda sociedad. Y qué importante es el encuentro y el diálogo intergeneracional, sobre todo dentro de la familia. (...) Esta relación, este diálogo entre las generaciones, es un tesoro que tenemos que preservar y alimentar.

Ángelus, 26 de julio de 2013

27 de julio

Dios nos pone como centinelas

«Yo te he puesto como centinela» (Ez 33,7-9), es decir, a todos nos pone como centinela. Y como centinela tenemos que avisar cuando hay peligro. Antiguamente los centinelas que estaban en las ciudades, veían cuando había un peligro de vida. Para mí hoy corre peligro el cristiano, pues todo cristiano es centinela. Y hoy como cristianos tenemos que decir ¡cuidado! Cuidado que no te quiten la vida. Que no se creen situaciones de xenofobias entre nosotros. Todos sabemos que la xenofobia así se da. Aquí parece que nadie odia al migrante. Pero está la xenofobia sutil, la que quizás, elaborada por nuestra viveza, nos lleva a preguntarnos: ¿cómo los puedo usar mejor?, ¿cómo me puedo aprovechar de esta o de este que no tiene documentos, que entró de contrabando, que no se sabe el idioma, o que es menor de edad y no tiene quien lo proteja?

Homilía, 7 de septiembre de 2008

28 de julio

Utopía hacia el futuro

Memoria del pasado y utopía hacia el futuro se encuentran en el presente que no es una coyuntura sin historia y sin promesa, sino un momento en el tiempo, un desafío para recoger sabiduría y saber proyectarla.

Quien tiene un papel de responsabilidad en una nación está llamado a afrontar el futuro «con la mirada tranquila de quien sabe ver la verdad», como decía el pensador brasileño Alceu Amoroso Lima («Nosso tempo», en *A vida sobrenatural e o mundo moderno*, Río de Janeiro 1956, 106).

Discurso, 27 de julio de 2013

29 de julio

Deseo en el corazón

El evangelio (Lc 12,32-48) nos habla del deseo del encuentro definitivo con Cristo, un deseo que nos hace estar siempre preparados, con el espíritu en vela, porque esperamos este encuentro con todo el corazón, con todo nosotros mismos. Este es un aspecto fundamental de la vida. Existe un deseo que todos nosotros, sea explícito u oculto, tenemos en el corazón. Todos nosotros tenemos este deseo en el corazón (...).

Este evangelio quiere decirnos que el cristiano es alguien que lleva dentro de sí un deseo grande, un deseo profundo: el de encontrarse con su Señor junto a los hermanos, a los compañeros de camino. Y todo esto que Jesús nos dice se resume en un famoso dicho de Jesús: «Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc 12,34). El corazón que desea. Pero todos nosotros tenemos un deseo. La pobre gente es la que no tiene deseo; el deseo de seguir adelante, hacia el horizonte; y para nosotros cristianos este horizonte es el encuentro con Jesús, el encuentro precisamente con Él, que es nuestra vida, nuestra alegría, lo que nos hace felices.

Ángelus, 11 de agosto de 2013

30 de julio

Id y haced discípulos

Id y haced discípulos a todos los pueblos (cf Mt 28,19). Sus brazos abiertos son el signo de la acogida que el Señor regala a cuantos acuden a él, y su corazón representa el inmenso amor que tiene por cada uno de vosotros.

¡Dejaos atraer por él! ¡Vivid esta experiencia del encuentro con Cristo, junto a tantos otros jóvenes que se reunirán en Río para el próximo encuentro mundial! Dejaos amar por él y seréis los testigos que el mundo tanto necesita.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

31 de julio

Ignacio, místico y no asceta

Ignacio es un místico, no un asceta. Me enfada mucho cuando oigo decir que los *Ejercicios Espirituales* son ignacianos solo porque se hacen en silencio. La verdad es que los Ejercicios pueden ser perfectamente ignacianos incluso en la vida corriente y sin silencio. La tendencia que subraya el ascetismo, el silencio y la penitencia es una desviación que se ha difundido incluso en la Compañía, especialmente en el ámbito español. Yo, por mi parte, soy y me siento más cercano a la corriente mística, la de Louis Lallement y Jean-Joseph Surin. Fabro era un místico.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

Agosto

1 de agosto

La evangelización se hace de rodillas

La evangelización se hace de rodillas. Oídllo bien: «La evangelización se hace de rodillas». ¡Sed siempre hombres y mujeres de oración! Sin la relación constante con Dios la misión se convierte en función. Pero, ¿en qué trabajas tú? ¿Eres sastre, cocinera, sacerdote, trabajas como sacerdote, trabajas como religiosa? No. No es un oficio, es otra cosa. El riesgo del activismo, de confiar demasiado en las estructuras, está siempre al acecho. Si miramos a Jesús, vemos que la víspera de cada decisión y acontecimiento importante se recogía en oración intensa y prolongada. Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más os llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar vuestro corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor. ¡Aquí reside el secreto de la fecundidad pastoral, de la fecundidad de un discípulo del Señor!

Homilía, 7 de julio de 2013

2 de agosto

Humildad, sacrificio y valentía

El jesuita piensa, siempre y continuamente, con los ojos puestos en el horizonte hacia el que debe caminar, teniendo a Cristo en el centro. Esta es su verdadera fuerza. Y esto es lo que empuja a la Compañía a estar en búsqueda, a ser creativa, generosa. Por eso hoy más que nunca ha de ser contemplativa en la acción; tiene que vivir una cercanía profunda a toda la Iglesia, entendida como «pueblo de Dios» y «santa madre Iglesia jerárquica». Esto requiere mucha humildad, sacrificio y valentía, especialmente cuando se viven incomprensiones o cuando se es objeto de equívocos y calumnias; pero es la actitud más fecunda.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

3 de agosto

Sed misioneros, sed discípulos

¿Qué significa ser misioneros? Significa ante todo ser discípulos de Cristo, escuchar una y otra vez la invitación a seguirle, la invitación a mirarle: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Un discípulo es, de hecho, una persona que se pone a la escucha de la palabra de Jesús (cf Lc 10,39), al que se reconoce como el buen Maestro que nos ha amado hasta dar la vida. Por ello, se trata de que cada uno de vosotros se deje plasmar cada día por la palabra de Dios; esta os hará amigos del Señor Jesucristo, capaces de incorporar a otros jóvenes en esta amistad con él.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

4 de agosto

No tener miedo a la ternura de Dios

A veces me he encontrado con personas consagradas que tienen miedo a la consolación de Dios, y... pobres, se atormentan, porque tienen miedo a esta ternura de Dios. Pero no tengan miedo. No tengan miedo, el Señor es el Señor de la consolación, el Señor de la ternura. El Señor es padre y Él dice que nos tratará como una mamá a su niño, con su ternura. No tengan miedo de la consolación del Señor. La invitación de Isaías ha de resonar en nuestro corazón: «Consolad, consolad a mi pueblo» (40,1), y esto convertirse en misión. Encontrar al Señor que nos consuela e ir a consolar al pueblo de Dios, esta es la misión. La gente de hoy tiene necesidad ciertamente de palabras, pero sobre todo tiene necesidad de que demos testimonio de la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, despierta la esperanza, atrae hacia el bien. ¡La alegría de llevar la consolación de Dios!

Homilía, 7 de julio de 2013

5 de agosto

Nosotros somos piedras vivas

Nosotros somos las piedras vivas del edificio de Dios, unidas profundamente a Cristo, que es la piedra de sustentación, y también de sustentación entre nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el templo somos nosotros, nosotros somos la Iglesia viviente, el templo viviente, y cuando estamos juntos entre nosotros está también el Espíritu Santo, que nos ayuda a crecer como Iglesia. Nosotros no estamos aislados, sino que somos pueblo de Dios: ¡esta es la Iglesia! (...). La Iglesia no es un entramado de cosas y de intereses, sino que es el templo del Espíritu Santo, el templo en el que Dios actúa, el templo del Espíritu Santo, el templo en el que Dios actúa, el Templo en el que cada uno de nosotros, con el don del Bautismo, es piedra viva. Esto nos dice que nadie es inútil en la Iglesia, y si alguien dice a veces a otro: «Vete a casa, eres inútil», esto no es verdad, porque nadie es inútil en la Iglesia, ¡todos somos necesarios para construir este templo!

Audiencia, 26 de junio de 2013

6 de agosto

Mira que no sé hablar

Puede que alguno piense: «No tengo ninguna preparación especial, ¿cómo puedo ir y anunciar el evangelio?». Querido amigo, tu miedo no se diferencia mucho del de Jeremías. Cuando Jeremías fue llamado por Dios para ser profeta: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño». También Dios os dice a vosotros lo que le dijo a Jeremías: «No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (Jer 1,6.8). Él está con nosotros. «No tengáis miedo». Cuando vamos a anunciar a Cristo, es él mismo quien va por delante y nos guía.

Homilía, 28 de julio de 2013

7 de agosto

El seno de la Iglesia universal

Esta Iglesia con la que debemos «sentir» es la casa de todos, no una capillita en la que cabe solo un grupito de personas selectas. No podemos reducir el seno de la Iglesia universal a un nido protector de nuestra mediocridad. Y la Iglesia es Madre. La Iglesia es fecunda, debe serlo. Mire, cuando percibo comportamientos negativos en ministros de la Iglesia o en consagrados o consagradas, lo primero que se me ocurre es: «un solterón», «una solterona». No son ni padres ni madres. No han sido capaces de dar vida. Y sin embargo cuando, por ejemplo, leo la vida de los misioneros salesianos que fueron a la Patagonia, leo una historia de vida y de fecundidad».

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

8 de agosto

Abrid los ojos

Queridos amigos, abrid los ojos y mirad en torno a vosotros. Hay muchos jóvenes que han perdido el sentido de su existencia. ¡Id! Cristo también os necesita. Dejaos llevar por su amor, sed instrumentos de este amor inmenso, para que llegue a todos, especialmente a los que están «lejos». Algunos están lejos geográficamente, mientras que otros están lejos porque su cultura no deja espacio a Dios; algunos aún no han acogido personalmente el Evangelio, otros, en cambio, a pesar de haberlo recibido, viven como si Dios no existiese. Abramos a todos las puertas de nuestro corazón; intentemos entrar en diálogo con ellos, con sencillez y respeto mutuo. Este diálogo, si es vivido con verdadera amistad, dará fruto. Los «pueblos» a los que hemos sido enviados no son solo los demás países del mundo, sino también los diferentes ámbitos de la vida: las familias, los barrios, los ambientes de estudio o trabajo, los grupos de amigos y los lugares de ocio. El anuncio gozoso del Evangelio está destinado a todos los ambientes de nuestra vida, sin exclusión.

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

9 de agosto

La justicia de Dios

¿El peligro cuál es? Es que presumamos de ser justos, y juzguemos a los demás. Juzguemos también a Dios, porque pensamos que debería castigar a los pecadores, condenarles a muerte, en lugar de perdonar. Entonces sí que nos arriesgamos a permanecer fuera de la casa del Padre. (...) Si nosotros vivimos según la ley «ojo por ojo, diente por diente», nunca salimos de la espiral del mal. El Maligno es listo, y nos hace creer que con nuestra justicia humana podemos salvarnos y salvar el mundo.

En realidad solo la justicia de Dios nos puede salvar. Y la justicia de Dios se ha revelado en la Cruz: la Cruz es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre este mundo. ¿Pero cómo nos juzga Dios? ¡Dando la vida por nosotros! He aquí el acto supremo de justicia que ha vencido de una vez por todas al Príncipe de este mundo; y este acto supremo de justicia es precisamente también el acto supremo de misericordia. Jesús nos llama a todos a seguir este camino: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36).

Ángelus, 15 de septiembre de 2013

10 de agosto

Ventanal de futuro

La juventud es el ventanal por el que entra el futuro en el mundo. Es el ventanal y, por tanto, nos impone grandes retos. Nuestra generación se mostrará a la altura de la promesa que hay en cada joven cuando sepa ofrecerle espacio. Esto significa tutelar las condiciones materiales y espirituales para su pleno desarrollo; darle una base sólida sobre la que pueda construir su vida; garantizarle seguridad y educación para que llegue a ser lo que puede ser; transmitirle valores duraderos por los que valga la pena vivir; asegurarle un horizonte trascendente para su sed de auténtica felicidad y su creatividad en el bien; dejarle en herencia un mundo que corresponda a la medida de la vida humana; despertar en él las mejores potencialidades para ser protagonista de su propio porvenir, y corresponsable del destino de todos. Con estas actitudes, anticipamos hoy el futuro que entra por el ventanal de los jóvenes.

Discurso, 22 de julio de 2013

11 de agosto

Protagonistas del cambio

Tu corazón, corazón joven, quiere construir un mundo mejor. Sigo las noticias del mundo y veo que tantos jóvenes, en muchas partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna. Los jóvenes en la calle. Son jóvenes que quieren ser protagonistas del cambio. Por favor, no dejéis que otros sean los protagonistas del cambio. Vosotros sois los que tenéis el futuro. Vosotros... Por vosotros entra el futuro en el mundo.

Discurso, 27 de julio de 2013

12 de agosto

Jóvenes y ancianos

Las Iglesias jóvenes logran una síntesis de fe, cultura y vida en progreso diferente de la que logran las Iglesias más antiguas. Para mí, la relación entre las Iglesias de tradición más antigua y las más recientes se parece a la relación que existe entre jóvenes y ancianos en una sociedad: construyen el futuro, unos con su fuerza y los otros con su sabiduría.

El riesgo está siempre presente, es obvio; las Iglesias más jóvenes corren peligro de sentirse autosuficientes, y las más antiguas el de querer imponer a los jóvenes sus modelos culturales. Pero el futuro se construye unidos.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

13 de agosto

Proteger el trabajo

Es necesario proteger el trabajo del hombre. ¿Cómo se lo protege? Instruyendo al hombre, culturalizándolo, entrenándolo, dándole la digna protección legal, dándole descanso, lugar para la recreación, asegurándole condiciones dignas para su vejez, proporcionándole un sistema de salud que lo proteja adecuadamente de sus infortunios laborales. Los trabajadores no son «instrumentos bípedos, sin libertad, sin moral, que solo poseen manos que ganan poco y un alma absorta», como sostuviera el abate Sieyes, quien fuera uno de los inspiradores de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Carta, 2 de octubre de 2005

14 de agosto

Necesidad de mirar al otro

Abrazar, abrazar. Todos hemos de aprender a abrazar a los necesitados, como san Francisco. (...) La plaga del narcotráfico, que favorece la violencia y siembra dolor y muerte, requiere un acto de valor de toda la sociedad. No es la liberalización del consumo de drogas, como se está discutiendo en varias partes de América Latina, lo que podrá reducir la propagación y la influencia de la dependencia química. Es preciso afrontar los problemas que están en la base de su uso, promoviendo una mayor justicia, educando a los jóvenes en los valores que construyen la vida común, acompañando a los necesitados y dando esperanza en el futuro. Todos tenemos necesidad de mirar al otro con los ojos de amor de Cristo, aprender a abrazar a aquellos que están en necesidad, para expresar cercanía, afecto, amor.

Discurso, 24 de julio de 2013

15 de agosto

María, inmersa en el misterio

Siguiendo el concilio Vaticano II, quiero reflexionar sobre María como modelo «de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo». Ella es modelo de fe, no solo porque como hebrea esperaba al redentor, y con su sí se adhiere al proyecto de Dios, sino porque desde ese momento su vida se centra en Jesús. Además lo hace desde la cotidianidad de una mujer humilde que, sin embargo, vive inmersa en el misterio, y su sí, ya perfecto desde el inicio, crece hasta la cruz, en la que su maternidad abraza a todos. Y es modelo de caridad, como vemos en la Visitación, pues ella no solo ayuda a su prima, sino que le lleva a Cristo, la perfecta alegría que viene del Espíritu y se manifiesta en un amor oblativo. Es modelo también de unión con Cristo, sea en su tarea cotidiana, sea en el camino de la cruz, hasta unirse a Él en el martirio del corazón.

Audiencia, 23 de octubre de 2013

16 de agosto

Hasta los confines de la tierra

Cristo resucitado envió a sus discípulos a testimoniar su presencia salvadora a todos los pueblos, porque Dios, en su amor sobreabundante, quiere que todos se salven y que nadie se pierda. Con el sacrificio de amor de la Cruz, Jesús abrió el camino para que cada hombre y cada mujer puedan conocer a Dios y entrar en comunión de amor con él. Él constituyó una comunidad de discípulos para llevar el anuncio de salvación del Evangelio hasta los confines de la tierra, para llegar a los hombres y mujeres de cada lugar y de todo tiempo. ¡Hagamos nuestro este deseo de Jesús!

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

17 de agosto

La austeridad

El apartamento pontificio no es tan lujoso. Es amplio, es grande, pero no es lujoso. Yo no puedo vivir solo o con un pequeño grupito. Necesito gente, estar con la gente, hablar con la gente... Y por eso cuando los chicos de las escuelas de los jesuitas me preguntaron: «¿Por qué? ¿Por austeridad? ¿Por pobreza?». No, no: por motivos psiquiátricos, simplemente, porque psicológicamente no puedo. Cada uno tiene que llevar adelante su vida, con su modo de vivir, de ser. Los cardenales que trabajan en la Curia no viven como ricos ni con opulencia: viven en un pequeño apartamento, son austeros, ellos son austeros. (...) Cada uno vive como el Señor le pide vivir. La austeridad –una austeridad general–, creo que es necesaria para todos los que trabajamos al servicio de la Iglesia. Hay tantos matices en la austeridad... cada uno debe buscar su camino.

Discurso, 28 de julio de 2013

18 de agosto

La capacidad de curar heridas

Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental. La Iglesia a veces se ha dejado envolver en pequeñas cosas, en pequeños preceptos. Cuando lo más importante es el anuncio primero: «¡Jesucristo te ha salvado!». Y los ministros de la Iglesia deben ser, ante todo, ministros de misericordia.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

19 de agosto

La fe es revolucionaria

La fe en nuestra vida hace una revolución que podríamos llamar copernicana, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf Gál 5,22), entonces nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesús, de Dios. Amigos queridos, la fe es revolucionaria y yo te pregunto, hoy: ¿Estás dispuesto, estás dispuesta a entrar en esta onda de la revolución de la fe? Solo entrando tu vida joven va a tener sentido y así será fecunda.

Homilía, 25 de julio de 2013

20 de agosto

Amor recíproco

Para permanecer firmes en la confesión de la fe cristiana allí donde habéis sido enviados, necesitáis a la Iglesia. Nadie puede ser testigo del Evangelio en solitario. Jesús envió a sus discípulos a la misión en grupos: «Haced discípulos» está puesto en plural. Por tanto, nosotros siempre damos testimonio en cuanto miembros de la comunidad cristiana; nuestra misión es fecundada por la comunión que vivimos en la Iglesia, y gracias a esa unidad y ese amor recíproco nos reconocerán como discípulos de Cristo (cf Jn 13,35). Doy gracias a Dios por la preciosa obra de evangelización que realizan nuestras comunidades cristianas, nuestras parroquias y nuestros movimientos eclesiales. Los frutos de esta evangelización pertenecen a toda la Iglesia: «Uno siembra y otro siega» (Jn 4,37).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

21 de agosto

Los verdaderos caminos de la Iglesia

Dios nos dona la unidad, pero a nosotros frecuentemente nos cuesta vivirla. Es necesario buscar, construir la comunión, educar a la comunión, para superar incomprensiones y divisiones, empezando por la familia, por las realidades eclesiales, en el diálogo ecuménico también. (...) Humildad, dulzura, magnanimidad, amor para conservar la unidad. Estos, estos son los caminos, los verdaderos caminos de la Iglesia. Oigámoslos una vez más. Humildad contra la vanidad, contra la soberbia; humildad, dulzura, magnanimidad, amor para conservar la unidad. Y continuaba Pablo: un solo cuerpo, el de Cristo que recibimos en la Eucaristía; un solo Espíritu, el Espíritu Santo que anima y continuamente recrea a la Iglesia; una sola esperanza, la vida eterna; una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios, Padre de todos (cf vv. 4-6). ¡La riqueza de lo que nos une! Y esta es una verdadera riqueza: lo que nos une, no lo que nos divide. Esta es la riqueza de la Iglesia.

Audiencia, 25 de septiembre de 2013

22 de agosto

La alegría de vivir

El común sentir de un pueblo, las bases de su pensamiento y de su creatividad, los principios básicos de su vida, los criterios de juicio sobre las prioridades, las normas de actuación, se fundan, se fusionan y crecen en una visión integral de la persona humana. (...) Un proceso que hace crecer la humanización integral y la cultura del encuentro y de la relación; esta es la manera cristiana de promover el bien común, la alegría de vivir. Y aquí convergen la fe y la razón, la dimensión religiosa con los diferentes aspectos de la cultura humana: el arte, la ciencia, el trabajo, la literatura... El cristianismo combina trascendencia y encarnación; por la capacidad de revitalizar siempre el pensamiento y la vida ante la amenaza de frustración y desencanto que pueden invadir el corazón y propagarse por las calles.

Discurso, 27 de julio de 2013

23 de agosto

Amar a todos, sin distinción

Quisiera invitaros a que escuchéis en lo profundo de vosotros mismos la llamada de Jesús a anunciar su Evangelio. Como muestra la gran estatua de Cristo Redentor en Río de Janeiro, su corazón está abierto para amar a todos, sin distinción, y sus brazos están extendidos para abrazar a todos. Sed vosotros el corazón y los brazos de Jesús. Id a dar testimonio de su amor, sed los nuevos misioneros animados por el amor y la acogida. Seguid el ejemplo de los grandes misioneros de la Iglesia, como san Francisco Javier y tantos otros. (...) Sabemos que el Espíritu Santo se regala a los que, en pobreza de corazón, se ponen a disposición de tal anuncio. No tengáis miedo. Jesús, Salvador del mundo, está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf Mt 28,20).

Mensaje para la XXVIII JMJ de 2013

24 de agosto

Encontrar un sentido

¿Cuál es la fuerza que mantiene unida a la familia? Es precisamente el amor, y quien siembra el amor en nuestro corazón es Dios, el amor de Dios, es precisamente el amor de Dios quien da sentido a los pequeños compromisos cotidianos e incluso ayuda a afrontar las grandes pruebas. Este es el verdadero tesoro del hombre. Seguir adelante en la vida con amor, con ese amor que el Señor sembró en el corazón, con el amor de Dios. Este es el verdadero tesoro. Pero el amor de Dios, ¿qué es? No es algo vago, un sentimiento genérico. El amor de Dios tiene un nombre y un rostro: Jesucristo, Jesús. El amor de Dios se manifiesta en Jesús. (...) Es un amor que da valor y belleza a todo lo demás; un amor que da fuerza a la familia, al trabajo, al estudio, a la amistad, al arte, a toda actividad humana. Y da sentido también a las experiencias negativas, porque este amor nos permite ir más allá de estas experiencias, ir más allá, no permanecer prisioneros del mal, sino que nos hace ir más allá, nos abre siempre a la esperanza. He aquí que el amor de Dios en Jesús siempre nos abre a la esperanza, al horizonte de esperanza, al horizonte final de nuestra peregrinación. Así, incluso las fatigas y las caídas encuentran un sentido.

Ángelus, 11 de agosto de 2013

25 de agosto

Si quieres, ven

El evangelio (Lc 9,51-62) muestra un paso muy importante en la vida de Cristo: el momento en el que –como escribe san Lucas– «Jesús tomó la firme decisión de caminar a Jerusalén» (9,51). Jerusalén es la meta final, donde Jesús, en su última Pascua, debe morir y resucitar, y así llevar a cumplimiento su misión de salvación. Desde ese momento, después de esa «firme decisión», Jesús se dirige a la meta, y también a las personas que encuentra y que le piden seguirle les dice claramente cuáles son las condiciones: no tener una morada estable; saberse desprender de los afectos humanos; no ceder a la nostalgia del pasado. Pero Jesús dice también a sus discípulos, encargados de precederle en el camino hacia Jerusalén para anunciar su paso, que no impongan nada: si no hallan disponibilidad para acogerle, que se prosiga, que se vaya adelante. Jesús no impone nunca, Jesús es humilde, Jesús invita. Si quieres, ven. La humildad de Jesús es así. Él invita siempre, no impone.

Ángelus, 30 de junio de 2013

26 de agosto

Sin prejuicios

El único modo de que una persona, una familia, una sociedad, crezca; la única manera de que la vida de los pueblos avance, es la cultura del encuentro, una cultura en la que todo el mundo tiene algo bueno que aportar, y todos pueden recibir algo bueno en cambio. El otro siempre tiene algo que darme cuando sabemos acercarnos a él con actitud abierta y disponible, sin prejuicios.

Esta actitud abierta, disponible y sin prejuicios, yo la definiría como humildad social, que es la que favorece el diálogo. Solo así puede prosperar un buen entendimiento entre las culturas y las religiones, la estima de unas por las otras sin opiniones previas gratuitas y en clima de respeto de los derechos de cada una. Hoy, o se apuesta por el diálogo, o se apuesta por la cultura del encuentro, o todos perdemos, todos perdemos. Por aquí va el camino fecundo.

Discurso, 27 de julio de 2013

27 de agosto

Con gozos y dolores

El pueblo es sujeto. Y la Iglesia es el pueblo de Dios en camino a través de la historia, con gozos y dolores. Sentir con la Iglesia, por tanto, para mí quiere decir estar en este pueblo. Y el conjunto de fieles es infalible cuando cree, y manifiesta esta infalibilidad suya al creer, mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo que camina. Esta es mi manera de entender el «sentir con la Iglesia» de que habla san Ignacio. Cuando el diálogo entre la gente y los obispos y el Papa sigue esta línea y es leal, está asistido por el Espíritu Santo. No se trata, por tanto, de un sentir referido a los teólogos. Sucede como con María: Si se quiere saber quién es, se pregunta a los teólogos; si se quiere saber cómo se la ama, hay que preguntar al pueblo. María, a su vez, amó a Jesús con corazón de pueblo, como se lee en el Magnificat. Por tanto, no hay ni que pensar que la comprensión del «sentir con la Iglesia» tenga que ver únicamente con sentir con su parte jerárquica.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

28 de agosto

Jesús nos quiere libres

[Destaquemos] la importancia que, también para Jesús, tuvo la conciencia: escuchar en su corazón la voz del Padre y seguirla. Jesús, en su existencia terrena, no estaba, por así decirlo, «telemandado»: era el Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre, y en cierto momento tomó la firme decisión de subir a Jerusalén por última vez; una decisión tomada en su conciencia, pero no solo: ¡junto al Padre, en plena unión con Él! (...). Y Jesús era libre; en aquella decisión era libre. Jesús nos quiere a los cristianos libres como Él, con esa libertad que viene de este diálogo con el Padre, de este diálogo con Dios. Jesús no quiere ni cristianos egoístas –que siguen el propio yo, no hablan con Dios– ni cristianos débiles –cristianos que no tienen voluntad, cristianos «telemandados», incapaces de creatividad, que buscan siempre conectarse a la voluntad de otro y no son libres–. Jesús nos quiere libres, ¿y esta libertad dónde se hace? Se hace en el diálogo con Dios en la propia conciencia. Si un cristiano no sabe hablar con Dios, no sabe oír a Dios en la propia conciencia, no es libre, no es libre. Por ello debemos aprender a oír más nuestra conciencia.

Ángelus, 30 de junio de 2013

29 de agosto

Lucidez y astucia evangélica

La opción por la misionariedad del discípulo será tentada. Es importante saber por dónde va el mal espíritu para ayudarnos en el discernimiento. No se trata de salir a cazar demonios, sino simplemente de lucidez y astucia evangélica. Menciono solo algunas actitudes que configuran una Iglesia «tentada». Se trata de conocer ciertas propuestas actuales que pueden mimetizarse en la dinámica del discipulado misionero y detener, hasta hacer fracasar, el proceso de Conversión Pastoral (...).

El discipulado misionero es vocación: llamada e invitación. Se da en un «hoy» pero «en tensión». No existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo, su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo o se refiere al pueblo a quien se debe anunciar. Sujeto que se trasciende. Sujeto proyectado hacia el encuentro: el encuentro con el Maestro (que nos unge discípulos) y el encuentro con los hombres que esperan el anuncio.

Discurso, 28 de julio de 2013

30 de agosto

Hechizo divino

Solo la belleza de Dios puede atraer. El camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro. Hablamos de la misión, de Iglesia misionera. Pienso en los pescadores que llaman a sus vecinos para que vean el misterio de la Virgen. Sin la sencillez de su actitud, nuestra misión está condenada al fracaso.

Discurso, 27 de julio de 2013

31 de agosto

Todos dentro

Que todos trabajemos por esa palabra que hoy día no gusta: solidaridad. Es una palabra que tratan de dejarla de lado, siempre, porque es molesta y, sin embargo, es una palabra que refleja los valores humanos y cristianos que hoy se nos piden para ir contra –como repitió el padre recientemente– la cultura del descarte, todo es descartable. Una cultura que siempre deja fuera a la gente: deja fuera a los niños, deja fuera a los jóvenes, deja fuera a los ancianos, deja fuera a los que no sirven, a los que no producen, y eso no puede ser. En cambio, la solidaridad pone a todos adentro. Deben seguir trabajando por esta cultura de la solidaridad y por el Evangelio.

*Entrevista en Radio Catedral,
27 de julio de 2013*

Septiembre

1 de septiembre

Pastores y no funcionarios

«¿Cómo estamos tratando al pueblo de Dios? Yo sueño con una Iglesia madre y pastora. Los ministros de la Iglesia tienen que ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro. Dios es más grande que el pecado. Las reformas organizativas y estructurales son secundarias, es decir, vienen después. La primera reforma debe ser la de las actitudes. Los ministros del Evangelio deben ser personas capaces de caldear el corazón de las personas, de caminar con ellas en la noche, de saber dialogar e incluso descender a su noche y su oscuridad sin perderse. El pueblo de Dios necesita pastores y no funcionarios clérigos de despacho. Los obispos, especialmente, han de ser hombres capaces de apoyar con paciencia los pasos de Dios en su pueblo, de modo que nadie quede atrás, así como de acompañar al rebaño, con su olfato para encontrar veredas nuevas».

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

2 de septiembre

Sin talega, ni alforja ni sandalias

Jesús manda a los suyos sin «talega, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10,4). La difusión del Evangelio no está asegurada ni por el número de personas, ni por el prestigio de la institución, ni por la cantidad de recursos disponibles. Lo que cuenta es estar imbuidos del amor de Cristo, dejarse conducir por el Espíritu Santo, e injertar la propia vida en el árbol de la vida, que es la cruz del Señor.

Homilía, 7 de julio de 2013

3 de septiembre

Como a los discípulos de Emaús

Las enseñanzas de la Iglesia, sean dogmáticas o morales, no son todas equivalentes. Una pastoral misionera no se obsesiona por transmitir de modo desestructurado un conjunto de doctrinas para imponerlas insistentemente. El anuncio misionero se concentra en lo esencial, en lo necesario, que, por otra parte es lo que más apasiona y atrae, es lo que hace arder el corazón, como a los discípulos de Emaús. Tenemos, por tanto, que encontrar un nuevo equilibrio, porque de otra manera el edificio moral de la Iglesia corre peligro de caer como un castillo de naipes, de perder la frescura y el perfume del Evangelio. La propuesta evangélica debe ser más sencilla, más profunda e irradiante. Solo de esta propuesta surgen luego las consecuencias morales.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

4 de septiembre

La Iglesia es una buena madre

El Salmo nos dice: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 132,1). (...) Acoger con magnanimidad. Que vuestro corazón sea tan grande como para saber acoger a todos los hombres y las mujeres que encontraréis a lo largo de vuestras jornadas y que iréis a buscar cuando os pongáis en camino en vuestras parroquias y en cada comunidad. Desde ahora preguntaos: los que llamen a la puerta de mi casa, ¿cómo la encontrarán? Si la encuentran abierta, a través de vuestra bondad, vuestra disponibilidad, experimentarán la paternidad de Dios y comprenderán cómo la Iglesia es una buena madre que siempre acoge y ama.

Discurso, 19 de septiembre de 2013

5 de septiembre

Nuestro compromiso

El «permanecer» con Cristo no significa aislarse, sino un permanecer para ir al encuentro de los otros. Quiero recordar algunas palabras de la beata Madre Teresa de Calcuta. Dice así: «Debemos estar muy orgullosos de nuestra vocación, que nos da la oportunidad de servir a Cristo en los pobres. Nuestro compromiso de pastores es ayudarles a que arda en su corazón el deseo de ser discípulos misioneros de Jesús. Ciertamente, muchos podrían sentirse un poco asustados ante esta invitación, pensando que ser misioneros significa necesariamente abandonar el país, la familia y los amigos. Dios quiere que seamos misioneros. ¿Dónde estamos? Donde Él nos pone: en nuestra Patria, o donde Él nos ponga.

Homilía, 27 de julio de 2013

6 de septiembre

Ponerse en marcha

Quien se casa dice en el Sacramento: «Prometo serte siempre fiel, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida». Los esposos en ese momento no saben lo que sucederá, no saben la prosperidad o adversidad que les espera. Se ponen en marcha, como Abrahán; se ponen en camino juntos. ¡Y esto es el matrimonio! Ponerse en marcha, caminar juntos, mano con mano, confiando en la gran mano del Señor. ¡Mano con mano, siempre y para toda la vida! Y sin dejarse llevar por esta cultura de la provisionalidad, que nos hace trizas la vida. Con esta confianza en la fidelidad de Dios se afronta todo, sin miedo, con responsabilidad.

Los esposos cristianos no son ingenuos, conocen los problemas y peligros de la vida. Pero no tienen miedo a asumir su responsabilidad, ante Dios y ante la sociedad. Sin huir, sin aislarse, sin renunciar a la misión de formar una familia y traer al mundo hijos.

Discurso, 26 de octubre de 2013

7 de septiembre

La dinámica de la esperanza

Quien desempeña un papel de guía, aquel a quien la vida ha ungido como guía, ha de tener objetivos concretos y buscar los medios específicos para alcanzarlos, pero también puede existir el peligro de la desilusión, la amargura, la indiferencia, cuando las expectativas no se cumplen.

Aquí apelo a la dinámica de la esperanza que nos impulsa a ir siempre más allá, a emplear todas las energías y capacidades en favor de las personas para las que se trabaja, aceptando los resultados y creando condiciones para descubrir nuevos caminos, entregándose incluso sin ver los resultados, pero manteniendo viva la esperanza, con esa constancia y coraje que nacen de la aceptación de la propia vocación de guía y de dirigente.

Discurso, 27 de julio de 2013

8 de septiembre

Una teología profunda de la mujer

Es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia. Temo la solución del «machismo con faldas», porque la mujer tiene una estructura diferente del varón. Pero los discursos que oigo sobre el rol de la mujer a menudo se inspiran en una ideología machista. Las mujeres están formulando cuestiones profundas que debemos afrontar. La Iglesia no puede ser ella misma sin la mujer y el papel que esta desempeña. La mujer es imprescindible para la Iglesia. María, una mujer, es más importante que los obispos. Digo esto porque no hay que confundir la función con la dignidad. Es preciso, por tanto, profundizar más en la figura de la mujer en la Iglesia. Hay que trabajar más hasta elaborar una teología profunda de la mujer.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

9 de septiembre

Sed siempre cristianos

¿Soy un cristiano a ratos o soy siempre cristiano? La cultura de lo provisional, de lo relativo, entra también en la vida de fe. Dios nos pide que le seamos fieles cada día, en las cosas ordinarias, y añade que, a pesar de que a veces no somos fieles, él siempre es fiel y con su misericordia no se cansa de tendernos la mano para levantarnos, para animarnos a retomar el camino, a volver a él y confesarle nuestra debilidad para que él nos dé su fuerza. Y este es el camino definitivo: siempre con el Señor, también en nuestras debilidades, también en nuestros pecados. No ir jamás por el camino de lo provisional. Esto nos mata. La fe es fidelidad definitiva.

Homilía, 13 de octubre de 2013

10 de septiembre

La fecundidad de nuestro servicio

La «vida en Cristo» garantiza nuestra eficacia apostólica y la fecundidad de nuestro servicio: «Soy yo el que os elegí a vosotros, y os destiné para que vayáis y deis fruto, y ese fruto sea verdadero» (Jn 15,16). No es la creatividad, por más pastoral que sea, no son los encuentros o las planificaciones los que aseguran los frutos, si bien ayudan y mucho, sino lo que asegura el fruto es ser fieles a Jesús, que nos dice con insistencia: «Permaneced en mí, como yo permanezco en vosotros» (Jn 15,4). Y sabemos muy bien lo que eso significa: contemplarlo, adorarlo y abrazarlo en nuestro encuentro cotidiano con él en la Eucaristía, en nuestra vida de oración, en nuestros momentos de adoración, y también reconocerlo presente y abrazarlo en las personas más necesitadas. El «permanecer» con Cristo no significa aislarse, sino un permanecer para ir al encuentro de los otros.

Homilía, 27 de julio de 2013

11 de septiembre

Por el camino de la caridad

Jesús es el camino, y un camino sirve para caminar, para recorrerlo. (...) Deseo alentaros a seguir por este camino, a ir adelante juntos, buscando conservar ante todo la caridad entre vosotros. Esto es muy importante. No podemos seguir a Jesús por el camino de la caridad si no nos queremos antes que nada entre nosotros, si no nos esforzamos en colaborar, en comprendernos recíprocamente y en perdonarnos, reconociendo cada uno sus propias limitaciones y sus propios errores. Debemos hacer las obras de misericordia, pero con misericordia. Con el corazón ahí. Las obras de caridad con caridad, con ternura, y siempre con humildad. ¿Sabéis? A veces se encuentra también la arrogancia en el servicio a los pobres. Estoy seguro de que vosotros lo habéis visto. Esa arrogancia en el servicio a los que necesitan de nuestro servicio. Algunos presumen, se llenan la boca con los pobres; algunos instrumentalizan a los pobres por intereses personales o del propio grupo. Lo sé, esto es humano, pero no va bien. No es de Jesús, esto. Y digo más: esto es pecado.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

12 de septiembre

***Vivir la fe no es decorar la vida
con un poco de religión***

Pero la palabra de Dios contiene también una palabra de Jesús que nos pone en crisis, (...) Jesús dice a los discípulos: «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división» (Lc 12,51). ¿Qué significa esto? Significa que la fe no es una cosa decorativa, ornamental; vivir la fe no es decorar la vida con un poco de religión, como si fuese un pastel que se lo decora con nata. No, la fe no es esto. La fe comporta elegir a Dios como criterio base de la vida, y Dios no es vacío, Dios no es neutro, Dios es siempre positivo, Dios es amor, y el amor es positivo. Después de que Jesús vino al mundo no se puede actuar como si no conociéramos a Dios. Como si fuese una cosa abstracta, vacía, de referencia puramente nominal; no, Dios tiene un rostro concreto, tiene un nombre: Dios es misericordia, Dios es fidelidad, es vida que se dona a todos nosotros. Por esto Jesús dice: he venido a traer división; no es que Jesús quiera dividir a los hombres entre sí, al contrario: Jesús es nuestra paz, nuestra reconciliación. Pero esta paz no es la paz de los sepulcros, no es neutralidad, Jesús no trae neutralidad, esta paz no es una componenda a cualquier precio. Seguir a Jesús comporta renunciar al mal, al egoísmo y elegir el bien, la verdad, la justicia, incluso cuando esto requiere sacrificio y renuncia a los propios intereses.

Ángelus, 18 de agosto de 2013

13 de septiembre

A las puertas del misterio

La Iglesia ha de recordar siempre que no puede alejarse de la sencillez, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio.

Discurso, 27 de julio de 2013

14 de septiembre

María nos acompaña

El pasaje del Apocalipsis presenta la visión de la lucha entre la mujer y el dragón. La figura de la mujer, que representa a la Iglesia, aparece por una parte gloriosa, triunfante, y por otra con dolores. Así es en efecto la Iglesia: si en el cielo ya participa de la gloria de su Señor, en la historia vive continuamente las pruebas y desafíos que comporta el conflicto entre Dios y el maligno, el enemigo de siempre. En esta lucha que los discípulos de Jesús han de sostener –todos nosotros, todos los discípulos de Jesús debemos sostener esta lucha–, María no les deja solos; la Madre de Cristo y de la Iglesia está siempre con nosotros. Siempre camina con nosotros, está con nosotros. También María participa, en cierto sentido, de esta doble condición. Ella, naturalmente, ha entrado definitivamente en la gloria del cielo. Pero esto no significa que esté lejos, que se separe de nosotros; María, por el contrario, nos acompaña, lucha con nosotros, sostiene a los cristianos en el combate contra las fuerzas del mal.

Homilía, 15 de agosto de 2013

15 de septiembre

Un don para custodiar

Una sociedad abierta a la esperanza no se cierra en sí misma, en la defensa de los intereses de pocos, sino que mira adelante en la perspectiva del bien común. Y ello requiere de parte de todos un fuerte sentido de responsabilidad. No hay esperanza social sin un trabajo digno para todos. Por esto hay que «buscar como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos, o que lo mantengan» (BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 32). He dicho trabajo «digno» y lo subrayo, porque lamentablemente, especialmente cuando hay crisis y la necesidad es fuerte, aumenta el trabajo inhumano, el trabajo-esclavo, el trabajo sin la seguridad justa, o bien sin el respeto a la creación, o sin respeto al descanso, a la fiesta y a la familia, trabajar el domingo cuando no es necesario. El trabajo debe conjugarse con la custodia de la creación, para que esta sea preservada con responsabilidad para las generaciones futuras. La creación no es mercadería para explotar, sino don para custodiar.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

16 de septiembre

El mensaje de la vida verdadera

Hablar de responsabilidad, de una visión respetuosa de los acontecimientos que se quieren relatar, significa tener también la conciencia de que la selección, la organización, la emisión y la distribución de los contenidos requiere una atención particular porque usan instrumentos que no son ni neutros ni transparentes. Es importante recordar que la Iglesia está presente en el mundo de la comunicación, en todas sus variadas expresiones, sobre todo para llevar a las personas al encuentro con el Señor Jesús. Es solo el encuentro con Jesús, de hecho, lo que puede transformar el corazón y la historia del hombre. Os doy las gracias y os aliento a proceder con parresia en vuestro testimonio del Evangelio, dialogando con un mundo que necesita ser escuchado, ser comprendido, pero también recibir el mensaje de la vida verdadera.

Mensaje, 18 de octubre de 2013

17 de septiembre

Un corazón inquieto

«Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones*, I, 1, 1). Con estas palabras, que se han hecho célebres, san Agustín se dirige a Dios en las *Confesiones*, y en estas palabras está la síntesis de toda su vida. «Inquietud». (...) Desearía decir a quien se siente indiferente hacia Dios, hacia la fe, a quien está lejos de Dios o le ha abandonado, también a nosotros, con nuestros «alejamientos» y nuestros «abandonos» respecto a Dios, pequeños, tal vez, pero hay muchos en la vida cotidiana: mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo, y pregúntate: ¿tienes un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o lo has dejado sofocar por las cosas, que acaban por atrofiarlo? Dios te espera, te busca.

Homilía, 28 de agosto de 2013

18 de septiembre

En buena tierra

Jesús nos dice que las simientes que cayeron al borde del camino, o entre las piedras y en medio de espinas, no dieron fruto. Creo que con honestidad podemos hacernos la pregunta: ¿Qué clase de terreno somos, qué clase de terreno queremos ser? Quizás a veces somos como el camino: escuchamos al Señor, pero no cambia nada en nuestra vida, porque nos dejamos atontar por tantos reclamos superficiales que escuchamos. (...) ¿Tengo valor o soy cobarde? O somos como el terreno espinoso: las cosas, las pasiones negativas sofocan en nosotros las palabras del Señor (cf Mt 13,18-22). ¿Tengo en mi corazón la costumbre de jugar a dos bandas, y quedar bien con Dios y quedar bien con el diablo? ¿Querer recibir la semilla de Jesús y a la vez regar las espinas y los yuyos que nacen en mi corazón? Cada uno en silencio se contesta. Hoy, sin embargo, yo estoy seguro de que la simiente puede caer en buena tierra.

Discurso, 27 de julio de 2013

19 de septiembre

Sed astutos

Cuando uno escucha lo que dice Jesús: Mirad, «yo os envío como ovejas en medio de lobos», dan ganas de preguntarle: «Señor, ¿estás bromeando, o no tienes otro lugar mejor donde mandarnos? Porque es un poco escalofriante lo que dice Jesús: «si vosotros lleváis mi mensaje adelante, os van a perseguir, os van a calumniar, os van a meter trampas para entregaros a los tribunales y que os maten. Pero vosotros seguid adelante, por eso cuidaros, nos dice Jesús, y sed astutos, sed vivos como la serpiente pero muy sencillos como las palomas», juntad las dos cosas. El cristiano no se puede dar el lujo de ser salame, está claro, de ser tonto, no nos podemos dar ese lujo, porque llevamos un mensaje muy lindo de vida y no nos es permitido ser tontos, por eso Jesús dice: «Sed astutos, cuidaos». ¿En qué consiste la astucia del cristiano? En saber distinguir quién es lobo y quién es oveja. Y cuando en este carnaval de la vida se nos disfraza un lobo de oveja, también saber olfatearlo, «mira, tendrás piel de oveja pero el olor que tienes es de lobo» y esto, este envío que nos da Jesús es para algo muy importante, es para algo muy grande.

Homilía, 31 de agosto de 2005

20 de septiembre

Hasta el fondo del alma

El apóstol Pablo, escribiendo a los corintios, insiste en que ser cristianos significa creer que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos. Toda nuestra fe se basa en esta verdad fundamental, que no es una idea sino un acontecimiento. También el misterio de la Asunción de María en cuerpo y alma se inscribe completamente en la resurrección de Cristo. La humanidad de la Madre ha sido «atraída» por el Hijo en su paso a través de la muerte. Jesús entró definitivamente en la vida eterna con toda su humanidad, la que había tomado de María; así ella, la Madre, que lo ha seguido fielmente durante toda su vida, lo ha seguido con el corazón, ha entrado con él en la vida eterna, que llamamos también cielo, paraíso, casa del Padre. María ha conocido también el martirio de la cruz: el martirio de su corazón, el martirio del alma. Ha sufrido mucho en su corazón, mientras Jesús sufría en la cruz. Ha vivido la pasión del Hijo hasta el fondo del alma. Ha estado completamente unida a él en la muerte, y por eso ha recibido el don de la resurrección. Cristo es la primicia de los resucitados, y María es la primicia de los redimidos, la primera de «aquellos que son de Cristo».

Homilía, 15 de agosto de 2013

21 de septiembre

60 años de Jesús en mi corazón

Queridos jóvenes no dudéis en entregar vuestra propia vida para testimoniar el Evangelio con alegría, especialmente a vuestros coetáneos. (...) Hace poco cumplí el sexagésimo aniversario del día en que sentí la voz de Jesús en mi corazón. Pero esto lo digo no para que hagáis un pastel, aquí, no, no lo digo por eso. Pero es un recuerdo: sesenta años desde aquel día. No lo olvido nunca. El Señor me hizo sentir con fuerza que debía ir por ese camino. Tenía diecisiete años.

Pasaron algunos años antes de que esta decisión, esta invitación, llegase a ser concreta y definitiva. Después pasaron muchos años con algunos acontecimientos, de alegría, pero muchos años de fracasos, de fragilidad, de pecado... sesenta años por el camino del Señor, siguiéndole a Él, junto a Él, siempre con Él. Solo os digo esto: ¡no me he arrepentido! ¡No me he arrepentido! ¿Por qué? ¿Porque me siento Tarzán y soy fuerte para seguir adelante? No, no me he arrepentido porque siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me fié de Él, y Él no me ha dejado solo. Fiaos de Jesús: Él siempre va adelante, Él va con nosotros. Pero, escuchad, Él no desilusiona nunca. Él es fiel, es un compañero fiel. Pensad, este es mi testimonio: estoy feliz por estos sesenta años con el Señor. Una cosa más: seguid adelante.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

22 de septiembre

Puro don

«Os he llamado amigos» (Jn 15,15). (...) Y esta amistad que os ofrece Jesús, que nos trae la misericordia, el amor de Dios, es «gratuidad», puro don. Él no os pide nada a cambio, os pide solo acogerla. Jesús quiere amaros por lo que sois, también en vuestra fragilidad y debilidad, para que, tocados por su amor, podáis ser renovados. El encuentro con el amor de Dios en la amistad de Cristo es posible sobre todo en los sacramentos, en particular la Eucaristía y la Reconciliación. En la santa misa nosotros celebramos el memorial del sacrificio del Señor, su entrega total por nuestra salvación: también hoy Él dona realmente su cuerpo por nosotros y derrama su sangre para redimir los pecados de la humanidad y hacernos entrar en comunión con Él. En la Penitencia, Jesús nos acoge con todas nuestras limitaciones, nos trae la misericordia del Padre que nos perdona, y transforma nuestro corazón, convirtiéndolo en un corazón nuevo, capaz de amar como Él, que amó a los suyos hasta el extremo (cf Jn 13,1). Y este amor se manifiesta en su misericordia. Jesús siempre nos perdona.

Mensaje, 21 de junio de 2013

23 de septiembre

«Señor, ¿a quién iremos?»

«Señor, ¿a quién iremos?». Con esta pregunta, ante la incompreensión de muchos oyentes de Cristo, que querrían aprovecharse de forma egoísta de Él, san Pedro se hace portavoz de los seguidores fieles. Los discípulos no se detienen en la complacencia mundana de aquellos que se han saciado (cf Jn 6,26) y que, sin embargo, se afanan por el alimento que no dura (cf Jn 6,27). Pedro, ciertamente, también conoce el hambre; durante mucho tiempo no había encontrado el alimento que pudiera saciarle. Después entró en relación con el hombre de Nazaret. Le siguió. Ahora él conoce a su Maestro no solo porque oyó hablar de Él. En las relaciones cotidianas con Él fue creciendo una confianza sin reservas. Esta es la fe en Jesús; y no sin razón Pedro espera del Señor la deseada vida en abundancia (cf Jn 10,10). (...) «Señor, ¿a quién iremos?».

Esta pregunta la plantean, en definitiva, algunos contemporáneos, que –lúcidamente o con una idea todavía oscura– van en busca del Padre de Jesucristo. A ellos el Redentor les quiere salir al encuentro a través de nosotros, quienes, gracias al bautismo, llegamos a ser sus hermanos y hermanas, y que, en la Eucaristía, recibimos la fuerza para llevar junto a Él su misión de salvación.

Mensaje, 21 de junio de 2013

24 de septiembre

Lenguajes y las formas de la comunicación

Nosotros vivimos en un mundo en el que prácticamente no existe casi nada que no tenga relación con el universo de los medios de comunicación. Instrumentos cada vez más sofisticados refuerzan el papel cada vez más penetrante que juegan las tecnologías, los lenguajes y las formas de la comunicación en el desenvolvimiento de nuestra vida cotidiana, y esto no solo en el mundo juvenil. Como recordaba después de mi elección como Obispo de Roma, (...) «el papel de los medios de comunicación ha ido creciendo cada vez más en los últimos tiempos, tanto que se ha hecho imprescindible para relatar al mundo los acontecimientos de la historia contemporánea».

Mensaje, 18 de octubre de 2013

25 de septiembre

Educación en la esperanza

[Los evangelios, una vez muerto Jesús, nos dicen que] la mayoría [de los apóstoles] estaban tristes, encerrados por miedo al ataque de los mismos que habían matado a Jesús, por miedo que les pasara a ellos lo que le había pasado al Señor. Tenían miedo, dice el evangelio. Tenían las puertas cerradas y entre ellos conversaban: «Qué pena que se murió»... «No, fíjate que unas mujeres fueron a la mañana y lo vieron»... o «vieron unos ángeles»... Y el comentario era confuso: «Están mal de la cabeza», «vieron visiones», «no es verdad» y así se iban enredando en ese microclima de miedo, susto, frustración y desesperanza. Los apóstoles, esa tarde, constituyeron la primera comunidad de cristianos sin esperanza hasta que aparece el Señor y con su presencia disipa todo ese mundillo de dudas, miedos y habladurías, y pone las cosas en su sitio. Esto me plantea una pregunta: ¿Estamos educando en la esperanza? ¿Estamos educando para la esperanza? O, ¿repetimos el microclima de esa mañana, de esa tarde dentro de la casa donde estaban los discípulos? ¿Sabemos educar en esperanza?

Homilía, 14 de abril de 2010

26 de septiembre

Nadie es mejor que el otro

Sentimos de modo fuerte y concreto que somos todos hermanos. Aquí el único Padre es el Padre nuestro celestial, y el único Maestro es Jesucristo. Entonces lo primero que quería compartir con vosotros es precisamente esta alegría de tener a Jesús como Maestro, como modelo de vida. Miremos hacia Él. Esto nos da mucha fuerza, mucha consolación en nuestras fragilidades, en nuestras miserias y en nuestras dificultades. Todos nosotros tenemos dificultades, todos. Todos nosotros que estamos aquí tenemos dificultades. Todos nosotros que estamos aquí –todos– tenemos miserias y todos nosotros que estamos aquí tenemos fragilidades. Nadie aquí es mejor que el otro. Todos somos iguales ante el Padre, todos.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

27 de septiembre

Con la desilusión en el corazón

Hay aún los que reconocen el ideal del hombre y de la vida propuesto por la Iglesia, pero no se atreven a abrazarlo. Piensan que el ideal es demasiado grande para ellos, está fuera de sus posibilidades, la meta a perseguir es inalcanzable. Sin embargo, no pueden vivir sin tener al menos algo, aunque sea una caricatura, de eso que les parece demasiado alto y lejano. Con la desilusión en el corazón, van en busca de algo que les ilusione de nuevo o se resignan a una adhesión parcial, que en definitiva no alcanza a dar plenitud a sus vidas. La sensación de abandono y soledad, de no pertenecerse ni siquiera a sí mismos, que surge a menudo en esta situación, es demasiado dolorosa para acallarla. Hace falta un desahogo y, entonces, queda la vía del lamento. Pero incluso el lamento se convierte a su vez en un bumerán que vuelve y termina por aumentar la infelicidad. Hay pocos que todavía saben escuchar el dolor; al menos, hay que anestesiarlo. Ante este panorama hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía.

Discurso, 27 de julio de 2013

28 de septiembre

Leer la realidad en clave espiritual

Si no es algo sencillo contar los eventos de la historia, aún más complejo es relatar los acontecimientos ligados a la Iglesia, la cual es «signo e instrumento de la íntima unión con Dios», es cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, templo del Espíritu Santo. Ello requiere una responsabilidad particular, una fuerte capacidad de leer la realidad en clave espiritual. En efecto, los eventos de la Iglesia «tienen una característica de fondo peculiar: responden a una lógica que no es principalmente la de las categorías, por así decirlo, mundanas, y precisamente por esto no son fáciles de interpretar y comunicar a un público amplio y diversificado».

Mensaje, 18 de octubre de 2013

29 de septiembre

Sentirse Iglesia

La Iglesia es una sola para todos. (...) Preguntémonos todos: yo, como católico, ¿siento esta unidad? Yo, como católico, ¿vivo esta unidad de la Iglesia? ¿O bien no me interesa, porque estoy cerrado en mi pequeño grupo o en mí mismo? ¿Soy de los que «privatizan» la Iglesia para el propio grupo, la propia nación, los propios amigos? Es triste encontrar una Iglesia «privatizada» por este egoísmo y esta falta de fe. ¡Es triste! Cuando oigo que muchos cristianos en el mundo sufren, ¿soy indiferente o es como si sufriera uno de la familia? Cuando pienso u oigo decir que muchos cristianos son perseguidos y dan hasta la vida por la propia fe, ¿esto toca mi corazón o no me llega? ¿Estoy abierto a ese hermano o a esa hermana de la familia que está dando la vida por Jesucristo? ¿Oramos los unos por los otros? (...). Es importante mirar fuera del propio recinto, sentirse Iglesia, única familia de Dios.

Audiencia, 25 de septiembre de 2013

30 de septiembre

La verdadera alegría

La verdadera alegría que se disfruta en familia no es algo superficial, no viene de las cosas, de las circunstancias favorables... la verdadera alegría viene de la armonía profunda entre las personas, que todos experimentan en su corazón y que nos hace sentir la belleza de estar juntos, de sostenerse mutuamente en el camino de la vida. En el fondo de este sentimiento de alegría profunda está la presencia de Dios, la presencia de Dios en la familia, está su amor acogedor, misericordioso, respetuoso hacia todos. Y sobre todo, un amor paciente: la paciencia es una virtud de Dios y nos enseña, en familia, a tener este amor paciente, el uno por el otro. Tener paciencia entre nosotros. Amor paciente. Solo Dios sabe crear la armonía de las diferencias. Si falta el amor de Dios, también la familia pierde la armonía, prevalecen los individualismos, y se apaga la alegría. Por el contrario, la familia que vive la alegría de la fe la comunica espontáneamente, es sal de la tierra y luz del mundo, es levadura para toda la sociedad.

Homilía, 27 de octubre de 2013

Octubre

1 de octubre

Rezar el uno por el otro

Todas las familias tenemos necesidad de Dios: todos, todos. Necesidad de su ayuda, de su fuerza, de su bendición, de su misericordia, de su perdón. Y se requiere sencillez. Para rezar en familia se necesita sencillez. Rezar juntos el «Padrenuestro», alrededor de la mesa, no es algo extraordinario: es fácil. Y rezar juntos el Rosario, en familia, es muy bello, da mucha fuerza. Y rezar también el uno por el otro: el marido por la esposa, la esposa por el marido, los dos por los hijos, los hijos por los padres, por los abuelos... Rezar el uno por el otro. Esto es rezar en familia, y esto hace fuerte la familia: la oración.

Homilía, 27 de octubre de 2013

2 de octubre

¡No os dejéis robar la esperanza!

Para defender este sistema económico idolátrico se instaura la «cultura del descarte»: se descarta a los abuelos y se descarta a los jóvenes. Y nosotros debemos decir «no» a esta «cultura del descarte». Debemos decir: «¡Queremos un sistema justo!, un sistema que nos haga salir a todos adelante». Debemos decir: «Nosotros no queremos este sistema económico globalizado, que nos daña tanto». En el centro debe estar el hombre y la mujer, como Dios quiere, y no el dinero.

Yo había escrito algunas cosas para vosotros, pero viéndoos me han salido estas palabras. Pero he preferido deciros lo que me sale del corazón contemplándoos en este momento. Mirad, es fácil decir que no perdáis la esperanza. Pero a todos, a todos vosotros, a quienes tenéis trabajo y a quienes no tenéis trabajo, digo: «¡No os dejéis robar la esperanza! ¡No os dejéis robar la esperanza!». Tal vez la esperanza es como las brasas bajo las cenizas; ayudémonos con la solidaridad, soplando en las cenizas, para que el fuego salga otra vez.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

3 de octubre

La inquietud del amor

He aquí, entonces, la inquietud del amor: buscar siempre, sin descanso, el bien del otro, de la persona amada, con esa intensidad que lleva incluso a las lágrimas. Me vienen a la mente: Jesús que llora ante el sepulcro del amigo Lázaro; Pedro que, tras haber negado a Jesús, encuentra la mirada rica de misericordia y de amor y llora amargamente; el padre que espera en la terraza el regreso del hijo y cuando aún está lejos corre a su encuentro. (...) ¿Cómo estamos con la inquietud del amor? ¿Creemos en el amor a Dios y a los demás? ¿O somos nominalistas en esto? No de modo abstracto, no solo las palabras, sino el hermano concreto que encontramos, ¡el hermano que tenemos al lado! ¿Nos dejamos inquietar por sus necesidades o nos quedamos encerrados en nosotros mismos, en nuestras comunidades, que muchas veces es para nosotros «comunidad-comodidad»?

A veces se puede vivir en una vecindad sin conocer a quien tenemos al lado; o bien se puede estar en comunidad sin conocer verdaderamente al propio hermano: con dolor pienso en los consagrados que no son fecundos, que son «solterones». La inquietud del amor impulsa siempre a salir al encuentro del otro, sin esperar que sea el otro quien manifieste su necesidad.

Homilía, 28 de agosto de 2013

4 de octubre

«Repara mi casa»

Me viene a la mente la historia de san Francisco de Asís. Ante el crucifijo oye la voz de Jesús, que le dice: «Ve, Francisco, y repara mi casa». Y el joven Francisco responde con prontitud y generosidad a esta llamada del Señor: repara mi casa. Pero, ¿qué casa? Poco a poco se da cuenta de que no se trataba de hacer de albañil para reparar un edificio de piedra, sino de dar su contribución a la vida de la Iglesia; se trataba de ponerse al servicio de la Iglesia, amándola y trabajando para que en ella se reflejara cada vez más el rostro de Cristo.

Discurso, 27 de julio de 2013

5 de octubre

Saber acoger

Es importante saber acoger; es todavía más bello que cualquier adorno. Digo esto porque, cuando somos generosos en acoger a una persona y compartimos algo con ella – algo de comer, un lugar en nuestra casa, nuestro tiempo– no nos hacemos más pobres, sino que nos enriquecemos.

Discurso, 25 de julio de 2013

6 de octubre

Un desafío

Hacer Iglesia, caminando. Un desafío. Se trata de hacer descubrir, también a través de los medios de comunicación social, además de en el encuentro personal, la belleza de todo lo que constituye el fundamento de nuestro camino y de nuestra vida, la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación es necesario que la Iglesia consiga llevar calor, que enardezca los corazones (...).

El gran continente digital no es simplemente tecnología, sino que está formado por hombres y mujeres que llevan consigo lo que tienen dentro, sus experiencias, sus sufrimientos, sus anhelos, la búsqueda de la verdad, de la belleza, de la bondad. Es necesario saber indicar y llevar a Cristo, compartiendo estas alegrías y esperanzas, como María que llevó a Cristo al corazón del hombre; es necesario saber entrar en la niebla de la indiferencia sin perderse; es necesario bajar también a la noche más oscura sin verse dominados por la oscuridad y perderse; es necesario escuchar las ilusiones de muchos, sin dejarse seducir; es necesario acoger las desilusiones, sin caer en la amargura; palpar la desintegración ajena, sin dejarse disolver o descomponer en la propia identidad (cf *Discurso al episcopado de Brasil*, 27 julio 2013, 4). Este es el camino. Este es el desafío.

Discurso, 21 de septiembre de 2013

7 de octubre

Jesús vino a traer la vida

Jesús no vino a traer muerte, más aún, la muerte del odio, la muerte de las peleas, la muerte de la calumnia, ese matar con la lengua. Jesús no vino a traer muerte, la muerte la sufrió Él por defender la vida, Jesús vino a traer vida y esa vida abundante, y nos envía llevando esa vida pero nos dice: «¡Cuidado!», que hay gente que tiene lo que hoy escuchamos, no está en el Evangelio, la cultura de la muerte. Es decir que la vida le interesa tanto cuanto sirva, tanto cuanto le puede dar una utilidad y si no, no interesa. Y en todo el mundo, prendido está este yuyo de la cultura de la muerte.

Homilía, 31 de agosto 2005

8 de octubre

El diálogo en el pueblo

Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad.

Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación, cuando dialogan. Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin una incisiva contribución de energías morales en una democracia que se quede encerrada en la pura lógica o en el mero equilibrio de la representación de intereses establecidos. Considero también fundamental en este diálogo, la contribución de las grandes tradiciones religiosas, que desempeñan un papel fecundo de fermento en la vida social y de animación de la democracia.

La convivencia pacífica entre las diferentes religiones se ve beneficiada por la laicidad del Estado, que, sin asumir como propia ninguna posición confesional, respeta y valora la presencia de la dimensión religiosa en la sociedad, favoreciendo sus expresiones más concretas.

Discurso, 27 de julio de 2013

9 de octubre

La santidad de la Iglesia

(Decimos) «Creo en la Iglesia una», añadimos el adjetivo «santa»; o sea, afirmamos la santidad de la Iglesia, y esta es una característica que ha estado presente desde los inicios en la conciencia de los primeros cristianos, quienes se llamaban sencillamente «los santos» (cf He 9,13.32.41; Rom 8,27; 1Cor 6,1), porque tenían la certeza de que es la acción de Dios, el Espíritu Santo quien santifica a la Iglesia. ¿Pero en qué sentido la Iglesia es santa si vemos que la Iglesia histórica, en su camino a lo largo de los siglos, ha tenido tantas dificultades, problemas, momentos oscuros? ¿Cómo puede ser santa una Iglesia formada por seres humanos, por pecadores? (...). La Iglesia, que es santa, no rechaza a los pecadores; no nos rechaza a todos nosotros; no rechaza porque llama a todos, les acoge, está abierta también a los más lejanos, llama a todos a dejarse envolver por la misericordia, por la ternura y por el perdón del Padre, que ofrece a todos la posibilidad de encontrarle, de caminar hacia la santidad.

Audiencia, 2 de octubre de 2013

10 de octubre

Presencia que escucha, dialoga, anima

¿Qué papel tiene que desempeñar la Iglesia con sus medios operativos y comunicativos? En cualquier situación, más allá de la puramente tecnológica, creo que el objetivo ha de ser lograr insertarse en el diálogo con los hombres y mujeres de hoy, lograr insertarse en el diálogo con los hombres y las mujeres de hoy, para comprender sus expectativas, sus dudas, sus esperanzas.

Son hombres y mujeres a veces un poco desilusionados con un cristianismo que les parece estéril, que tiene dificultades precisamente para comunicar incisivamente el sentido profundo que da la fe. En efecto, precisamente hoy, en la era de la globalización, estamos asistiendo a un aumento de la desorientación, de la soledad; vemos difundirse la pérdida del sentido de la vida, la incapacidad para tener una «casa» de referencia, la dificultad para trabar relaciones profundas. Es importante, por eso, saber dialogar, entrando también, aunque no sin discernimiento, en los ambientes creados por las nuevas tecnologías, en las redes sociales, para hacer visible una presencia, una presencia que escucha, dialoga, anima.

Discurso, 21 de septiembre de 2013

11 de octubre

El tesoro que todos buscan

Hay que volver a tomar en consideración la sacralidad del hombre y al mismo tiempo decir con fuerza que es solo en la relación con Dios, es decir, en el descubrimiento y en la adhesión a la propia vocación, donde el hombre puede alcanzar su verdadera estatura. La Iglesia, a la que Cristo confió su palabra y sus sacramentos, custodia la mayor esperanza, la posibilidad más auténtica de realización para el hombre, en todas las latitudes y en todos los tiempos. ¡Qué gran responsabilidad tenemos! (...). No solo a las iglesias y a las parroquias, por tanto, sino a todos los ambientes, llevemos el perfume del amor de Cristo (cf 2Cor 2,15).

A las escuelas, a las universidades, a los lugares de trabajo, a los hospitales, a las cárceles; pero también a las plazas, a las calles, a los centros deportivos y a los locales donde la gente se encuentra. ¡No seamos avaros al donar lo que nosotros mismos hemos recibido sin mérito alguno! No debemos tener miedo de anunciar a Cristo tanto en las ocasiones oportunas como en las inoportunas (cf 2Tim 4,2), con respeto y con franqueza.

Mensaje, 19 de agosto de 2013

12 de octubre

Acostumbrados a la crónica negra de cada día

Como sociedad poco a poco nos hemos acostumbrado a oír y a ver, a través de los medios de comunicación, la crónica negra de cada día; y lo que aún es peor, también nos acostumbramos a tocarla y a sentirla a nuestro alrededor sin que nos produzca nada o, a lo sumo, un comentario superficial y descomprometido.

La llaga está en la calle, en el barrio, en nuestra casa, sin embargo, como ciegos y sordos convivimos con la violencia que mata, destruye familias y barrios, aviva guerras y conflictos en tantos lugares, y la miramos como una película más.

El sufrimiento de tantos inocentes y pacíficos dejó de afectarnos, el desprecio a los derechos de las personas y de los pueblos, la pobreza y la miseria, el imperio de la corrupción, de la droga asesina, de la prostitución obligada e infantil pasaron a ser moneda corriente, y pagamos sin pedir recibo aunque tarde o temprano se nos va a pasar la factura.

Todas estas realidades, y muchas más, no son mudas, nos gritan a cada uno de nosotros y nos hablan de nuestra limitación, de nuestra debilidad, de nuestro pecado... a pesar de que «nos hayamos acostumbrado».

El acostumbramiento nos dice seductoramente que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así y que sin embargo sobrevivimos. Por el acostumbramiento, dejamos de resistirnos permitiendo que las cosas «sean lo que son», o lo que algunos han decidido que «sean».

Mensaje, 17 de febrero de 2010

13 de octubre

Por ti y por mí

Una vez, le preguntaron a la Madre Teresa qué era lo que había que cambiar en la Iglesia, para empezar: por qué pared de la Iglesia empezamos. «¿Por dónde –dijeron–, Madre, hay que empezar?». «Por ti y por mí», contestó ella. ¡Tenía garra esta mujer! Sabía por dónde había que empezar. Yo también hoy le robo la palabra a la Madre Teresa, y te digo: ¿Empezamos? ¿Por dónde? Por ti y por mí. Cada uno, en silencio otra vez, pregúntese si tengo que empezar por mí, por dónde empiezo. Cada uno que abra su corazón para que Jesús le diga por dónde empiezo.

Discurso, 27 de julio de 2013

14 de octubre

La oración del pobre

El texto del evangelio pone en evidencia dos modos de orar, uno falso –el del fariseo– y el otro auténtico, el del publicano. El fariseo encarna una actitud que no manifiesta la acción de gracias a Dios por sus beneficios y su misericordia, sino más bien la satisfacción de sí. El fariseo se siente justo, se siente en orden, se pavonea de esto y juzga a los demás desde lo alto de su pedestal. El publicano, por el contrario, no utiliza muchas palabras. Su oración es humilde, sobria, imbuida por la conciencia de su propia indignidad, de su propia miseria: este hombre en verdad se reconoce necesitado del perdón de Dios, de la misericordia de Dios. La del publicano es la oración del pobre, es la oración que agrada a Dios que, como dice la primera lectura, «sube hasta las nubes» (Si 35,16), mientras que la del fariseo está marcada por el peso de la vanidad.

Homilía, 27 de octubre de 2013

15 de octubre

Un encuentro con Cristo

Es importante la atención y la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación, para dialogar con el hombre de hoy y llevarlo al encuentro con Cristo, pero el encuentro con Cristo es un encuentro personal. No se puede manipular. En este tiempo tenemos una gran tentación en la Iglesia, que es el «acoso» espiritual: manipular las conciencias; un lavado de cerebro teologal, que al final te lleva a un encuentro con Cristo puramente nominal, no con la persona de Cristo vivo. En el encuentro de una persona con Cristo, entran Cristo y la persona. No lo que quiere el ingeniero espiritual que busca manipular. Este es el desafío. Llevarlo al encuentro con Cristo siendo conscientes, no obstante, de que nosotros somos medios y que el problema de fondo no es la adquisición de sofisticadas tecnologías, aunque sean necesarias para una presencia actual y significativa. Que nos quede siempre claro que creemos en un Dios apasionado por el hombre, que quiere manifestarse mediante nuestros medios, aunque siempre son pobres, porque es Él quien obra, transforma, salva la vida del hombre.

Discurso, 21 de septiembre de 2013

16 de octubre

La cultura del encuentro

Lo que Jesús nos enseña es primero a encontrarnos, y en el encuentro, ayudar. Necesitamos saber encontrarnos. Necesitamos edificar, crear, construir, una cultura del encuentro. Tantos desencuentros, líos en la familia, ¡siempre! Líos en el barrio, líos en el trabajo, líos en todos lados. Y los desencuentros no ayudan. La cultura del encuentro. Salir a encontrarnos. Y el lema dice, encontrarnos con los más necesitados, es decir, con aquellos que necesitan más que yo. Con aquellos que están pasando un mal momento, peor que el que estoy pasando yo. Siempre hay alguien que lo pasa peor, ¿eh? ¡Siempre! Siempre hay alguien. (...) Tu corazón, cuando te encuentres con aquel que más necesita, ¡se va a empezar a agrandar, agrandar, agrandar! Porque el encuentro multiplica la capacidad del amor. El encuentro con otro, agranda el corazón. ¡Anímate!

Mensaje, 7 de agosto de 2013

17 de octubre

Nuestro modelo

Cuando el ángel Gabriel anunció a María que iba a ser la Madre de Jesús, del Salvador, ella, aun sin comprender del todo el significado de aquella llamada, se fió de Dios y respondió: «Aquí está la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Pero, ¿qué hizo inmediatamente después? Después de recibir la gracia de ser la Madre del Verbo encarnado, no se quedó con aquel regalo; se sintió responsable, y marchó, salió de su casa y se fue rápidamente a ayudar a su pariente Isabel, que tenía necesidad de ayuda (cf Lc 1,38-39); realizó un gesto de amor, de caridad y de servicio concreto, llevando a Jesús en su seno. (...) Este es nuestro modelo. La que ha recibido el don más precioso de parte de Dios, como primer gesto de respuesta se pone en camino para servir y llevar a Jesús.

Ángelus, 28 de julio de 2013

18 de octubre

La casa de armonía

«Y vio Dios que era bueno» (Gén 1,12.18.21.25). El relato bíblico de los orígenes del mundo y de la humanidad nos dice que Dios mira la creación, casi como contemplándola, y dice una y otra vez: Es buena. Queridos hermanos y hermanas, esto nos introduce en el corazón de Dios y, desde su interior, recibimos este mensaje. Podemos preguntarnos: ¿Qué significado tienen estas palabras? ¿Qué nos dicen a ti, a mí, a todos nosotros? Nos dicen simplemente que nuestro mundo, en el corazón y en la mente de Dios, es «casa de armonía y de paz» y un lugar en el que todos pueden encontrar su puesto y sentirse «en casa», porque «es bueno». Toda la creación forma un conjunto armonioso, bueno, pero sobre todo los seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios, forman una sola familia, en la que las relaciones están marcadas por una fraternidad real y no solo de palabra: el otro y la otra son el hermano y la hermana que hemos de amar, y la relación con Dios, que es amor, fidelidad, bondad, se refleja en todas las relaciones humanas y confiere armonía a toda la creación.

Homilía, 7 de septiembre de 2013

19 de octubre

Para arrancar y arrasar el mal

Tres palabras: *Id, sin miedo, para servir. Id, sin miedo, para servir.* Siguiendo estas tres palabras experimentaréis que quien evangeliza es evangelizado, quien transmite la alegría de la fe, recibe más alegría. (...) En la primera lectura, cuando Dios envía al profeta Jeremías, le da el poder para «arrancar y arrasar, para destruir y demoler, para reedificar y plantar» (Jer 1,10). También es así para vosotros. Llevar el evangelio es llevar la fuerza de Dios para arrancar y arrasar el mal y la violencia; para destruir y demoler las barreras del egoísmo, la intolerancia y el odio; para edificar un mundo nuevo.

Homilía, 28 de julio de 2013

20 de octubre

El diálogo hace libres

«Yo soy la puerta», afirma Jesús (Jn 10,7): yo soy, por tanto, el portal de acceso a todos los hombres y a todas las cosas. Sin pasar a través de Cristo, sin concentrar en Él la mirada de nuestro corazón y de nuestra mente, no entenderemos nada del misterio del hombre. Y así, casi de forma inadvertida, nos veremos obligados a imitar del mundo nuestros criterios de juicio y de acción, y cada vez que nos acerquemos a nuestros hermanos en humanidad seremos como esos «ladrones y salteadores» de los que habla Jesús en el evangelio (cf Jn 10,8). De hecho, también el mundo, a su modo, está interesado en el hombre. El poder económico, político, mediático, necesita del hombre para perpetuarse e inflarse a sí mismo. Y por eso a menudo trata de manipular a las masas, de inducir deseos, de eliminar lo más precioso que el hombre posee: la relación con Dios. El poder teme a los hombres que están en diálogo con Dios porque eso les hace libres y no asimilables.

Mensaje, 19 de agosto de 2013

21 de octubre

Para el largo viaje

Los cristianos se casan mediante el Sacramento porque saben que lo necesitan. Les hace falta para estar unidos entre sí y para cumplir su misión como padres: «*En la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad*». Así dicen los esposos en el Sacramento y en la celebración de su Matrimonio rezan juntos y con la comunidad. ¿Por qué? ¿Porque así se suele hacer? No. Lo hacen porque tienen necesidad, para el largo viaje que han de hacer juntos: un largo viaje que no es a tramos, ¡dura toda la vida! Y necesitan la ayuda de Jesús, para caminar juntos con confianza, para quererse el uno al otro día a día, y perdonarse cada día. Y esto es importante. Saber perdonarse en las familias, porque todos tenemos defectos, ¡todos! A veces hacemos cosas que no son buenas y hacen daño a los demás. Tener el valor de pedir perdón cuando nos equivocamos en la familia...

Discurso, 26 de octubre de 2013

22 de octubre

Salir, enviados

No podemos quedarnos enclaustrados en la parroquia, en nuestra comunidad, en nuestra institución parroquial o en nuestra institución diocesana, cuando tantas personas están esperando el Evangelio. Salir, enviados. No es un simple abrir la puerta para que vengan, para acoger, sino salir por la puerta para buscar y encontrar. Empujemos a los jóvenes para que salgan. Por supuesto que van a hacer macanas. ¡No tengamos miedo! Los apóstoles las hicieron antes que nosotros. ¡Empujémoslos a salir!

Pensemos con decisión en la pastoral desde la periferia, comenzando por los que están más alejados, los que no suelen frecuentar la parroquia. Ellos son los invitados VIP. Al cruce de los caminos, andad a buscarlos.

Homilía, 27 de julio de 2013

23 de octubre

Hay que dar vida

Este chico que tengo en casa, bueno, no tengo tiempo para educarlo, que crezca solo como si fuera un yuyo del campo, y este otro chico que no tiene qué comer, ni zapatillas para ir al colegio, bueno, lo siento mucho, pero yo no soy redentor de todo el mundo. Así predica la cultura de la muerte, no le interesa la vida, ¿qué es lo que interesa?, el egoísmo; le interesa sobrevivir uno, pero no dar vida, cuidar vida, ofrecer vida.

Homilía, 31 de agosto de 2005

24 de octubre

Un proyecto para cada uno

Dios llama a opciones definitivas, tiene un proyecto para cada uno: descubrirlo, responder a la propia vocación, es caminar hacia la realización feliz de uno mismo. Dios nos llama a todos a la santidad, a vivir su vida, pero tiene un camino para cada uno. Algunos son llamados a santificarse construyendo una familia mediante el sacramento del matrimonio. Hay quien dice que hoy el matrimonio está «pasado de moda». ¿Está pasado de moda? (No...).

En la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es «disfrutar» el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, «para siempre», porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo, en cambio, les pido que sean revolucionarios, les pido que vayan a contracorriente; sí, en esto les pido que se rebelen contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que vosotros no sois capaces de asumir responsabilidades, cree que vosotros no sois capaces de amar verdaderamente (...). Y atreveos también a ser felices.

Discurso, 28 de julio de 2013

25 de octubre

La solidaridad, palabra fundamental

La palabra solidaridad no pertenece solo al vocabulario cristiano, es una palabra fundamental del vocabulario humano. (...) El discernimiento de la realidad, asumiendo el momento de crisis, la promoción de una cultura del encuentro y del diálogo, orientan hacia la solidaridad, como elemento fundamental para una renovación de nuestras sociedades. El encuentro, el diálogo entre Jesús y los dos discípulos de Emaús, que reenciende la esperanza y renueva el camino de su vida, lleva a compartir: le reconocieron al partir el pan. Es el signo de la Eucaristía, de Dios que se hace tan cercano en Cristo que se hace presencia constante, para compartir su propia vida. Y esto dice a todos, también a quien no cree, que es precisamente en una solidaridad no dicha, sino vivida, como las relaciones pasan de considerar al otro como «material humano» o como «número» a considerarle como persona. No hay futuro para ningún país, para ninguna sociedad, para nuestro mundo, si no sabemos ser todos más solidarios. Solidaridad por lo tanto como modo de hacer la historia, como ámbito vital en el que los conflictos, las tensiones, también los opuestos alcanzan una armonía que genera vida.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

26 de octubre

Hambrientos de eternidad

La oración es ese «camino real» que abre a las profundidades del misterio de Dios Uno y Trino. Pero es también el sendero obligado que se despliega en medio del pueblo de Dios peregrinante en el mundo hacia la Tierra Prometida.

Uno de los caminos más bellos para entrar en la oración pasa a través de la palabra de Dios. La *lectio divina* introduce a la conversación directa con el Señor y entreabre los tesoros de la sabiduría. La amistad íntima con Aquel que nos ama nos hace capaces de ver con los ojos de Dios, de hablar con su Palabra en el corazón, de conservar la belleza de esta experiencia y de compartirla con quienes están hambrientos de eternidad.

El regreso a la sencillez de una vida centrada en el Evangelio es el desafío para la renovación de la Iglesia.

Mensaje, 22 de agosto de 2013

27 de octubre

Encerrados en nosotros mismos

Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos.

Las parroquias, los colegios, las instituciones son para salir; si no salen se convierten en una ONG, y la Iglesia no puede ser una ONG.

Mensaje, 25 de julio de 2013

28 de octubre

Como personas libres

Compartir la experiencia de la fe, dar testimonio de la fe, anunciar el Evangelio es el mandato que el Señor confía a toda la Iglesia, también a ti; es un mandato que no nace de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder, sino de la fuerza del amor, del hecho que Jesús ha venido antes a nosotros y nos ha dado, no nos dio algo de sí, sino que se nos dio todo él, él ha dado su vida para salvarnos y mostrarnos el amor y la misericordia de Dios. Jesús no nos trata como a esclavos, sino como a personas libres, amigos, hermanos; y no solo nos envía, sino que nos acompaña, está siempre a nuestro lado en esta misión de amor.

Homilía, 28 de julio de 2013

29 de octubre

Hacia el indiferente

En lugar de ser solamente una Iglesia que acoge y recibe, manteniendo sus puertas abiertas, busquemos más bien ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos, capaz de salir de sí misma yendo hacia el que no la frecuenta, hacia el que se marchó de ella, hacia el indiferente. El que abandonó la Iglesia a veces lo hizo por razones que, si se entienden y valoran bien, pueden ser el inicio de un retorno. Pero es necesario tener audacia y valor.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

30 de octubre

El amor es gratuito

Mirando a Jesús nosotros vemos que Él ha elegido el camino de la humildad y del servicio. Es más, Él mismo en persona es este camino. Jesús no fue indeciso, no fue un «indiferente»: hizo una elección y la llevó adelante hasta el fondo. Eligió hacerse hombre, y como hombre hacerse siervo, hasta la muerte de cruz. Este es el camino del amor: no hay otro. Por ello vemos que la caridad no es un simple asistencialismo, y menos un asistencialismo para tranquilizar las conciencias. No, eso no es amor, eso es negocio, eso es comercio. El amor es gratuito. La caridad, el amor es una opción de vida, es un modo de ser, de vivir, es el camino de la humildad y de la solidaridad. No hay otro camino para este amor: ser humildes y solidarios. (...) Y queremos ir por este camino. La humildad de Cristo no es un moralismo, un sentimiento. La humildad de Cristo es real, es la elección de ser pequeño, de estar con los pequeños, con los excluidos, de estar entre nosotros, pecadores todos. Atención, ¡no es una ideología! Es un modo de ser y de vivir que parte del amor, parte del corazón de Dios.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

31 de octubre

La revolución de la ternura

Se ignora la «revolución de la ternura» que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales a lo más pueden prometer una dimensión de proselitismo pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro. La cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro. Una piedra de toque para calibrar la cercanía y la capacidad de encuentro de una pastoral es la homilía. ¿Qué tal son nuestras homilías? ¿Nos acercan al ejemplo de nuestro Señor, que «hablaba como quien tiene autoridad» o son meramente preceptivas, lejanas, abstractas?

Discurso, 28 de julio de 2013

Noviembre

1 de noviembre

Las incertezas del camino

Quiero hablar sobre una realidad muy bella de nuestra fe: «La comunión de los santos». Esto significa comunión entre las personas santas. Existe una comunión de vida entre nosotros los que creemos en Cristo y nos hemos incorporado a Él por el Bautismo. La relación entre Jesús y el Padre es el modelo de este fuego de amor. Y la «comunión de los santos» es una gran familia. Todos nosotros somos familia, una familia donde todos procuramos ayudarnos y sostenernos entre nosotros. Podemos hacernos esta pregunta: ¿Sabemos compartir las incertezas de nuestro camino de fe buscando la ayuda de la oración y del consuelo espiritual? ¿Escuchamos y ayudamos a los que nos piden esta ayuda? Esta unión, comunión —«comunión» significa «unión común», todos en familia unidos—, gracias a la resurrección de Cristo, establece un vínculo indisoluble entre los que peregrinan en la tierra, las almas del Purgatorio y los que ya están en el cielo, y nos unimos ayudándonos unos a otros.

Audiencia, 30 de octubre de 2013

2 de noviembre

«Soy manso y humilde de corazón»

«Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11,25). (...) ¿Cuál es el testimonio que nos da hoy Francisco? ¿Dónde se inicia el camino de Francisco hacia Cristo? Comienza con la mirada de Jesús en la cruz. Dejarse mirar por él en el momento en el que da la vida por nosotros y nos atrae a sí. Francisco lo experimentó de modo particular en la iglesita de San Damián, rezando delante del crucifijo, que hoy también yo veneraré. En aquel crucifijo Jesús no aparece muerto, sino vivo. La sangre desciende de las heridas de las manos, los pies y el costado, pero esa sangre expresa vida. Jesús no tiene los ojos cerrados, sino abiertos, de par en par: una mirada que habla al corazón. Y el Crucifijo no nos habla de derrota, de fracaso; paradójicamente nos habla de una muerte que es vida, que genera vida, porque nos habla de amor, porque él es el amor de Dios encarnado, y el amor no muere, más aún, vence el mal y la muerte. «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,28-29).

Homilía, 4 de octubre de 2013

3 de noviembre

Elegidos no mediante campañas publicitarias

«Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies» (Lc 10,2). Los obreros para la mies no son elegidos mediante campañas publicitarias o llamadas al servicio de la generosidad, sino que son «elegidos» y «mandados» por Dios. Él es quien elige, Él es quien manda, Él es quien manda, Él es quien encomienda la misión. Por eso es importante la oración. La Iglesia, nos ha repetido Benedicto XVI, no es nuestra, sino de Dios; ¡y cuántas veces nosotros, los consagrados, pensamos que es nuestra! La convertimos... en lo que se nos ocurre. Pero no es nuestra, es de Dios. El campo a cultivar es suyo. Así pues, la misión es sobre todo gracia. La misión es gracia. Y si el apóstol es fruto de la oración, encontrará en ella la luz y la fuerza de su acción. En efecto, nuestra misión pierde su fecundidad, e incluso se apaga, en el mismo momento en que se interrumpe la conexión con la fuente, con el Señor.

Homilía, 7 de julio de 2013

4 de noviembre

Las sendas de la paz

¿Es posible seguir el camino de la paz? ¿Podemos salir de esta espiral de dolor y de muerte? ¿Podemos aprender de nuevo a caminar por las sendas de la paz? (...). Mi fe cristiana me lleva a mirar a la Cruz. ¡Cómo quisiera que por un momento todos los hombres y las mujeres de buena voluntad mirasen la Cruz! Allí se puede leer la respuesta de Dios: allí, a la violencia no se ha respondido con violencia, a la muerte no se ha respondido con el lenguaje de la muerte. En el silencio de la Cruz calla el fragor de las armas y habla el lenguaje de la reconciliación, del perdón, del diálogo, de la paz. Quisiera pedir al Señor, esta noche, que nosotros cristianos y los hermanos de las otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad gritasen con fuerza: ¡La violencia y la guerra nunca son el camino para la paz! Que cada uno mire dentro de su propia conciencia y escuche la palabra que dice: Sal de tus intereses que atrofian tu corazón, supera la indiferencia hacia el otro que hace insensible tu corazón, vence tus razones de muerte y ábrete al diálogo, a la reconciliación; mira el dolor de tu hermano.

Homilía, 7 de septiembre de 2013

5 de noviembre

Ora et labora

Que en nuestra vida cristiana oración y acción estén siempre profundamente unidas. Una oración que no conduce a la acción concreta hacia el hermano pobre, enfermo, necesitado de ayuda, el hermano en dificultad, es una oración estéril e incompleta. Pero, del mismo modo, cuando en el servicio eclesial se está atento solo al hacer, se da más peso a las cosas, a las funciones, a las estructuras, y se olvida la centralidad de Cristo, no se reserva tiempo para el diálogo con Él en la oración, se corre el riesgo de servirse a sí mismo y no a Dios presente en el hermano necesitado. San Benito resumía el estilo de vida que indicaba a sus monjes en dos palabras: «ora et labora», reza y trabaja. Es de la contemplación, de una fuerte relación de amistad con el Señor donde nace en nosotros la capacidad de vivir y llevar el amor de Dios, su misericordia, su ternura hacia los demás.

Ángelus, 21 de julio de 2013

6 de noviembre

Falta de amor

Hay unas palabras de Jesús, en el evangelio de Mateo, que vienen en nuestra ayuda: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11,28). La vida a menudo es pesada, muchas veces incluso trágica. Lo hemos oído recientemente... Trabajar cansa; buscar trabajo es duro. Y encontrar trabajo hoy requiere mucho esfuerzo.

Pero lo que más pesa en la vida no es esto: lo que más cuesta de todas estas cosas es la falta de amor. Pesa no recibir una sonrisa, no ser querido. Algunos silencios pesan, a veces incluso en la familia, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos. Sin amor las dificultades son más duras, inaguantables.

Pienso en los ancianos solos, en las familias que lo pasan mal porque no reciben ayuda para atender a quien necesita cuidados especiales en la casa. «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados», dice Jesús.

Discurso, 26 de octubre de 2013

7 de noviembre

Cuidar la vida

¡Cuidar la vida!, qué cosa linda cuando uno ve, ¡qué sé yo! que un abuelo, una abuela, que quizás ya no puede hablar, que está paralítico, y va el nieto o el hijo y le agarra la mano, y en silencio lo acaricia nada más. Eso es cuidar la vida. Cuando uno ve gente que se preocupa para que este chico pueda ir al colegio, para que al otro no le falte la comida, eso es cuidar la vida.

Homilía, 31 de agosto de 2013

8 de noviembre

El guardián de tu hermano

Dios pregunta a la conciencia del hombre: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Y Caín responde: «No sé, ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Gén 4,9). Esta pregunta se dirige también a nosotros, y también a nosotros nos hará bien preguntarnos: ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Sí, tú eres el guardián de tu hermano. Ser persona humana significa ser guardianes los unos de los otros. Sin embargo, cuando se rompe la armonía, se produce una metamorfosis: el hermano que deberíamos proteger y amar se convierte en el adversario a combatir, suprimir. (...) También hoy nos dejamos llevar por los ídolos, por el egoísmo, por nuestros intereses; y esta actitud va a más: hemos perfeccionado nuestras armas, nuestra conciencia se ha adormecido, hemos hecho más sutiles nuestras razones para justificarnos. Como si fuese algo normal, seguimos sembrando destrucción, dolor, muerte. La violencia, la guerra traen solo muerte, hablan de muerte.

Homilía, 7 de septiembre de 2013

9 de noviembre

No tengáis miedo, soy Yo

El Señor nos vuelve a decir a nosotros, a todo el pueblo fiel: «No tengáis miedo», yo estoy aquí. Estuve muerto y ahora vivo. Lo viene repitiendo desde hace veinte siglos en cada momento de terremoto triunfalista cuando, en su Iglesia, se repite su Pasión, se «completa» lo que falta a la Pasión. Lo dice en el silencio de cada corazón dolorido, angustiado, desorientado; lo dice en las coyunturas históricas de confusión cuando el poder del mal se adueña de los pueblos y construye estructuras de pecado. Lo dice en las arenas de todos los coliseos de la historia. Lo dice en cada llaga humana... Lo dice en cada muerte personal e histórica. No tengáis miedo, soy Yo. Estoy aquí. Nos acerca su triunfo definitivo cada vez que la muerte pretende cantar victoria.

Homilía, 26 de marzo de 2005

10 de noviembre

Dialogar y no pelear

El diálogo es muy importante para la propia madurez, porque en la confrontación con otra persona, en la confrontación con las demás culturas, incluso en la confrontación con las demás religiones, uno crece: crece, madura. Ciertamente, existe un peligro: si en el diálogo uno se cierra y se enfada, puede pelear; es el peligro de pelear, y esto no está bien porque nosotros dialogamos para encontrarnos, no para pelear. Y, ¿cuál es la actitud más profunda que debemos tener para dialogar y no pelear? La mansedumbre, la capacidad de encontrar a las personas, de encontrar las culturas, con paz; la capacidad de hacer preguntas inteligentes: «¿Por qué piensas así? ¿Por qué esta cultura hace así?». Escuchar a los demás y luego hablar. Primero escuchar, luego hablar.

Discurso, 30 de septiembre de 2013

11 de noviembre

«Su alegría llegue a plenitud»

El Señor conoce nuestras dificultades: ¡las conoce! Y conoce los pesos de nuestra vida. Pero el Señor sabe también que dentro de nosotros hay un profundo anhelo de encontrar la alegría del consuelo. ¿Recordáis? Jesús dijo: «Su alegría llegue a plenitud» (Jn 15,11). Jesús quiere que nuestra alegría sea plena. Se lo dijo a los apóstoles y nos lo repite a nosotros hoy. Esto es lo primero que quería compartir con vosotros esta tarde, y son unas palabras de Jesús: Venid a mí, familias de todo el mundo –dice Jesús–, y yo os aliviaré, para que vuestra alegría llegue a plenitud. Y estas palabras de Jesús llevadlas a casa, llevadlas en el corazón, compartidlas en familia. Nos invita a ir a Él para darnos, para dar a todos la alegría.

Discurso, 26 de octubre de 2013

12 de noviembre

Jesús envía y acompaña

Jesús no ha dicho: si quieren, si tienen tiempo vayan, sino que dijo: «Id y haced discípulos a todos los pueblos». Compartir la experiencia de la fe, dar testimonio de la fe, anunciar el evangelio es el mandato que el Señor confía a toda la Iglesia, también a ti; es un mandato que no nace de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder, sino de la fuerza del amor, del hecho de que Jesús ha venido antes a nosotros y nos ha dado, no nos dio algo de sí, sino que se nos dio todo él, él ha dado su vida para salvarnos y mostrarnos el amor y la misericordia de Dios. Jesús no nos trata como a esclavos, sino como a personas libres, amigos, hermanos; y no solo nos envía, sino que nos acompaña, está siempre a nuestro lado en esta misión de amor.

Homilía, 28 de julio de 2013

13 de noviembre

¿Seguís a la «diosa lamentación»?

No es bueno detenerse en el «no hemos recogido nada», sino ir más allá, ir al «rema mar adentro y echa las redes» de nuevo, sin cansarnos. Jesús lo repite a cada uno de vosotros. Y es Él quien dará la fuerza. Existe la amenaza del lamento, de la resignación. Esto lo dejamos para aquellos que siguen a la «diosa lamentación». Vosotros, ¿seguís a la «diosa lamentación»? ¿Os lamentáis continuamente, como en una velada fúnebre? No, los jóvenes no pueden hacer eso. La «diosa lamentación» es un engaño: te hace tomar la senda equivocada.

Cuando todo parece paralizado y estancado, cuando los problemas personales nos inquietan, los malestares sociales no encuentran las debidas respuestas, no es bueno darse por vencido. El camino es Jesús: hacerle subir a nuestra «barca» y remar mar adentro con Él. ¡Él es el Señor! Él cambia la perspectiva de la vida. La fe en Jesús conduce a una esperanza que va más allá, a una certeza fundada no solo en nuestras cualidades y habilidades, sino en la palabra de Dios, en la invitación que viene de Él.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

14 de noviembre

«Autopista global de la comunicación»

En estas décadas la tecnología ha viajado a gran velocidad, creando inesperadas redes interconectadas. Es necesario mantener la perspectiva evangélica en esta especie de «autopista global de la comunicación», tener siempre presente la finalidad que quiso establecer el beato Juan Pablo II dando vida al CTV [Centro Televisivo Vaticano]: favorecer «una acción más eficaz de la Iglesia en lo relativo a las comunicaciones sociales (...) a fin de ofrecer nuevos instrumentos con los cuales desarrollar en el mundo la universal misión de la Iglesia» (Rescripto del 22 de octubre de 1983). Como os recordó también Benedicto XVI: «Al poner las imágenes a disposición de las mayores agencias televisivas mundiales y de las grandes televisiones nacionales o comerciales, favorecéis una información adecuada e inmediata sobre la vida y la enseñanza de la Iglesia en el mundo de hoy, al servicio de la dignidad de la persona humana, la justicia, el diálogo y la paz» (*Discurso al CTV*, 18 de diciembre de 2008). No olvidéis, por lo tanto, que el vuestro es un servicio eclesial, en el interior de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Mensaje, 18 de octubre de 2013

15 de noviembre

Un cristiano siempre alegre

Si caminamos en la esperanza, dejándonos sorprender por el vino nuevo que nos ofrece Jesús, ya hay alegría en nuestro corazón y no podemos dejar de ser testigos de esta alegría. El cristiano es alegre, nunca triste. Dios nos acompaña. Tenemos una Madre que intercede siempre por la vida de sus hijos, por nosotros, como la reina Ester en la primera lectura (cf Est 5,3). Jesús nos ha mostrado que el rostro de Dios es el de un Padre que nos ama. El pecado y la muerte han sido vencidos. El cristiano no puede ser pesimista. No tiene el aspecto de quien parece estar de luto perpetuo. Si estamos verdaderamente enamorados de Cristo y sentimos cuánto nos ama, nuestro corazón se «inflamará» de tanta alegría que contagiará a cuantos viven a nuestro alrededor.

Homilía, 24 de julio de 2013

16 de noviembre

La «cultura del descarte»

Una difundida mentalidad de lo útil, la «cultura del descarte», que hoy esclaviza los corazones y las inteligencias de muchos, tiene un altísimo coste: requiere eliminar seres humanos, sobre todo si son física o socialmente más débiles. Nuestra respuesta a esta mentalidad es un «sí» decidido y sin titubeos a la vida. (...) Las cosas tienen un precio y se pueden vender, pero las personas tienen una dignidad, valen más que las cosas y no tienen precio. Muchas veces nos hallamos en situaciones donde vemos que lo que cuesta menos es la vida. Por esto la atención a la vida humana en su totalidad se ha convertido en los últimos años en una auténtica prioridad del Magisterio de la Iglesia, particularmente a la más indefensa, o sea, al discapacitado, al enfermo, al que va a nacer, al niño, al anciano, que es la vida más indefensa. En el ser humano frágil cada uno de nosotros está invitado a reconocer el rostro del Señor, que en su carne humana experimentó la indiferencia y la soledad a la que a menudo condenamos a los más pobres, tanto en los países en vías de desarrollo como en las sociedades del bienestar.

Discurso, 20 de septiembre de 2013

17 de noviembre

Jesús siembra

Todos conocemos la parábola de Jesús que habla de un sembrador que salió a sembrar en un campo; algunas simientes cayeron al borde del camino, entre piedras o en medio de espinas, y no llegaron a desarrollarse; pero otras cayeron en tierra buena y dieron mucho fruto (cf Mt 13,1-9). Jesús mismo explicó el significado de la parábola: La simiente es la palabra de Dios sembrada en nuestro corazón (cf Mt 13,18-23). Hoy, todos los días, pero hoy de manera especial, Jesús siembra. Cuando aceptamos la palabra de Dios, entonces somos el campo de la fe. Por favor, dejad que Cristo y su Palabra entren en vuestra vida, dejad entrar la simiente de la palabra de Dios, dejad que germine, dejad que crezca. Dios hace todo pero vosotros dejadlo hacer, dejad que Él trabaje en ese crecimiento.

Discurso, 27 de julio de 2013

18 de noviembre

El peligro del egoísmo

¡Abrid el corazón a la vida!, porque el egoísmo de la muerte, la cultura de la muerte egoísta, es como el yuyo del campo, ese yuyo, la gramilla o la casia negra, o la cicuta, va creciendo, va invadiendo y mata los árboles, mata los frutos, mata las flores, mata la vida. La maleza.

Acordaos que una vez Jesús habló de eso, dijo: «Cuando la semilla que es vida, cae en medio de las malezas, las espinas la ahogan», las espinas del egoísmo, de las pasiones, del querer todo para uno. La vida es siempre dar, darse, y cuesta cuidar la vida ¡vaya si cuesta!, cuesta lágrimas.

Homilía, 31 de agosto de 2005

19 de noviembre

La indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar

«Adán, ¿dónde estás?», «¿Dónde está tu hermano?», son las preguntas que Dios hace al principio de la humanidad y que dirige también a todos los hombres de nuestro tiempo, también a nosotros. Pero me gustaría que nos hiciésemos una tercera pregunta: «¿Quién de nosotros ha llorado por este hecho y por hechos como este?» [refiriéndose a la tragedia de la inmigración clandestina que se cobraba la vida de más inmigrantes en la isla italiana de Lampedusa]. ¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas? ¿Quién ha llorado por esas personas que iban en la barca? ¿Por las madres jóvenes que llevaban a sus hijos? ¿Por estos hombres que deseaban algo para mantener a sus propias familias? Somos una sociedad que ha olvidado la experiencia de llorar, de «sufrir con»: ¡la globalización de la indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar! En el evangelio hemos escuchado el grito, el llanto, el gran lamento: «Es Raquel que llora por sus hijos... porque ya no viven». Herodes sembró muerte para defender su propio bienestar, su propia pompa de jabón. Y esto se sigue repitiendo...

Pidamos al Señor que quite lo que haya quedado de Herodes en nuestro corazón; pidamos al Señor la gracia de llorar por nuestra indiferencia, de llorar por la crueldad que hay en el mundo, en nosotros, también en aquellos que en el anonimato toman decisiones socio-económicas que hacen posibles dramas como este. «¿Quién ha llorado?». ¿Quién ha llorado hoy en el mundo?

Homilía, 8 de julio de 2013

20 de noviembre

Una crisis de «cambio de época»

Es importante leer la realidad, mirándola a la cara. Las lecturas ideológicas o parciales no sirven, alimentan solamente la ilusión y la desilusión. Leer la realidad, pero también vivir esta realidad, sin miedos, sin fugas y sin catastrofismos. Cada crisis, también la actual, es un paso, un trabajo de parto que comporta fatiga, dificultad, sufrimiento, pero que lleva en sí el horizonte de la vida, de una renovación, lleva la fuerza de la esperanza. Y esta no es una crisis de «cambio»: es una crisis de «cambio de época. (...) La crisis puede transformarse en momento de purificación y de replanteamiento de nuestros modelos económico-sociales y de una cierta concepción del progreso que ha alimentado ilusiones, para recuperar lo humano en todas sus dimensiones. El discernimiento no es ciego, ni improvisado: se realiza sobre la base de criterios éticos y espirituales, implica interrogarse sobre lo que es bueno, la referencia a los valores propios de una visión del hombre y del mundo, una visión de la persona en todas sus dimensiones, sobre todo en la espiritual, trascendente; no se puede considerar jamás a la persona como «material humano».

Discurso, 22 de septiembre de 2013

21 de noviembre

Cuidar la vida

Qué bonito es cuidar la vida, dejar crecer la vida, dar vida como Jesús, y darla abundantemente, no permitir que ni uno de los más pequeños se pierda. Eso es lo que pidió Jesús al Padre: «Que ninguno de los que tú me diste se pierda, que toda la vida que tú me diste para cuidar, sea cuidada, que no se pierda», y nosotros cuidamos la vida, porque Él cuida nuestra vida ya desde el seno materno.

Homilía, 31 de agosto de 2005

22 de noviembre

¡No le tengáis miedo!

Preguntad a Jesús, hablad con Jesús. Y si cometéis un error en la vida, si os pegáis un resbalón, si hacéis algo que está mal, no tengáis miedo. Jesús, mira lo que hice, ¿qué tengo que hacer ahora? Pero siempre hablad con Jesús, en las buenas y en las malas. Cuando hacéis una cosa buena y cuando hacéis una cosa mala. ¡No le tengáis miedo! Eso es la oración. Y así os vais entrenando en el diálogo con Jesús en este discipulado misionero. Y también a través de los sacramentos, que hacen crecer en nosotros su presencia. A través del amor fraterno, del saber escuchar, comprender, perdonar, acoger, ayudar a los otros, a todos, sin excluir y sin marginar. Estos son los entrenamientos para seguir a Jesús: la oración, los sacramentos y la ayuda a los demás, el servicio a los demás.

Discurso, 27 de julio de 2013

23 de noviembre

Unidad en la diversidad

¿Quién es el motor de la unidad de la Iglesia? Es el Espíritu Santo que todos nosotros hemos recibido en el Bautismo y también en el sacramento de la Confirmación. Es el Espíritu Santo. Nuestra unidad no es primariamente fruto de nuestro consenso, o de la democracia dentro de la Iglesia, o de nuestro esfuerzo de estar de acuerdo, sino que viene de Él que hace la unidad en la diversidad, porque el Espíritu Santo es armonía, siempre hace la armonía en la Iglesia. Es una unidad armónica en mucha diversidad de culturas, de lenguas y de pensamiento. Es el Espíritu Santo el motor. Por esto es importante la oración, que es el alma de nuestro compromiso de hombres y mujeres de comunión, de unidad. La oración al Espíritu Santo, para que venga y construya la unidad en la Iglesia.

Audiencia, 25 de septiembre de 2013

24 de noviembre

Prisioneros del amor

Somos prisioneros del amor, porque cuando uno ama es prisionero de ese amor que tiene. Porque cuando uno se deja amar es prisionero de ese amor. Ese amor que viene de arriba, gratuito, regalado, sin ningún mérito de nuestra parte. ¡A ver: levante la mano quien mereció el amor de Dios! ¡Vamos, arriba! ¿Ah qué bonito, eh? ¡No, no, no! ¡Vosotros no sois cristianos! Nosotros no merecemos nada. Es todo regalo, todo gracia.

Homilía, 4 de junio de 2011

25 de noviembre

De periferias

La posición del discípulo misionero no es una posición de centro sino de periferias: vive tensionado hacia las periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de «periferias existenciales» des-centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo-misionero es un des-centrado: el centro es Jesucristo, que convoca y envía. El discípulo es enviado a las periferias existenciales.

Discurso, 28 de julio de 2013

26 de noviembre

Una necesidad desesperada de calma

La búsqueda de lo que cada vez es más veloz atrae al hombre de hoy: internet veloz, coches y aviones rápidos, relaciones inmediatas... Y, sin embargo, se nota una necesidad desesperada de calma, diría de lentitud. La Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él. (...) Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo.

Discurso, 27 de julio de 2013

27 de noviembre

La obediencia a la verdad

La tarea de la Iglesia, y la tarea de todo cristiano: servir al hombre yendo a buscarlo hasta los rincones sociales y espirituales más escondidos. La condición de credibilidad de la Iglesia en esta misión suya de madre y maestra es la fidelidad a Cristo. La apertura hacia el mundo está acompañada, y en cierto sentido es posible, por la obediencia a la verdad, de la cual la Iglesia misma no puede disponer. «Una emergencia: el hombre» significa, pues, la emergencia de volver a Cristo, de aprender de Él la verdad sobre nosotros mismos y sobre el mundo, y con Él y en Él ir al encuentro de los hombres, especialmente de los más pobres, por quienes Jesús siempre mostró su predilección. Y la pobreza no es solo la material. Existe una pobreza espiritual que afecta al hombre contemporáneo. Somos pobres de amor, sedientos de verdad y justicia, mendigos de Dios. (...) La mayor pobreza es la falta de Cristo, y mientras no llevemos a Jesús a los hombres siempre habremos hecho por ellos demasiado poco.

Mensaje, 18-24 de agosto de 2013

28 de noviembre

Fe que mueve montañas

«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: «Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería» (Lc 17,6). La semilla de la mostaza es pequeñísima, pero Jesús dice que basta tener una fe así, pequeña, pero auténtica, sincera, para hacer cosas humanamente imposibles, impensables. ¡Y es verdad! Todos conocemos a personas sencillas, humildes, pero con una fe muy firme, que de verdad mueven montañas. Pensemos, por ejemplo, en algunas mamás y papás que afrontan situaciones muy difíciles; o en algunos enfermos, incluso gravísimos, que transmiten serenidad a quien va a visitarles. Estas personas, precisamente por su fe, no presumen de lo que hacen, es más, como pide Jesús en el evangelio, dicen: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). Cuánta gente entre nosotros tiene esta fe fuerte, humilde, que hace tanto bien.

Ángelus, 6 de octubre de 2013

29 de noviembre

Un camino lleno de lobos

[Cuidar la vida] es un camino que está lleno de lobos, y quizás por esto nos lleven a los tribunales, quizás por esto, por cuidar la vida nos maten. Pensemos en los mártires cristianos. Los mataban por predicar este evangelio de vida, este evangelio que trajo Jesús. Pero Jesús nos da la fuerza. ¡Adelante! no sean tontos, acuérdense, un cristiano no puede darse el lujo de ser tonto, no voy a repetir salame, tonto, no puede darse el lujo, tiene que ser vivo, tiene que ser astuto, llevar la cosa adelante.

Homilía, 31 de agosto de 2005

30 de noviembre

Estad siempre atentos a los demás

Queridos jóvenes, el amor de Cristo y su amistad no son un espejismo –Jesús en la Cruz muestra cuán concretos son– ni están reservados a pocos. Vosotros encontraréis esta amistad y experimentaréis toda la fecundidad y la belleza si le buscáis con sinceridad, os abris con confianza a Él y cultiváis con empeño vuestra vida espiritual acercándoos a los sacramentos, meditando la Sagrada Escritura, orando con constancia y viviendo intensamente en la comunidad cristiana. Sentíos parte viva de la Iglesia, comprometidos en la evangelización, en unión con los hermanos en la fe y en comunión con vuestros pastores. ¡No tengáis miedo de vivir la fe! Sed testigos de Cristo en vuestros ambientes cotidianos, con sencillez y valentía. A quienes encontréis, a vuestros coetáneos, sabed mostrar sobre todo el rostro de la misericordia y del amor de Dios, que siempre perdona, alienta, dona esperanza. Estad siempre atentos a los demás, especialmente a las personas más pobres y más débiles, viviendo y testimoniando el amor fraterno, contra todo egoísmo y cerrazón.

Mensaje, 21 de junio de 2013

Diciembre

1 de diciembre

Una locura

Crear un espacio blindado entre el obispo y el pueblo es una locura, y yo prefiero esta otra locura: fuera, y correr el riesgo de la otra locura. Prefiero esta locura: fuera. La cercanía hace bien a todos.

Discurso, 28 de julio de 2013

2 de diciembre

Sepamos perder el tiempo con los jóvenes

Dios quiere que seamos misioneros. ¿Dónde estamos? Donde Él nos pone: en nuestra patria, o donde Él nos ponga. Ayudemos a los jóvenes a darse cuenta de que ser discípulos misioneros es una consecuencia de ser bautizados, es parte esencial del ser cristiano, y que el primer lugar donde se ha de evangelizar es la propia casa, el ambiente de estudio o de trabajo, la familia y los amigos. Ayudemos a los jóvenes. Pongámosles la oreja para escuchar sus ilusiones. Necesitan ser escuchados. Para escuchar sus logros, para escuchar sus dificultades, hay que estar sentados, escuchando quizás el mismo libreto, pero con música diferente, con identidades diferentes. ¡La paciencia de escuchar! (...). Sepamos perder el tiempo con ellos. Sembrar cuesta y cansa, ¡cansa muchísimo! Y es mucho más gratificante gozar de la cosecha... ¡Qué vivo! ¡Todos gozamos más con la cosecha! Pero Jesús nos pide que sembremos en serio.

Homilía, 27 de julio de 2013

3 de diciembre

El corazón y la misericordia de Jesús

La misericordia de Jesús no es solo un sentimiento, ¡es una fuerza que da vida, que resucita al hombre! Nos lo dice también el Evangelio de hoy, en el episodio de la viuda de Naín (Lc 7,11-17). Jesús, con sus discípulos, está llegando precisamente a Naín, un poblado de Galilea, justo en el momento que tiene lugar un funeral: llevan a sepultar a un joven, hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fija inmediatamente en la madre que llora. Dice el evangelista Lucas: «Al verla, el Señor se compadeció de ella» (v. 13). Esta «compasión» es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, es decir, la actitud de Dios en contacto con la miseria humana, con nuestra indigencia, nuestro sufrimiento, nuestra angustia. (...) ¿Y cuál es el fruto de este amor, de esta misericordia? ¡Es la vida! Jesús dijo a la viuda de Naín: «No llores», y luego llamó al muchacho muerto y le despertó como de un sueño (cf vv. 13-15). Pensemos esto, es hermoso: la misericordia de Dios da vida al hombre, le resucita de la muerte. El Señor nos mira siempre con misericordia; no lo olvidemos, nos mira siempre con misericordia, nos espera con misericordia. No tengamos miedo de acercarnos a Él. Tiene un corazón misericordioso. Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, Él siempre nos perdona.

Ángelus, 9 de junio de 2013

4 de diciembre

El evangelio no es para algunos sino para todos

¿Adónde nos envía Jesús? No hay fronteras, no hay límites: nos envía a todos. El evangelio no es para algunos sino para todos. No es solo para los que nos parecen más cercanos, más receptivos, más acogedores. Es para todos. No tengáis miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor.

Homilía, 28 de julio de 2013

5 de diciembre

«¡Ay de los que se fían de Sión!»

«¡Ay de los que se fían de Sión... acostados en lechos de marfil!» (Am 6,1.4); comen, beben, cantan, se divierten y no se preocupan por los problemas de los demás. Son duras estas palabras del profeta Amós, pero nos advierten de un peligro que todos corremos. ¿Qué es lo que denuncia este mensajero de Dios, lo que pone ante los ojos de sus contemporáneos y también ante los nuestros hoy? El riesgo de apoltronarse, de la comodidad, de la mundanidad en la vida y en el corazón, de concentrarnos en nuestro bienestar. (...) ¿Cómo es posible que los hombres, tal vez también nosotros, caigamos en el peligro de encerrarnos, de poner nuestra seguridad en las cosas, que al final nos roban el rostro, nuestro rostro humano? Esto sucede cuando perdemos la memoria de Dios. «¡Ay de los que se fían de Sión!», decía el profeta. Si falta la memoria de Dios, todo queda rebajado, todo queda en el yo, en mi bienestar. La vida, el mundo, los demás, pierden la consistencia, ya no cuentan nada, todo se reduce a una sola dimensión: el tener. Si perdemos la memoria de Dios, también nosotros perdemos la consistencia, también nosotros nos vaciamos, perdemos nuestro rostro como el rico del evangelio.

Homilía, 29 de septiembre de 2013

6 de diciembre

Los jóvenes, un motor poderoso de la Iglesia

El «dragón», el mal, existe en nuestra historia, pero no es el más fuerte. El más fuerte es Dios, y Dios es nuestra esperanza. Es cierto que hoy en día, todos un poco, y también nuestros jóvenes, sienten la sugestión de tantos ídolos que se ponen en el lugar de Dios y parecen dar esperanza: el dinero, el éxito, el poder, el placer. Con frecuencia se abre camino en el corazón de muchos una sensación de soledad y vacío, y lleva a la búsqueda de compensaciones, de estos ídolos pasajeros. Queridos hermanos y hermanas, seamos luces de esperanza. Tengamos una visión positiva de la realidad. Demos aliento a la generosidad que caracteriza a los jóvenes, ayudémoslos a ser protagonistas de la construcción de un mundo mejor: son un motor poderoso para la Iglesia y para la sociedad. Ellos no solo necesitan cosas. Necesitan sobre todo que se les propongan esos valores inmateriales que son el corazón espiritual de un pueblo, la memoria de un pueblo.

Homilía, 24 de julio de 2013

7 de diciembre

Un camino a seguir

Los diez mandamientos son un don de Dios. La palabra «mandamiento» no está de moda; al hombre de hoy le recuerda algo negativo, la voluntad de alguien que impone límites, que pone obstáculos en la vida. Lamentablemente la historia, incluso reciente, está marcada por tiranías, por ideologías, por lógicas que han impuesto y oprimido, que no han buscado el bien del hombre, sino el poder, el éxito, el beneficio. Pero los diez mandamientos vienen de un Dios que nos ha creado por amor, de un Dios que ha establecido una alianza con la humanidad, un Dios que quiere solo el bien del hombre. ¡Confiemos en Dios! ¡Fiémonos de Él! Los diez mandamientos nos indican un camino a seguir, y constituyen también una especie de «código ético» para la construcción de sociedades justas, a medida del hombre. (...) Dejémonos guiar por estas diez palabras que iluminan y orientan a quien busca paz, justicia y dignidad.

Mensaje, 8 de junio de 2013

8 de diciembre

Magnificat de esperanza

Esperanza es la virtud del que experimentando el conflicto, la lucha cotidiana entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal, cree en la resurrección de Cristo, en la victoria del amor. Hemos escuchado el canto de María, el Magnificat es el cántico de la esperanza, el cántico del pueblo de Dios que camina en la historia. Es el cántico de tantos santos y santas, algunos conocidos, otros, muchísimos, desconocidos, pero que Dios conoce bien: mamás, papás, catequistas, misioneros, sacerdotes, religiosas, jóvenes, también niños, abuelos, abuelas, estos han afrontado la lucha por la vida llevando en el corazón la esperanza de los pequeños y humildes. María dice: «Proclama mi alma la grandeza del Señor», hoy la Iglesia también canta esto y lo canta en todo el mundo. Este cántico es especialmente intenso allí donde el cuerpo de Cristo sufre hoy la pasión. Donde está la cruz, para nosotros los cristianos hay esperanza, siempre. Si no hay esperanza, no somos cristianos. Por esto me gusta decir: no os dejéis robar la esperanza. Que no os roben la esperanza, porque esta fuerza es una gracia, un don de Dios que nos hace avanzar mirando al cielo. Y María está siempre allí, cercana a esas comunidades, a esos hermanos nuestros, camina con ellos, sufre con ellos, y canta con ellos el Magnificat de la esperanza.

Homilía, 15 de agosto de 2013

9 de diciembre

No vivir para sí mismo sino para hacer el bien

El evangelio (Lc 10,1-12.17-20) nos habla precisamente del hecho de que Jesús no es un misionero aislado, no quiere realizar solo su misión, sino que implica a sus discípulos. (...) Jesús no quiere obrar solo, vino a traer al mundo el amor de Dios y quiere difundirlo con el estilo de la comunión, con el estilo de la fraternidad. Por ello forma inmediatamente una comunidad de discípulos, que es una comunidad misionera. Inmediatamente los entrena para la misión, para ir. Pero atención: el fin no es socializar, pasar el tiempo juntos, no, la finalidad es anunciar el reino de Dios, ¡y esto es urgente! También hoy es urgente. No hay tiempo que perder en habladurías, no es necesario esperar el consenso de todos, hay que ir y anunciar. La paz de Cristo se lleva a todos, y si no la acogen, se sigue igualmente adelante. A los enfermos se lleva la curación, porque Dios quiere curar al hombre de todo mal. ¡Cuántos misioneros hacen esto! Siembran vida, salud, consuelo en las periferias del mundo. ¡Qué bello es esto! No vivir para sí mismo, no vivir para sí misma, sino vivir para ir a hacer el bien.

Ángelus, 7 de julio de 2013

10 de diciembre

El ídolo del dinero

Dios ha querido que en el centro del mundo no haya un ídolo, sino que esté el hombre, el hombre y la mujer, que saquen adelante, con su propio trabajo, el mundo. Pero ahora, en este sistema sin ética, en el centro hay un ídolo y el mundo se ha vuelto idólatra de este «dios-dinero». Manda el dinero. Manda el dinero. Mandan todas estas cosas que le sirven a él, a este ídolo. ¿Y qué ocurre? Para defender a este ídolo se amontonan todos en el centro y caen los extremos, caen los ancianos porque en este mundo no hay sitio para ellos. Algunos hablan de esta costumbre de «eutanasia oculta», de no atenderles, de no tenerles en cuenta... «Sí, dejémoslo...». Y caen los jóvenes que no encuentran el trabajo y su dignidad. Pero piensa en un mundo donde los jóvenes –dos generaciones de jóvenes– no tienen trabajo. No tiene futuro este mundo. ¿Por qué? Porque ellos no tienen dignidad. Es difícil tener dignidad sin trabajar. (...) Es una oración necesaria. Trabajo quiere decir dignidad, trabajo quiere decir llevar el pan a casa, trabajo quiere decir amar.

Discurso, 22 de septiembre de 2013

11 de diciembre

La santidad común

Veo la santidad en el pueblo de Dios paciente: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para llevar a casa el pan, los enfermos, los sacerdotes ancianos tantas veces heridos pero siempre con su sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que tanto trabajan y que viven una santidad escondida. Esta es, para mí, la santidad común. Yo asocio frecuentemente la santidad a la paciencia: no solo la paciencia como *hypomoné*, hacerse cargo de los sucesos y las circunstancias de la vida, sino también como constancia para seguir hacia delante día a día. Esta es la santidad de la Iglesia militante de la que habla el mismo san Ignacio. Esta era la santidad de mis padres: de mi padre, de mi madre, de mi abuela Rosa, que me ha hecho tanto bien. En el breviario llevo el testamento de mi abuela Rosa, y lo leo a menudo: porque para mí es como una oración. Es una santa que ha sufrido mucho, incluso moralmente, y ha seguido valerosamente siempre hacia delante.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

12 de diciembre

Renovada fuerza

San Pablo dice: «¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!» (1Cor 9,16). (...) Ahora este anuncio se os ha confiado también a vosotros, para que resuene con renovada fuerza. La Iglesia necesita de vosotros, del entusiasmo, la creatividad y la alegría que los caracteriza.

Homilía, 28 de julio de 2013

13 de diciembre

Caminar con el rebaño

Caminar con el rebaño. Acoger con magnanimidad, caminar. Acoger a todos para caminar con todos. El obispo está en camino con y en su rebaño. Esto quiere decir ponerse en camino con los propios fieles y con todos aquellos que se dirigirán a vosotros, compartiendo sus alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, como hermanos y amigos, pero más aún como padres, que son capaces de escuchar, comprender, ayudar, orientar. El caminar juntos requiere amor, y el nuestro es un servicio de amor, *amoris officium* decía san Agustín (*In Io. Ev. tract.* 123, 5: pl 35, 1967). (...) Presencia pastoral significa caminar con el pueblo de Dios: caminar delante, indicando el camino, indicando la vía; caminar en medio, para reforzarlo en la unidad; caminar detrás, para que ninguno se quede rezagado, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el pueblo de Dios para hallar nuevos caminos.

Discurso, 19 de septiembre de 2013

14 de diciembre

La gente quería estar con Él

Nos dice [el evangelio] que en aquel tiempo Jesús se puso a hablar a la gente acerca del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban. Caía ya la tarde y los discípulos se le acercaron para pedirle que despidiera a la gente como diciendo: ya se terminó el trabajo, es hora de irse a casa. Pero Jesús sentía otra cosa. Jesús se daba cuenta de que la gente lo seguía porque quería estar con Él. A todos nos conmueve cuando alguien quiere estar con nosotros simplemente porque nos quiere. A Jesús también le conmueve que la gente se quiera quedar con Él. El pueblo sencillo intuye que esto es lo más profundo del corazón de Dios: Jesús es el Dios con nosotros, el Dios que vino para quedarse en nuestra historia: «todos los días estoy con vosotros, hasta el fin del mundo». (...) La gente intuía con su fe que Él ya entonces era el Pan Vivo, el Pan del Cielo que el Padre nos da; y estar cerca de ese Pan da Vida, Vida Plena.

Homilía, 5 de junio de 2010

15 de diciembre

«Solo una cosa es necesaria»

Marta y María, hermanas de Lázaro, son parientes y fieles discípulas del Señor, que vivían en Betania. San Lucas las describe de este modo: María, a los pies de Jesús, «escuchaba su palabra», mientras que Marta estaba ocupada en muchos servicios (cf Lc 10,39-40). Ambas ofrecen acogida al Señor que está de paso, pero lo hacen de modo diverso. María se pone a los pies de Jesús, en escucha, Marta en cambio se deja absorber por las cosas que hay que preparar, y está tan ocupada que se dirige a Jesús diciendo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano» (v. 40). Y Jesús le responde reprendiéndola con dulzura: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria» (v. 41). ¿Qué quiere decir Jesús? ¿Cuál es esa cosa sola que necesitamos? (...). En un cristiano, las obras de servicio y de caridad nunca están separadas de la fuente principal de cada acción nuestra: es decir, la escucha de la palabra del Señor.

Ángelus, 21 de julio de 2013

16 de diciembre

Jesús siembra

Todos conocemos la parábola de Jesús que habla de un sembrador que salió a sembrar en un campo; algunas simientes cayeron al borde del camino, entre piedras o en medio de espinas, y no llegaron a desarrollarse; pero otras cayeron en tierra buena y dieron mucho fruto (cf Mt 13,1-9). Jesús mismo explicó el significado de la parábola: La simiente es la palabra de Dios sembrada en nuestro corazón (cf Mt 13,18-23). Hoy, todos los días, pero hoy de manera especial, Jesús siembra. Cuando aceptamos la palabra de Dios, entonces somos el campo de la fe. Por favor, dejad que Cristo y su Palabra entren en vuestra vida, dejad entrar la simiente de la palabra de Dios, dejad que germine, dejad que crezca. Dios hace todo pero vosotros dejadlo hacer, dejad que Él trabaje en ese crecimiento.

Discurso, 27 de julio de 2013

17 de diciembre

Déjate acariciar por Dios

Junto al pesebre, haz dos cosas: primero, siéntete invitado a la belleza de la humildad, de la mansedumbre, de la sencillez; segundo, busca en tu corazón en qué punto estás en *out side*, en qué estás marginado y deja que Jesús te convoque desde esa carencia tuya, desde ese límite tuyo, desde ese egoísmo tuyo. Déjate acariciar por Dios, y vas a entender más lo que es la sencillez, la mansedumbre y la unidad.

Homilía, 24 de diciembre de 2011

18 de diciembre

Los obispos, los pasos de Dios

Los obispos han de ser pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, con mucha mansedumbre; pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan «psicología de príncipes». Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de otra. Hombres capaces de estar velando sobre el rebaño que les ha sido confiado y cuidando todo aquello que lo mantiene unido: vigilar sobre su pueblo con atención sobre los eventuales peligros que lo amenacen, pero sobre todo para cuidar la esperanza: que haya sol y luz en los corazones. Hombres capaces de sostener con amor y paciencia los pasos de Dios en su pueblo. Y el sitio del obispo para estar con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino, o en medio para mantenerlo unido y neutralizar los desbandes, o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos.

Discurso, 28 de julio de 2013

19 de diciembre

Debemos caminar juntos

Debemos caminar juntos: la gente, los obispos y el papa. Hay que vivir la sinodalidad a varios niveles. Quizá es tiempo de cambiar la metodología del Sínodo, porque la actual me parece estática. Eso podrá llegar a tener valor ecuménico, especialmente con nuestros hermanos ortodoxos. De ellos podemos aprender mucho sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre la tradición de sinodalidad. El esfuerzo de reflexión común, observando cómo se gobernaba la Iglesia en los primeros siglos, antes de la ruptura entre Oriente y Occidente, acabará dando frutos. Para las relaciones ecuménicas es importante una cosa: no solo conocerse mejor, sino también reconocer lo que el Espíritu ha ido sembrando en los otros como don también para nosotros. (...) Tenemos que caminar unidos en las diferencias: no existe otro camino para unirnos. El camino de Jesús es ese.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

20 de diciembre

Dios elige la periferia

A pesar de revivirlo cada año, necesitamos volver a sorprendernos por un Dios que elige «la periferia» de la ciudad de Belén y la «periferia existencial» de los pobres y marginados del pueblo de ese momento para manifestarse al mundo. Y junto con ellos, nos acercamos al pesebre y, allí, vemos a María, la mujer creyente y de trabajo que tuvo el coraje de confiar en Dios. Junto a ella está José, el hombre justo y bueno que prefirió creer a Dios antes que a sus dudas. Así Dios se nos revela en el amor y abnegación de una sencilla pareja creyente, en lugar del aparente esplendor de los que confían en sus propias fuerzas.

Mensaje, Navidad de 2006

21 de diciembre

Renovar nuestro compromiso

Hoy Jesús nos sigue preguntando: ¿Quieres ser mi discípulo? ¿Quieres ser mi amigo? ¿Quieres ser testigo del Evangelio? En el corazón del Año de la Fe, estas preguntas nos invitan a renovar nuestro compromiso cristiano. Vuestras familias y comunidades locales les han transmitido el gran don de la fe. Cristo ha crecido en vosotros. Hoy quiere venir aquí para confirmaros en esta fe, la fe en Cristo vivo que habita en vosotros, pero he venido yo también para ser confirmado por el entusiasmo de vuestra fe. Vosotros sabéis que en la vida de un obispo hay tantos problemas que piden ser solucionados. Y con estos problemas y dificultades, la fe del obispo puede entristecerse. Qué feo es un obispo triste. Qué feo que es. Para que mi fe no sea triste he venido aquí para contagiarme con vuestro entusiasmo.

Homilía, 25 de julio de 2013

22 de diciembre

Espacio a la duda

Sí, este buscar y encontrar a Dios en todas las cosas deja siempre un margen a la incertidumbre. Debe dejarlo. Si una persona dice que ha encontrado a Dios con certeza total y ni le roza un margen de incertidumbre, algo no va bien. Yo tengo esto por una clave importante. Si uno tiene respuestas a todas las preguntas, estamos ante una prueba de que Dios no está con él. Quiere decir que es un falso profeta que usa la religión en bien propio. Los grandes guías del pueblo de Dios, como Moisés, siempre han dado espacio a la duda. Tenemos que hacer espacio al Señor, no a nuestras certezas, hemos de ser humildes. En todo discernimiento verdadero, abierto a la confirmación de la consolación espiritual, está presente la incertidumbre.

*Entrevista en La Civiltà Cattolica,
19 de agosto de 2013*

23 de diciembre

El espíritu navideño

En una viñeta publicada recientemente, una nena le contaba a su amiga que, para esta Navidad, les había pedido a sus padres que no le regalaran juguetes sino «espíritu navideño», y que sus padres quedaron desconcertados, sin entender ni saber qué hacer. El mensaje me pareció muy agudo y ciertamente nos plantea la pregunta: ¿qué es el espíritu navideño? (...). Es precisamente un relato, un relato histórico, el que nos abre las puertas al real significado del «espíritu navideño». Un relato simple y preciso. Dice así: «En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen. José, que pertenecía a la familia de David, salió de Nazaret, ciudad de Galilea, y se dirigió a Belén de Judea, la ciudad de David, para inscribirse con su esposa, que estaba embarazada. Mientras se encontraban en Belén le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue» (Lc 2,1-7). (...) Así se manifiesta el «espíritu navideño»: promesa que genera esperanza, se consolida en Jesús y se proyecta, también en esperanza, hacia la segunda venida del Señor.

Artículo, 23 de noviembre de 2011

24 de diciembre

Buscar a Jesús en la pequeñez

Navidad es la fiesta del encuentro. Del encuentro con Jesús. Navidad es encontrar a Jesús. En esta noche santa se nos invita a que nos preguntemos cómo puedo encontrar a Jesús, si estoy dispuesto a encontrar a Jesús o me dejo llevar por la vida como si ya estuviera todo jugado. No, Jesús está golpeando tu corazón, Jesús te dice lo mismo que le dice el ángel a los pastores: te ha nacido un Redentor. Simplemente te pide que lo escuches, o más, te pide que lo busques. Hoy se nos invita a buscar. Y dónde lo voy a buscar.

La señal que les da a los pastores es la de siempre. Como a ellos vuelve a repetirte: búscalo en un pesebre, en un corralón, la señal es la misma: busca donde nadie busca. No busques entre las luces de las grandes ciudades, no busques en la apariencia. No busques en todo ese armazón pagano que se nos ofrece a cada rato. Busca en lo insólito, en lo que te sorprende. Busca como esos pastores a quienes mandaron a buscar a un chico recién nacido recostado en un pesebre. Busca allí. Remueve la hojarasca y debajo busca los brotes de vida. En la sencillez, en la pequeñez.

Homilía, 24 de diciembre de 2010

25 de diciembre

Dios con nosotros

Él, el todopoderoso, el creador, el trascendente, se transforma en el Dios con nosotros. Este Dios será un Dios cercano, que no tienes que ir a buscarlo en la órbita de los astros sino que lo tienes a tu lado. (...) La fiesta de Navidad es un sonoro recuerdo de la historia, un sonoro recuerdo de la revelación de Dios que nos viene a decir que Él está, como lo dice tan bellamente el libro del Apocalipsis: «Él está a la puerta y llama». Él está a la puerta de tu corazón y te está llamando. Dios está viniendo.

Homilía, 24 de diciembre de 2010

26 de diciembre

Abajarse para encontrar a Jesús

Vosotros sabéis que en la gruta de Belén actualmente para entrar al lugar donde nació Jesús hay que agacharse, hay que abajarse, para encontrar a Jesús hay que hacerse pequeño. Despójate de toda pretensión. Despójate de toda ilusión efímera y ve a lo esencial, a lo que te promete vida, a lo que te da dignidad. Abájate, no le tengas miedo a la humildad, no le tengas miedo a la mansedumbre. Hoy se nos dice que cuanto más alta tienes la nariz eres más importante. No. Hoy se nos dice que cuanto más vanidoso aparezcas vas a tener más fuerza. No, no va por ahí la cosa. Hoy se nos dice que cuanto más grites y cuanto más te peleas, cuanta más discordia siembres te va a ir mejor. No, no es así. Abájate, usa la mansedumbre. Reconoce la dignidad tuya y de los demás. Ama y déjate amar.

Homilía, 24 de diciembre de 2010

27 de diciembre

Envuelto en pañales y recostado en un pesebre

En el anuncio del ángel le da a los pastores la contraseña para encontrar a este chico: «Esto os servirá de señal, encontraréis a un niño, recién nacido, envuelto en pañales y recostado en un pesebre». La sencillez, lo simple, lo evidente por sí mismo, esa es la señal, y todo el relato de este pasaje del Evangelio tiene este ritmo de serenidad, de sencillez, de pacificación, este ritmo de mansedumbre; qué cosa con más mansedumbre que un niño recién nacido y recostado allí, en esa cuna, estaba muy cómodo, con buen pastito, era un buen colchón, ahí estaba, con serenidad y mansedumbre y llamando a esa actitud. Es lo que vale y todos aquellos que son convocados, son convocados a esto: a participar de la paz que se entona en el cántico evangélico, a participar de la unidad y a participar de la mansedumbre, porque este chico después cuando se hizo hombre y predicaba le dirá a la gente: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Un mensaje que después de veinte siglos sigue teniendo vigencia ante la petulancia, la prepotencia, la suficiencia, la agresión, el insulto, la crispación, la guerra, la desinformación que desorienta, la difamación y la calumnia. La mansedumbre y la unidad... es todo una coherencia que nace desde aquí, desde este primer signo. «Esto os servirá de señal», esa es la contraseña que se nos viene a enseñar.

Homilía, 24 de diciembre de 2011

28 de diciembre

La fuente inagotable

En la vida de una familia hay muchos momentos hermosos: el descanso, la comida juntos, la salida al parque o al campo, la visita a los abuelos, la visita a una persona enferma... Pero si falta el amor, falta la alegría, falta la fiesta, y el amor nos lo da siempre Jesús: Él es la fuente inagotable. Allí Él, en el Sacramento, nos da su Palabra y nos da el Pan de vida, para que nuestra alegría llegue a plenitud.

Discurso, 26 de octubre de 2013

29 de diciembre

El Avemaría

Una bellísima expresión popular de la fe es la oración del Ángelus. Es una oración sencilla que se reza en tres momentos señalados de la jornada, que marcan el ritmo de nuestras actividades cotidianas: por la mañana, a mediodía y al atardecer. Pero es una oración importante; invito a todos a recitarla con el Avemaría. Nos recuerda un acontecimiento luminoso que ha transformado la historia: la Encarnación, el Hijo de Dios se ha hecho hombre en Jesús de Nazaret.

Ángelus, 26 de julio de 2013

30 de diciembre

La cultura de la vida

Cuando uno habla de la cultura de la vida, a la que estamos llamados, se siente la pena de que en tantos corazones, y aun desde chicos, se le siembre la cultura de la muerte. Se le siembre el egoísmo, se le siembre el «bueno y a mí qué me importa lo que le pasa al otro», quién soy yo para cuidar al otro. Esa frase, ¿os acordáis quién la dijo primero? Caín. «¿Acaso soy yo el que tiene que cuidar a mi hermano?». Es frase de crimen, es frase de muerte. Es una pena que a veces ya de niños crezcan en esta concepción, que se les inculque esta concepción egoísta y se configure el hombre y la mujer en el *yo, me, mí, conmigo, para mí*, todo para uno, nada dar a otro, porque dar la vida es abrir el corazón, cuidar la vida es deshilvanarse en la ternura y la calidez hacia los otros, preocupar mi corazón por los otros.

Homilía, 31 de agosto de 2005

31 de diciembre

La globalización de la indiferencia

«¿Dónde está tu hermano?». ¿Quién es el responsable de esta sangre? En la literatura española hay una comedia de Lope de Vega que narra cómo los habitantes de la ciudad de *Fuenteovejuna* matan al gobernador porque es un tirano, y lo hacen de tal manera que no se sepa quién ha realizado la ejecución. Y cuando el juez del rey pregunta: «¿Quién ha matado al Gobernador?», todos responden: «*Fuenteovejuna, Señor*». ¡Todos y ninguno! También hoy esta pregunta se impone con fuerza: ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Ninguno! Todos respondemos igual: no he sido yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente yo no. Pero Dios nos pregunta a cada uno de nosotros: «¿Dónde está la sangre de tu hermano cuyo grito llega hasta mí?». Hoy nadie en el mundo se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, de los que hablaba Jesús en la parábola del Buen Samaritano: vemos al hermano medio muerto al borde del camino, quizás pensamos «pobrecito», y seguimos nuestro camino, no nos compete; y con eso nos quedamos tranquilos, nos sentimos en paz. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!

Homilía, 8 de julio de 2013

Índice

[365 días con el Papa Francisco](#)

[Introducción](#)

[Enero](#)

[1 de enero](#)

[***No os dejéis robar la esperanza***](#)

[2 de enero](#)

[***El estilo de Dios: la paciencia***](#)

[3 de enero](#)

[***La buena semilla***](#)

[4 de enero](#)

[***La clase media de la santidad***](#)

[5 de enero](#)

[***«Pedid y se os dará»***](#)

[6 de enero](#)

[***Venid a mí todos los que estáis agobiados y afligidos***](#)

[7 de enero](#)

[***No vivas solo para ti***](#)

[8 de enero](#)

[***Su mirada de ternura***](#)

[9 de enero](#)

[***En la armonía del Espíritu***](#)

[10 de enero](#)

[***Esa hermosa liturgia***](#)

[11 de enero](#)

[***Discípulos de Jesús***](#)

[12 de enero](#)

[***Regatearle a Dios su salvación***](#)

[13 de enero](#)

[***Diálogo con el mundo actual***](#)

14 de enero

Derrotar el mal

15 de enero

Hacerse frágil para cuidar la fragilidad

16 de enero

Desconfío de mi primera decisión

17 de enero

Jesús siempre mira al borde del camino

18 de enero

Una Iglesia accidentada antes que una Iglesia enferma

19 de enero

«La cultura del descarte»

20 de enero

El hombre sigue siendo un misterio

21 de enero

Animarse a mirar horizontes

22 de enero

Morir un poco

23 de enero

Una llamada apremiante

24 de enero

Soy jesuita

25 de enero

«Estar en forma»

26 de enero

El respiro de la fe

27 de enero

El Señor nunca se cansa de perdonar

28 de enero

De lo grande y lo pequeño

29 de enero

El coraje de la verdadera intercesión

30 de enero

Atacados por la seducción

31 de enero

El sueño de las rosas

Febrero

1 de febrero
Dejarse envolver por la misericordia de Dios

2 de febrero
La sabiduría de un pueblo

3 de febrero
Orar con parresia

4 de febrero
Quien no da a Dios, da muy poco

5 de febrero
El regreso a la sencillez

6 de febrero
Curar a los heridos

7 de febrero
La alegría, un signo evangélico

8 de febrero
¡Beber el cáliz del servicio!

9 de febrero
Un mundo más habitable

10 de febrero
El milagro es compartir

11 de febrero
La cruz de Cristo nunca conduce a la tristeza

12 de febrero
Ante el desaliento

13 de febrero
¿Le damos espacio al Señor?

14 de febrero
Sed discípulos de Cristo

15 de febrero
La familia, escuela privilegiada de generosidad

16 de febrero
Dadles vosotros de comer

17 de febrero
Frente a la crisis

18 de febrero
Yo te escucho

19 de febrero

Señales para encontrar a Dios

20 de febrero

La fe crece en el encuentro con Jesús

21 de febrero

Mirar al corazón

22 de febrero

Dar testimonio de la fe

23 de febrero

Para Dios no somos números, somos lo más importante

24 de febrero

No tener miedo a la solidaridad

25 de febrero

Hacia el bien común

26 de febrero

Las bienaventuranzas

27 de febrero

Dios nos libre de la «malaventuranza»

28 de febrero

La alegría de Dios

Marzo

1 de marzo

Una red de paz que protege el mundo

2 de marzo

La lógica de la solidaridad

3 de marzo

Sembrando esperanza

4 de marzo

En las garras de la rutina

5 de marzo

La solidaridad predica el desarrollo

6 de marzo

La salvación está en juego

7 de marzo

Un tiempo de conversión

8 de marzo

Teología profunda de la mujer

9 de marzo

Desarrugar el corazón

10 de marzo

Lo mejor para nosotros

11 de marzo

El hombre puede cambiar

12 de marzo

El ayuno que Dios quiere

13 de marzo

Acepto

14 de marzo

Dejémonos reconciliar con Dios

15 de marzo

Las redes de la Iglesia

16 de marzo

Si no haces bien a otros, no haces nada grande

17 de marzo

Contracorriente

18 de marzo

La supervivencia de la humanidad

19 de marzo

La vocación de custodiar

20 de marzo

Las piedras vivas somos nosotros

21 de marzo

Pongámonos en situación de riesgo

22 de marzo

Una ley de amor

23 de marzo

Nos habla en la oración

24 de marzo

Ser portadores de la ternura de Dios

25 de marzo

Dios es recibido por María

26 de marzo

Ayudar desde la solidaridad

27 de marzo

Todos somos pecadores

28 de marzo

Ayunar para que nadie tenga que ayunar a la fuerza

29 de marzo

Vivir la fe con un corazón joven

30 de marzo

Miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos

31 de marzo

Se necesita tiempo

Abril

1 de abril

Ungir en las periferias

2 de abril

¿Estamos abiertos a las «sorpresas de Dios»?

3 de abril

La identidad cristiana no es un carnet de identidad

4 de abril

David, el drama humano en toda su realidad

5 de abril

Dejarse consumir por el Evangelio

6 de abril

El error de querer ser Dios

7 de abril

Dejarse ensanchar el corazón

8 de abril

El poder es servicio

9 de abril

Predicar palabras ungidas

10 de abril

El amor hace común todo lo que tiene

11 de abril

Cristianos melancólicos

12 de abril

Ceguera de la soberbia

13 de abril

La aventura de la búsqueda

14 de abril

El hombre espiritual

15 de abril

Nos renueva

16 de abril

Servir es ser fieles a lo que somos

17 de abril

Jesús se abajó

18 de abril

El escándalo de la Cruz

19 de abril

Signo de amor, de victoria

20 de abril

La alegre inseguridad del anuncio

21 de abril

La carga de la Cruz

22 de abril

«No está aquí, ha resucitado»

23 de abril

Salir corriendo para dar la noticia

24 de abril

Alejados de la «desnudez» de Dios

25 de abril

Miedo a la novedad

26 de abril

Déjate reconciliar con Dios

27 de abril

Juan XXIII y Juan Pablo II

28 de abril

Superando prejuicios y cerrazones

29 de abril

Mártires de la cotidianidad

30 de abril

La falta de vigilancia produce tibieza

Mayo

1 de mayo

La dignidad del trabajo

2 de mayo

Jesús se deja tocar, está vivo

3 de mayo

La costumbre nos anestesia el corazón

4 de mayo

Salir y andar como Cristo anduvo

5 de mayo

¿A quién rezas?

6 de mayo

El encuentro de un pastor con su pueblo

7 de mayo

Si yo tengo autoridad es para servir

8 de mayo

Un bosque que crece

9 de mayo

Una pecadora que se siente amada

10 de mayo

Que Dios te ayude

11 de mayo

Tenemos miedo de las sorpresas de Dios

12 de mayo

Oración y memoria

13 de mayo

No tengáis miedo a la alegría

14 de mayo

Recibisteis gratuitamente, dad también gratuitamente

15 de mayo

En familia

16 de mayo

Participar la unción

17 de mayo

«No sabéis lo que pedís»

18 de mayo

El dolor esconde también una bendición

19 de mayo

Optimismo frente a esperanza

20 de mayo

La traición al bien común

21 de mayo

Agentes silenciosos del servicio

22 de mayo

Iglesia, misionera

23 de mayo

No hemos sido elegidos para pequeñeces

24 de mayo

La llamada del Señor

25 de mayo

Acoger su invitación

26 de mayo

Caminar delante, en medio y detrás del rebaño

27 de mayo

Nueva primavera en todo el mundo

28 de mayo

Para engendrar a los hombres

29 de mayo

Vivir mi vida junto a los demás

30 de mayo

Servicio, darnos y darnos por entero

31 de mayo

La Virgen siempre va deprisa

Junio

1 de junio

Soy un pecador

2 de junio

El buen sacerdote unge a su pueblo

3 de junio

Pastores con «olor a oveja»

4 de junio

Pedir la gracia de no ser desmemoriados

5 de junio

No desvirtuar la política

6 de junio

Todo encuentro con Jesús cambia el corazón

7 de junio

«Pon a Cristo»

8 de junio

Enviados a predicar la Verdad

9 de junio

Él te espera

10 de junio

El cáliz del trabajo solidario en el servicio

11 de junio

La cultura del encuentro

12 de junio

La deuda existencial

13 de junio

Cantad al Señor un cántico nuevo

14 de junio

Presente y futuro de la niñez

15 de junio

La Iglesia cuenta con vosotros

16 de junio

Un vacío que no logran explicar

17 de junio

Un gran respeto al Amor

18 de junio

Hambre de dignidad

19 de junio

Saborear la dulzura gloriosa de la verdad de Cristo

20 de junio

La experiencia de la fe

21 de junio

Pensamiento abierto

22 de junio

Actuar responsablemente

23 de junio

La tarea de la educación

24 de junio

El amor al prójimo

25 de junio

Vanidad de vanidades

26 de junio

Ser callejeros de la fe

27 de junio

La Iglesia somos todos

28 de junio

El peligro de ser piedras de tropiezo

29 de junio

Pedro y Pablo

30 de junio

«He conservado la fe»

Julio

1 de julio

Muchos defectos

2 de julio

La fecundidad del anuncio

3 de julio

Tened el valor de «salir»

4 de julio

Eutanasia escondida

5 de julio

La verdadera riqueza

6 de julio

La novedad de Dios no es provisional

7 de julio

Soy amado y salvado por Dios

8 de julio

Una nueva torre de Babel

9 de julio

La Iglesia, pueblo santo

10 de julio

La Madre Iglesia

11 de julio

La fe se comparte

12 de julio

Solo soy un niño

13 de julio

Dios no es un juez despiadado

14 de julio

Un momento de embriaguez

15 de julio

La Compañía de Jesús

16 de julio

Una Iglesia hecha de piedras vivientes

17 de julio

Firmes en la fe

18 de julio

La paz es un don demasiado precioso

19 de julio

El futuro nos exige

20 de julio

Atravesar la puerta estrecha

21 de julio

El que recibe a uno de estos pequeños me recibe a mí

22 de julio

Transmitir el legado

23 de julio

Alegre de ser cristiano

24 de julio

Consultas reales, no formales

25 de julio

Un cambio de corazón y mentalidad

26 de julio

San Joaquín y santa Ana

27 de julio

Dios nos pone como centinelas

28 de julio

Utopía hacia el futuro

29 de julio

Deseo en el corazón

30 de julio

Id y haced discípulos

31 de julio

Ignacio, místico y no asceta

Agosto

1 de agosto

La evangelización se hace de rodillas

2 de agosto

Humildad, sacrificio y valentía

3 de agosto

Sed misioneros, sed discípulos

4 de agosto

No tener miedo a la ternura de Dios

5 de agosto

Nosotros somos piedras vivas

6 de agosto

Mira que no sé hablar

7 de agosto

El seno de la Iglesia universal

8 de agosto

Abrid los ojos

9 de agosto

La justicia de Dios

10 de agosto

Ventanal de futuro

11 de agosto

Protagonistas del cambio

12 de agosto

Jóvenes y ancianos

13 de agosto

Proteger el trabajo

14 de agosto

Necesidad de mirar al otro

15 de agosto

María, inmersa en el misterio

16 de agosto

Hasta los confines de la tierra

17 de agosto

La austeridad

18 de agosto

La capacidad de curar heridas

19 de agosto

La fe es revolucionaria

20 de agosto

Amor recíproco

21 de agosto

Los verdaderos caminos de la Iglesia

22 de agosto

La alegría de vivir

23 de agosto

Amar a todos, sin distinción

24 de agosto

Encontrar un sentido

25 de agosto

Si quieres, ven

26 de agosto

Sin prejuicios

27 de agosto

Con gozos y dolores

28 de agosto

Jesús nos quiere libres

29 de agosto

Lucidez y astucia evangélica

30 de agosto

Hechizo divino

31 de agosto

Todos dentro

Septiembre

1 de septiembre

Pastores y no funcionarios

2 de septiembre

Sin talega, ni alforja ni sandalias

3 de septiembre

Como a los discípulos de Emaús

4 de septiembre

La Iglesia es una buena madre

5 de septiembre

Nuestro compromiso

6 de septiembre

Ponerse en marcha

7 de septiembre

La dinámica de la esperanza

8 de septiembre

Una teología profunda de la mujer

9 de septiembre

Sed siempre cristianos

10 de septiembre

La fecundidad de nuestro servicio

11 de septiembre

Por el camino de la caridad

12 de septiembre

Vivir la fe no es decorar la vida con un poco de religión

13 de septiembre

A las puertas del misterio

14 de septiembre

María nos acompaña

15 de septiembre

Un don para custodiar

16 de septiembre

El mensaje de la vida verdadera

17 de septiembre

Un corazón inquieto

18 de septiembre

En buena tierra

19 de septiembre

Sed astutos

20 de septiembre

Hasta el fondo del alma

21 de septiembre

60 años de Jesús en mi corazón

22 de septiembre

Puro don

23 de septiembre

«Señor, ¿a quién iremos?»

24 de septiembre

Lenguajes y las formas de la comunicación

25 de septiembre

Educación en la esperanza

26 de septiembre

Nadie es mejor que el otro

27 de septiembre

Con la desilusión en el corazón

28 de septiembre

Leer la realidad en clave espiritual

29 de septiembre

Sentirse Iglesia

30 de septiembre

La verdadera alegría

Octubre

1 de octubre

Rezar el uno por el otro

2 de octubre

¡No os dejéis robar la esperanza!

3 de octubre

La inquietud del amor

4 de octubre

«Repara mi casa»

5 de octubre

Saber acoger

6 de octubre

Un desafío

7 de octubre

Jesús vino a traer la vida

8 de octubre

El diálogo en el pueblo

9 de octubre

La santidad de la Iglesia

10 de octubre

Presencia que escucha, dialoga, anima

11 de octubre

El tesoro que todos buscan

12 de octubre

Acostumbrados a la crónica negra de cada día

13 de octubre

Por ti y por mí

14 de octubre
La oración del pobre

15 de octubre
Un encuentro con Cristo

16 de octubre
La cultura del encuentro

17 de octubre
Nuestro modelo

18 de octubre
La casa de armonía

19 de octubre
Para arrancar y arrasar el mal

20 de octubre
El diálogo hace libres

21 de octubre
Para el largo viaje

22 de octubre
Salir, enviados

23 de octubre
Hay que dar vida

24 de octubre
Un proyecto para cada uno

25 de octubre
La solidaridad, palabra fundamental

26 de octubre
Hambrientos de eternidad

27 de octubre
Encerrados en nosotros mismos

28 de octubre
Como personas libres

29 de octubre
Hacia el indiferente

30 de octubre
El amor es gratuito

31 de octubre
La revolución de la ternura

Noviembre

- 1 de noviembre
Las incertezas del camino
- 2 de noviembre
«Soy manso y humilde de corazón»
- 3 de noviembre
Elegidos no mediante campañas publicitarias
- 4 de noviembre
Las sendas de la paz
- 5 de noviembre
Ora et labora
- 6 de noviembre
Falta de amor
- 7 de noviembre
Cuidar la vida
- 8 de noviembre
El guardián de tu hermano
- 9 de noviembre
No tengáis miedo, soy Yo
- 10 de noviembre
Dialogar y no pelear
- 11 de noviembre
«Su alegría llegue a plenitud»
- 12 de noviembre
Jesús envía y acompaña
- 13 de noviembre
¿Seguís a la «diosa lamentación»?
- 14 de noviembre
«Autopista global de la comunicación»
- 15 de noviembre
Un cristiano siempre alegre
- 16 de noviembre
La «cultura del descarte»
- 17 de noviembre
Jesús siembra
- 18 de noviembre
El peligro del egoísmo
- 19 de noviembre

La indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar

20 de noviembre

Una crisis de «cambio de época»

21 de noviembre

Cuidar la vida

22 de noviembre

¡No le tengáis miedo!

23 de noviembre

Unidad en la diversidad

24 de noviembre

Prisioneros del amor

25 de noviembre

De periferias

26 de noviembre

Una necesidad desesperada de calma

27 de noviembre

La obediencia a la verdad

28 de noviembre

Fe que mueve montañas

29 de noviembre

Un camino lleno de lobos

30 de noviembre

Estad siempre atentos a los demás

Diciembre

1 de diciembre

Una locura

2 de diciembre

Sepamos perder el tiempo con los jóvenes

3 de diciembre

El corazón y la misericordia de Jesús

4 de diciembre

El evangelio no es para algunos sino para todos

5 de diciembre

«¡Ay de los que se fían de Sión!»

6 de diciembre

Los jóvenes, un motor poderoso de la Iglesia

7 de diciembre

Un camino a seguir

8 de diciembre

Magnificat de esperanza

9 de diciembre

No vivir para sí mismo sino para hacer el bien

10 de diciembre

El ídolo del dinero

11 de diciembre

La santidad común

12 de diciembre

Renovada fuerza

13 de diciembre

Caminar con el rebaño

14 de diciembre

La gente quería estar con Él

15 de diciembre

«Solo una cosa es necesaria»

16 de diciembre

Jesús siembra

17 de diciembre

Déjate acariciar por Dios

18 de diciembre

Los obispos, los pasos de Dios

19 de diciembre

Debemos caminar juntos

20 de diciembre

Dios elige la periferia

21 de diciembre

Renovar nuestro compromiso

22 de diciembre

Espacio a la duda

23 de diciembre

El espíritu navideño

24 de diciembre

Buscar a Jesús en la pequeñez

25 de diciembre

Dios con nosotros

26 de diciembre

Abajarse para encontrar a Jesús

27 de diciembre

Envuelto en pañales y recostado en un pesebre

28 de diciembre

La fuente inagotable

29 de diciembre

El Avemaría

30 de diciembre

La cultura de la vida

31 de diciembre

La globalización de la indiferencia

Índice

365 días con el Papa Francisco	2
Introducción	3
Enero	4
1 de enero	5
No os dejéis robar la esperanza	5
2 de enero	6
El estilo de Dios: la paciencia	6
3 de enero	7
La buena semilla	7
4 de enero	8
La clase media de la santidad	8
5 de enero	9
«Pedid y se os dará»	9
6 de enero	10
Venid a mí todos los que estáis agobiados y afligidos	10
7 de enero	11
No vivas solo para ti	11
8 de enero	12
Su mirada de ternura	12
9 de enero	13
En la armonía del Espíritu	13
10 de enero	14
Esa hermosa liturgia	14
11 de enero	15
Discípulos de Jesús	15
12 de enero	16
Regatearle a Dios su salvación	16
13 de enero	17
Diálogo con el mundo actual	17
14 de enero	18
Derrotar el mal	18
15 de enero	19
Hacerse frágil para cuidar la fragilidad	19

16 de enero	20
Desconfío de mi primera decisión	20
17 de enero	21
Jesús siempre mira al borde del camino	21
18 de enero	22
Una Iglesia accidentada antes que una Iglesia enferma	22
19 de enero	23
«La cultura del descarte»	23
20 de enero	24
El hombre sigue siendo un misterio	24
21 de enero	25
Animarse a mirar horizontes	25
22 de enero	26
Morir un poco	26
23 de enero	27
Una llamada apremiante	27
24 de enero	28
Soy jesuita	28
25 de enero	29
«Estar en forma»	29
26 de enero	30
El respiro de la fe	30
27 de enero	31
El Señor nunca se cansa de perdonar	31
28 de enero	32
De lo grande y lo pequeño	32
29 de enero	33
El coraje de la verdadera intercesión	33
30 de enero	34
Atacados por la seducción	34
31 de enero	35
El sueño de las rosas	35
Febrero	36
1 de febrero	37
Dejarse envolver por la misericordia de Dios	37

2 de febrero	38
La sabiduría de un pueblo	38
3 de febrero	39
Orar con parresia	39
4 de febrero	40
Quien no da a Dios, da muy poco	40
5 de febrero	41
El regreso a la sencillez	41
6 de febrero	42
Curar a los heridos	42
7 de febrero	43
La alegría, un signo evangélico	43
8 de febrero	44
¡Beber el cáliz del servicio!	44
9 de febrero	45
Un mundo más habitable	45
10 de febrero	46
El milagro es compartir	46
11 de febrero	47
La cruz de Cristo nunca conduce a la tristeza	47
12 de febrero	48
Ante el desaliento	48
13 de febrero	49
¿Le damos espacio al Señor?	49
14 de febrero	50
Sed discípulos de Cristo	50
15 de febrero	51
La familia, escuela privilegiada de generosidad	51
16 de febrero	52
Dadles vosotros de comer	52
17 de febrero	53
Frente a la crisis	53
18 de febrero	54
Yo te escucho	54
19 de febrero	54

Señales para encontrar a Dios	54
20 de febrero	55
La fe crece en el encuentro con Jesús	55
21 de febrero	56
Mirar al corazón	56
22 de febrero	57
Dar testimonio de la fe	57
23 de febrero	58
Para Dios no somos números, somos lo más importante	58
24 de febrero	59
No tener miedo a la solidaridad	59
25 de febrero	60
Hacia el bien común	60
26 de febrero	61
Las bienaventuranzas	61
27 de febrero	62
Dios nos libre de la «malaventuranza»	62
28 de febrero	63
La alegría de Dios	63
Marzo	64
1 de marzo	65
Una red de paz que protege el mundo	65
2 de marzo	66
La lógica de la solidaridad	66
3 de marzo	67
Sembrando esperanza	67
4 de marzo	68
En las garras de la rutina	68
5 de marzo	69
La solidaridad predica el desarrollo	69
6 de marzo	70
La salvación está en juego	70
7 de marzo	71
Un tiempo de conversión	71
8 de marzo	72

Teología profunda de la mujer	72
9 de marzo	73
Desarrugar el corazón	73
10 de marzo	74
Lo mejor para nosotros	74
11 de marzo	75
El hombre puede cambiar	75
12 de marzo	76
El ayuno que Dios quiere	76
13 de marzo	77
Acepto	77
14 de marzo	78
Dejémonos reconciliar con Dios	78
15 de marzo	79
Las redes de la Iglesia	79
16 de marzo	80
Si no haces bien a otros, no haces nada grande	80
17 de marzo	81
Contracorriente	81
18 de marzo	82
La supervivencia de la humanidad	82
19 de marzo	83
La vocación de custodiar	83
20 de marzo	84
Las piedras vivas somos nosotros	84
21 de marzo	85
Pongámonos en situación de riesgo	85
22 de marzo	86
Una ley de amor	86
23 de marzo	87
Nos habla en la oración	87
24 de marzo	88
Ser portadores de la ternura de Dios	88
25 de marzo	89
Dios es recibido por María	89

26 de marzo	90
Ayudar desde la solidaridad	90
27 de marzo	91
Todos somos pecadores	91
28 de marzo	92
Ayunar para que nadie tenga que ayunar a la fuerza	92
29 de marzo	93
Vivir la fe con un corazón joven	93
30 de marzo	94
Miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos	94
31 de marzo	95
Se necesita tiempo	95
Abril	96
1 de abril	97
Ungir en las periferias	97
2 de abril	98
¿Estamos abiertos a las «sorpresas de Dios»?	98
3 de abril	99
La identidad cristiana no es un carnet de identidad	99
4 de abril	100
David, el drama humano en toda su realidad	100
5 de abril	101
Dejarse consumir por el Evangelio	101
6 de abril	102
El error de querer ser Dios	102
7 de abril	103
Dejarse ensanchar el corazón	103
8 de abril	104
El poder es servicio	104
9 de abril	105
Predicar palabras ungidas	105
10 de abril	106
El amor hace común todo lo que tiene	106
11 de abril	107
Cristianos melancólicos	107

12 de abril	108
Ceguera de la soberbia	108
13 de abril	109
La aventura de la búsqueda	109
14 de abril	110
El hombre espiritual	110
15 de abril	111
Nos renueva	111
16 de abril	112
Servir es ser fieles a lo que somos	112
17 de abril	113
Jesús se abajó	113
18 de abril	114
El escándalo de la Cruz	114
19 de abril	115
Signo de amor, de victoria	115
20 de abril	116
La alegre inseguridad del anuncio	116
21 de abril	117
La carga de la Cruz	117
22 de abril	118
«No está aquí, ha resucitado»	118
23 de abril	119
Salir corriendo para dar la noticia	119
24 de abril	120
Alejados de la «desnudez» de Dios	120
25 de abril	121
Miedo a la novedad	121
26 de abril	122
Déjate reconciliar con Dios	122
27 de abril	123
Juan XXIII y Juan Pablo II	123
28 de abril	124
Superando prejuicios y cerrazones	124
29 de abril	125

Mártires de la cotidianidad	125
30 de abril	126
La falta de vigilancia produce tibieza	126
Mayo	127
1 de mayo	128
La dignidad del trabajo	128
2 de mayo	129
Jesús se deja tocar, está vivo	129
3 de mayo	130
La costumbre nos anestesia el corazón	130
4 de mayo	131
Salir y andar como Cristo anduvo	131
5 de mayo	132
¿A quién rezas?	132
6 de mayo	133
El encuentro de un pastor con su pueblo	133
7 de mayo	134
Si yo tengo autoridad es para servir	134
8 de mayo	135
Un bosque que crece	135
9 de mayo	136
Una pecadora que se siente amada	136
10 de mayo	137
Que Dios te ayude	137
11 de mayo	138
Tenemos miedo de las sorpresas de Dios	138
12 de mayo	139
Oración y memoria	139
13 de mayo	140
No tengáis miedo a la alegría	140
14 de mayo	141
Recibisteis gratuitamente, dad también gratuitamente	141
15 de mayo	142
En familia	142
16 de mayo	143

Participar la unción	143
17 de mayo	144
«No sabéis lo que pedís»	144
18 de mayo	145
El dolor esconde también una bendición	145
19 de mayo	146
Optimismo frente a esperanza	146
20 de mayo	147
La traición al bien común	147
21 de mayo	148
Agentes silenciosos del servicio	148
22 de mayo	149
Iglesia, misionera	149
23 de mayo	150
No hemos sido elegidos para pequeñeces	150
24 de mayo	151
La llamada del Señor	151
25 de mayo	152
Acoger su invitación	152
26 de mayo	153
Caminar delante, en medio y detrás del rebaño	153
27 de mayo	154
Nueva primavera en todo el mundo	154
28 de mayo	155
Para engendrar a los hombres	155
29 de mayo	156
Vivir mi vida junto a los demás	156
30 de mayo	157
Servicio, darnos y darnos por entero	157
31 de mayo	158
La Virgen siempre va deprisa	158
Junio	159
1 de junio	160
Soy un pecador	160
2 de junio	161

El buen sacerdote unge a su pueblo	161
3 de junio	162
Pastores con «olor a oveja»	162
4 de junio	163
Pedir la gracia de no ser desmemoriados	163
5 de junio	164
No desvirtuar la política	164
6 de junio	165
Todo encuentro con Jesús cambia el corazón	165
7 de junio	166
«Pon a Cristo»	166
8 de junio	167
Enviados a predicar la Verdad	167
9 de junio	168
Él te espera	168
10 de junio	169
El cáliz del trabajo solidario en el servicio	169
11 de junio	170
La cultura del encuentro	170
12 de junio	171
La deuda existencial	171
13 de junio	172
Cantad al Señor un cántico nuevo	172
14 de junio	173
Presente y futuro de la niñez	173
15 de junio	174
La Iglesia cuenta con vosotros	174
16 de junio	175
Un vacío que no logran explicar	175
17 de junio	176
Un gran respeto al Amor	176
18 de junio	177
Hambre de dignidad	177
19 de junio	178
Saborear la dulzura gloriosa de la verdad de Cristo	178

20 de junio	179
La experiencia de la fe	179
21 de junio	180
Pensamiento abierto	180
22 de junio	181
Actuar responsablemente	181
23 de junio	182
La tarea de la educación	182
24 de junio	183
El amor al prójimo	183
25 de junio	184
Vanidad de vanidades	184
26 de junio	185
Ser callejeros de la fe	185
27 de junio	186
La Iglesia somos todos	186
28 de junio	187
El peligro de ser piedras de tropiezo	187
29 de junio	188
Pedro y Pablo	188
30 de junio	189
«He conservado la fe»	189
Julio	190
1 de julio	191
Muchos defectos	191
2 de julio	192
La fecundidad del anuncio	192
3 de julio	193
Tened el valor de «salir»	193
4 de julio	194
Eutanasia escondida	194
5 de julio	195
La verdadera riqueza	195
6 de julio	196
La novedad de Dios no es provisional	196

7 de julio	197
Soy amado y salvado por Dios	197
8 de julio	198
Una nueva torre de Babel	198
9 de julio	199
La Iglesia, pueblo santo	199
10 de julio	200
La Madre Iglesia	200
11 de julio	201
La fe se comparte	201
12 de julio	202
Solo soy un niño	202
13 de julio	203
Dios no es un juez despiadado	203
14 de julio	204
Un momento de embriaguez	204
15 de julio	205
La Compañía de Jesús	205
16 de julio	206
Una Iglesia hecha de piedras vivientes	206
17 de julio	207
Firmes en la fe	207
18 de julio	208
La paz es un don demasiado precioso	208
19 de julio	209
El futuro nos exige	209
20 de julio	210
Atravesar la puerta estrecha	210
21 de julio	211
El que recibe a uno de estos pequeños me recibe a mí	211
22 de julio	212
Transmitir el legado	212
23 de julio	213
Alegre de ser cristiano	213
24 de julio	214

Consultas reales, no formales	214
25 de julio	215
Un cambio de corazón y mentalidad	215
26 de julio	216
San Joaquín y santa Ana	216
27 de julio	217
Dios nos pone como centinelas	217
28 de julio	218
Utopía hacia el futuro	218
29 de julio	219
Deseo en el corazón	219
30 de julio	220
Id y haced discípulos	220
31 de julio	221
Ignacio, místico y no asceta	221
Agosto	222
1 de agosto	223
La evangelización se hace de rodillas	223
2 de agosto	224
Humildad, sacrificio y valentía	224
3 de agosto	225
Sed misioneros, sed discípulos	225
4 de agosto	226
No tener miedo a la ternura de Dios	226
5 de agosto	227
Nosotros somos piedras vivas	227
6 de agosto	228
Mira que no sé hablar	228
7 de agosto	229
El seno de la Iglesia universal	229
8 de agosto	230
Abrid los ojos	230
9 de agosto	231
La justicia de Dios	231
10 de agosto	232

Ventanal de futuro	232
11 de agosto	233
Protagonistas del cambio	233
12 de agosto	234
Jóvenes y ancianos	234
13 de agosto	235
Proteger el trabajo	235
14 de agosto	236
Necesidad de mirar al otro	236
15 de agosto	237
María, inmersa en el misterio	237
16 de agosto	238
Hasta los confines de la tierra	238
17 de agosto	239
La austeridad	239
18 de agosto	240
La capacidad de curar heridas	240
19 de agosto	241
La fe es revolucionaria	241
20 de agosto	242
Amor recíproco	242
21 de agosto	243
Los verdaderos caminos de la Iglesia	243
22 de agosto	244
La alegría de vivir	244
23 de agosto	245
Amar a todos, sin distinción	245
24 de agosto	246
Encontrar un sentido	246
25 de agosto	247
Si quieres, ven	247
26 de agosto	248
Sin prejuicios	248
27 de agosto	249
Con gozos y dolores	249

28 de agosto	250
Jesús nos quiere libres	250
29 de agosto	251
Lucidez y astucia evangélica	251
30 de agosto	252
Hechizo divino	252
31 de agosto	253
Todos dentro	253
Septiembre	254
1 de septiembre	255
Pastores y no funcionarios	255
2 de septiembre	256
Sin talega, ni alforja ni sandalias	256
3 de septiembre	257
Como a los discípulos de Emaús	257
4 de septiembre	258
La Iglesia es una buena madre	258
5 de septiembre	259
Nuestro compromiso	259
6 de septiembre	260
Ponerse en marcha	260
7 de septiembre	261
La dinámica de la esperanza	261
8 de septiembre	262
Una teología profunda de la mujer	262
9 de septiembre	263
Sed siempre cristianos	263
10 de septiembre	264
La fecundidad de nuestro servicio	264
11 de septiembre	265
Por el camino de la caridad	265
12 de septiembre	266
Vivir la fe no es decorar la vida con un poco de religión	266
13 de septiembre	267
A las puertas del misterio	267

14 de septiembre	268
María nos acompaña	268
15 de septiembre	269
Un don para custodiar	269
16 de septiembre	270
El mensaje de la vida verdadera	270
17 de septiembre	271
Un corazón inquieto	271
18 de septiembre	272
En buena tierra	272
19 de septiembre	273
Sed astutos	273
20 de septiembre	274
Hasta el fondo del alma	274
21 de septiembre	275
60 años de Jesús en mi corazón	275
22 de septiembre	276
Puro don	276
23 de septiembre	277
«Señor, ¿a quién iremos?»	277
24 de septiembre	278
Lenguajes y las formas de la comunicación	278
25 de septiembre	279
Educar en la esperanza	279
26 de septiembre	280
Nadie es mejor que el otro	280
27 de septiembre	281
Con la desilusión en el corazón	281
28 de septiembre	282
Leer la realidad en clave espiritual	282
29 de septiembre	283
Sentirse Iglesia	283
30 de septiembre	284
La verdadera alegría	284
Octubre	285

1 de octubre	286
Rezar el uno por el otro	286
2 de octubre	287
¡No os dejéis robar la esperanza!	287
3 de octubre	288
La inquietud del amor	288
4 de octubre	289
«Repara mi casa»	289
5 de octubre	290
Saber acoger	290
6 de octubre	291
Un desafío	291
7 de octubre	292
Jesús vino a traer la vida	292
8 de octubre	293
El diálogo en el pueblo	293
9 de octubre	294
La santidad de la Iglesia	294
10 de octubre	295
Presencia que escucha, dialoga, anima	295
11 de octubre	296
El tesoro que todos buscan	296
12 de octubre	297
Acostumbrados a la crónica negra de cada día	297
13 de octubre	298
Por ti y por mí	298
14 de octubre	299
La oración del pobre	299
15 de octubre	300
Un encuentro con Cristo	300
16 de octubre	301
La cultura del encuentro	301
17 de octubre	302
Nuestro modelo	302
18 de octubre	303

La casa de armonía	303
19 de octubre	304
Para arrancar y arrasar el mal	304
20 de octubre	305
El diálogo hace libres	305
21 de octubre	306
Para el largo viaje	306
22 de octubre	307
Salir, enviados	307
23 de octubre	308
Hay que dar vida	308
24 de octubre	309
Un proyecto para cada uno	309
25 de octubre	310
La solidaridad, palabra fundamental	310
26 de octubre	311
Hambrientos de eternidad	311
27 de octubre	312
Encerrados en nosotros mismos	312
28 de octubre	313
Como personas libres	313
29 de octubre	314
Hacia el indiferente	314
30 de octubre	315
El amor es gratuito	315
31 de octubre	316
La revolución de la ternura	316
Noviembre	317
1 de noviembre	318
Las incertezas del camino	318
2 de noviembre	319
«Soy manso y humilde de corazón»	319
3 de noviembre	320
Elegidos no mediante campañas publicitarias	320
4 de noviembre	321

Las sendas de la paz	321
5 de noviembre	322
Ora et labora	322
6 de noviembre	323
Falta de amor	323
7 de noviembre	324
Cuidar la vida	324
8 de noviembre	325
El guardián de tu hermano	325
9 de noviembre	326
No tengáis miedo, soy Yo	326
10 de noviembre	327
Dialogar y no pelear	327
11 de noviembre	328
«Su alegría llegue a plenitud»	328
12 de noviembre	329
Jesús envía y acompaña	329
13 de noviembre	330
¿Seguís a la «diosa lamentación»?	330
14 de noviembre	331
«Autopista global de la comunicación»	331
15 de noviembre	332
Un cristiano siempre alegre	332
16 de noviembre	333
La «cultura del descarte»	333
17 de noviembre	334
Jesús siembra	334
18 de noviembre	335
El peligro del egoísmo	335
19 de noviembre	336
La indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar	336
20 de noviembre	337
Una crisis de «cambio de época»	337
21 de noviembre	338
Cuidar la vida	338

22 de noviembre	339
¡No le tengáis miedo!	339
23 de noviembre	340
Unidad en la diversidad	340
24 de noviembre	341
Prisioneros del amor	341
25 de noviembre	342
De periferias	342
26 de noviembre	343
Una necesidad desesperada de calma	343
27 de noviembre	344
La obediencia a la verdad	344
28 de noviembre	345
Fe que mueve montañas	345
29 de noviembre	346
Un camino lleno de lobos	346
30 de noviembre	347
Estad siempre atentos a los demás	347
Diciembre	348
1 de diciembre	349
Una locura	349
2 de diciembre	350
Sepamos perder el tiempo con los jóvenes	350
3 de diciembre	351
El corazón y la misericordia de Jesús	351
4 de diciembre	352
El evangelio no es para algunos sino para todos	352
5 de diciembre	353
«¡Ay de los que se fían de Sión!»	353
6 de diciembre	354
Los jóvenes, un motor poderoso de la Iglesia	354
7 de diciembre	355
Un camino a seguir	355
8 de diciembre	356
Magníficat de esperanza	356

9 de diciembre	357
No vivir para sí mismo sino para hacer el bien	357
10 de diciembre	358
El ídolo del dinero	358
11 de diciembre	359
La santidad común	359
12 de diciembre	360
Renovada fuerza	360
13 de diciembre	361
Caminar con el rebaño	361
14 de diciembre	362
La gente quería estar con Él	362
15 de diciembre	363
«Solo una cosa es necesaria»	363
16 de diciembre	364
Jesús siembra	364
17 de diciembre	365
Déjate acariciar por Dios	365
18 de diciembre	366
Los obispos, los pasos de Dios	366
19 de diciembre	367
Debemos caminar juntos	367
20 de diciembre	368
Dios elige la periferia	368
21 de diciembre	369
Renovar nuestro compromiso	369
22 de diciembre	370
Espacio a la duda	370
23 de diciembre	371
El espíritu navideño	371
24 de diciembre	372
Buscar a Jesús en la pequeñez	372
25 de diciembre	373
Dios con nosotros	373
26 de diciembre	374

Abajarse para encontrar a Jesús	374
27 de diciembre	375
Envuelto en pañales y recostado en un pesebre	375
28 de diciembre	376
La fuente inagotable	376
29 de diciembre	377
El Avemaría	377
30 de diciembre	378
La cultura de la vida	378
31 de diciembre	379
La globalización de la indiferencia	379